Accessions 115477

Shelf No. 2.16.14 vol. 2

BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Rec'd Apr. 26th 1871

E. 6. a.

COLECCION

DE

HISTORIAS INTERESANTES

Y DIVERTIDAS.

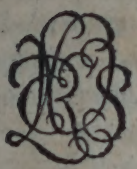
TOMO IV. DE LA COLECCION.

Llena de una constancia heróica Bianina, se arrodilla delante del anciano, descubre su pecho y le dice: hiere, hiere, pero perdona á mi desgraciado padre! y en el momento mismo cae desmayada al pié de la estatua de Guillelmo. Cap. II.

LOS SIBARITAS.

SEGUNDA PARTE.

PUBLIC LIBRARY OF THE CITY OF BOSTON



MADRID.
POR REPULLÉS, frente á la Merced.
1806.

D.160
.14
Vol.2

11-477
G.T.

LOS SIBARITAS.

CAPITULO PRIMERO.

Encuentro imprevisto. — Relacion comenzada. — Socorro inesperado.

Luego que volvió en sí Bianina de su letargo, se halló entre los brazos de sus criadas: sus ojos se clavaron en la puerta por donde acababa de alejarse, tal vez

para siempre, el amigo de su corazon; en términos que parecian querer ir en su seguimiento: sus suspiros salian precipitadamente de su pecho, y como si quisiesen volar detrás del desconocido y atraerle á los pies de la desconsolada Bianina; y por último su excesivo dolor y amargo desconsuelo, abriéron un paso libre á sus lágrimas, las quales cayéron con abundancia por sus hermosas mexillas

La terrible y dolorosa escena que acababa de pasar por ella tenia despedazado su corazon, y era el último y mas terrible golpe que podia darle su desgracia: aquel idolatrado jóven, cuya imágen habia sido hasta entónces todo su consuelo, cuya sola memoria la habia inspirado el valor y constancia necesarios para arrostrar tantos peligros, y aun para soportar la ausencia de su pa-

dre, aquel jóven pues á quien ella amaba con todo el poder de su corazon, la habia creido infiel, desleal, y la habia abandonado. Oprimida con el peso de su excesivo dolor, no fué capaz al principio de tomar resolucion ninguna; pero despertándose á un mismo tiempo en su alma la razon, la virtud y el orgullo, tan comun y tan natural en todas las mugeres, no pudo ménos de exclamar en estos términos:

"Ya es esto afligirme demasiado por un acontecimiento que solo se debe á la casualidad: una sierpe se habia ocultado entre las flores, y quando llego á cogerlas me pica traidoramente: ¿soy yo pues culpable por no haberla descubierto ántes? O tú, á quien se dirigen todos los sentimientos de mi corazon, tú ante cuya imágen mi alma no puede ménos de esplayarse y de sentir una extrema

é inocente alegría, ¿cómo has podido sospechar que tu amiga verdadera era capaz de serte infiel? ¿cómo te has dexado llevar de unas apariencias falsas y engañosas? Ah! conozco demasiado bien los pérfidos artificios de nuestros perseguidores: tú mismo sin duda, esclavo involuntario de sus proyectos, y cubierto continuamente con el velo misterioso que ellos no te permiten descorrer, tú mismo pues los estás sirviendo, creyendo que los persigues y que los haces una mortal guerra. Pero cesemos en fin de esperar de la casualidad el volver á encontrar á mi amado padre, como me lo habian hecho creer los pérfidos consejos de Siri: corramos pues en busca del autor de mis dias, y despreciemos si es preciso para conseguirlo, los puñales, y aun los mismos artificios de los Sibaritas; y tú, jóven deseo-

nocido, que me abandonas con el mayor rigor dexándome llena de desconsuelo, tal vez llegará dia en que viéndome léjos del pérfido autor de mi nueva desgracia, y en los brazos de un padre adorado, depongas las indignas sospechas que de mí has formado tan injusta é infundadamente."

La memoria de Virginia se presentó á este tiempo en su imaginacion, y no le quedó duda ninguna en que habia sido esta amable compañera de sus desgracias, la que en la plaza de san Marcos la habia avisado del peligro que la amenazaba.

"Virginia, decia ella, se ha libertado como yo del poder de los Sibaritas; y no hay duda ninguna en que conoce al amante que huye de mí, pues que me le nombró al hablarme en la plaza pública. Quizá podrá ella decirme adonde para, y qué es lo

que se ha hecho de él, darme tambien alguna noticia acerca de la suerte de mi padre, y suministrarme los medios mas oportunos para descubrir su paradero."

Llena su imaginacion de estas ideas, sale inmediatamente de su casa, y vuela á la plaza de san Marcos; la qual ya se hallaba cubierta de un inmenso gentío: métese sin reparar en nada por entre la multitud, y dirige con ansia sus miradas hácia todas partes, con la esperanza de descubrir á Virginia; pero viendo el poco fruto que habia sacado de andar registrándolo todo, se disponia ya llena de tristeza á tomar el camino de su habitacion, quando repentinamente distinguió á Caponio que se hallaba no léjos de ella. Aterrorizada en los mismos términos que si hubiera pisado un aspid venenoso, se aleja á toda priesa de aquel malvado, cuyo aspecto solo la hiela

de espanto, y cuyas miradas cubiertas de una maligna alegría, advierte la van siguiendo por entre el tropel de la gente que allí se hallaba reunida.

En el entretanto, un ruido y movimiento general se nota á alguna distancia, y de allí á poco, abriendo paso la multitud, y manifestando el mayor respeto, se ve comparecer al Dux ó gefe supremo de la república, rodeado de una comitiva numerosa. Dirige Bianina maquinalmente sus ojos hácia él; pero considérese quál seria su sorpresa y agitacion, al distinguir al conde Bonelli, su querido padre, que iba al lado del Dux.

"O padre mio!" exclamó ella al primer ímpetu, llevada de un movimiento involuntario; pero en seguida, dando lugar á la reflexion, queda acobardada, indecisa, y sin atreverse á adelantar-

se, hácia donde iba el conde, en medio de aquella brillante corte: síguele sin embargo con paso tímido, y se coloca, lo mas cerca que le fué posible entre la multitud de los espectadores. Vuelve por casualidad Guillelmo la cabeza hácia el sitio en donde ella estaba, distínguela, la reconoce, y vuela hácia ella exclamando:

"O hija mia! ó mi amada Bianina!"

Maravillado el Dux de esta exclamacion, se acerca á la jóven Bonelli, y la pregunta con interes, qual es la causa de su llegada á Venecia, y que tanto sorprehende á su padre: adelántase el conde á responder por ella, y manifiesta al Dux, que haciendo largo tiempo que se hallaba separada de él, acababa de dexar la casa de campo en donde se habia mantenido durante su ausencia para venir á reunirse con su padre en Venecia; y

que no estando aun él mismo instruido de su llegada, no habia podido contener el primer impulso de la naturaleza, al ver á su adorada hija.

Obsequiada Bianina con las expresivas atenciones del Dux, y reunida en fin á su padre, no hubiera ya faltado cosa ninguna para su completa felicidad, sin el acontecimiento ocurrido aquella mañana, y sino hubiera distinguido á Caponio á alguna distancia de ella, el qual escuchaba y observaba con la mayor atencion todo lo que pasaba entre su padre y ella, y el acogimiento y atenciones que el Dux hacia á uno y á otro.

Despues que se hubiéron despedido del Dux, se dirigió el conde acompañado de su hija y de sus criados al palacio en que habitaba; adonde luego que llegáron, pudo en fin Bianina echarse en los brazos de su padre sin em-

barazo ninguno, derramar en su seno aquellas dulces lágrimas que la arrancaban á un mismo tiempo la memoria de las penas pasadas, y la alegría de la felicidad presente; y por último, colmarle de aquellas caricias tiernas y expresivas que solo pueden inspirar, aun en los corazones mas sensibles, el amor y el afecto filial. Bonelli por su parte se entregó con una especie de entusiasmo á la excesiva alegría que causaba en su alma el encuentro inesperado de aquella hija querida que en todo tiempo habia sido el ídolo de su corazon.

En fin, luego que se hubiéron calmado un poco sus primeras agitaciones, y que las reemplazó una alegría tan dulce y halagüeña como ellas, aunque mas tranquila, instó tan vivamente Bianina á su padre, para que le refiriese lo que le habia sucedido desde su separacion, que consintió en

satisfacer su deseo, á pesar de las vivas ansias que él mismo tenia de saber cómo su hija habia podido escapar de las manos de sus enemigos.

"Pues que la relacion de lo que me ha sucedido, la dixo el conde, es lo único que puede tranquilizar tu ternura, no tengo dificultad, hija mia, en hacerte el sacrificio por un momento de mi propia curiosidad; conteniendo mi deseo de saber lo que á tí te ha pasado desde nuestra fatal separacion.

"Sin duda ninguna que te acordarás lo mismo, y tambien como yo, de aquella terrible noche en que los malvados perseguidores nuestros te arrancáron de entre mis brazos. Herido, cubierto de sangre todo mi cuerpo, y fuera de estado de poderte defender, ví lleno de dolor que te separaban de mí, oí tus lasti-

meras quejas, y bien pronto perdí todo mi conocimiento entre las manos de los que procuraban desarmarme."

"No pude notar al principio, mediante el estado en que me hallaba, ni lo que pasaba al rededor de mí, ni el sitio adonde me conduxéron inmediatamente: un ligero ruido me hizo volver en mí, y abriendo los ojos, me hallé en un quarto obscuro, y rodeado de una multitud de hombres á quienes no pude conocer. Estaban á la sazon empleados algunos de ellos en curár mis heridas, y en aplicarme todos los socorros necesarios para hacerme volver de mi desmayo, y dar á mis yertos miembros el calor que les habia quitado la mucha sangre que habia perdido. La primera palabra qne pronuncié fué tú nombre, suplicando en seguida á mis guardias, con todo el fuego

y entusiasmo del amor y del delirio de que en aquel entónces se hallaba poseida mi alma, te defendiesen y libertasen de los asesinos que se habian apoderado de tí."

"Viendo pues que nadie me obedecia, quise levantarme de la cama en que me habian puesto; pero no me lo permitiéron, y un anciano que estaba entre ellos, y que parecia mandarlos á todos, procuró tranquilizarme acerca de tu salud, y aun ofreció decirme qual habia sido tu suerte; todo lo qual lo hizo en tales términos que consiguió sosegar mi impaciencia y desesperacion. Su presencia franca y abierta, su tono dulce y afable, y en fin su edad, no pudiéron ménos de inspirarme una cierta estimacion y confianza hácia él."

"Un alimento exquisito y como requeria el estado de debili-

dad en que me hallaba, un sueño bastante tranquilo para las circunstancias de que entónces estaba rodeado; y sobre todo las esperanzas que me habia dado el anciano, todo esto pues, me dió en pocos dias nuevas fuerzas, y me fué restituyendo la salud. Luego que me levanté de la cama pedí me dexasen ver á mi hija; porque me habian asegurado te hallabas cerca de mí, y que no esperaban mas que á que estuviese bueno para concederme este deseo; pero por mas que insistí en quererte ver, y por mas que supliqué me llevasen adonde estabas, nada pude adelantar, pues hasta se negáron á querer responder á mis preguntas."

"Persistí en mi resolucion con mas tenacidad y empeño, y aun llegué á amenazarlos sino condescendian con mis deseos; pero tambien fué inútil todo esto; y so-

lo me aprovecháron estas escenas, para descubrir en el anciano una especie de proteccion decidida hácia mí, la qual procuraba ocultar á sus compañeros con el mayor cuidado. Creyendo tambien observar en él, deseaba descubrirme algun importante secreto, y viendo que la continua asistencia de una infinidad de criados que siempre teniamos á la vista, era la única cosa que le impedia el podérmerle confiar, fingí desde aquel punto hallarme mas tranquilo y con mas resignacion, á fin de engañar su vigilancia; y en efecto, mi nuevo amigo consiguió de allí á poco poder ponerme en las manos, sin ser visto de sus compañeros, un billete concebido en estos términos:"

"Vuestra hija se halla en pe»ligro; pero estoy persuadido de »que su virtud y mucho talento la »libertarán de él. En quanto á vos

»una prision perpetua es lo que os »aguarda, ya sea que vuestra hi»ja salga victoriosa, ya que lo»gren vencerla. Vuestra desgra»ciada suerte me ha conmovido »hasta el término de excitar en »mí el deseo de libertaros, no obs»tante los riesgos á que me ex»pongo; pero no puedo hacer »nada en vuestro favor has»ta haber obtenido de vos la pa»labra, y aun el juramento de que »jamas exîgireis de mí os descu»bra el nombre de vuestro per»seguidor: las relaciones íntimas »y poderosas, y los deberes y »obligaciones indestructibles que »me unen á él, me obligan á to»mar esta precaucion tan necesa»ria á su seguridad, y tan pro»pia de mi agradecimiento y hom»bría de bien."

"En el primer instante me hiciéron despreciar esta proposicion la indignacion que ella me causa-

ba, y el deseo ardiente y esperanza que tenia de vengarme; pero en fin, fué preciso condescender con la dura ley de la necesidad: algunas señas que pude hacer al anciano para manifestarle que desde luego consentia en someterme á hacer el juramento que él exîgia, fuéron suficientes para que comprehendiese el todo de ello: quedé esperando las resultas, y á la noche siguiente oí que llamaban muy quedito á la ventana de mi quarto: abríla inmediatamente, y ví que ya habian forzado un hierro de la reja, una escala colgada y bien sujeta á ella que llegaba hasta el suelo, y al anciano que me alargaba la mano para ayudarme á baxar; lo qual executé sin perder tiempo. Atravesamos en seguida, y con el mayor silencio un vasto jardin; en cuya extremidad habia una puerta que abrió mi libertador, cerrán-

dola detrás de él luego que hubimos salido; y montando á toda priesa sobre dos caballos que estaban atados á un árbol, y que con anticipacion habia él mandado llevar á aquel sitio, nos alejamos con la mayor velocidad, atravesando bosques, rocas inmensas y terrenos pantanosos, á pesar de la profunda obscuridad de la noche."

"Caminamos toda ella hasta el amanecer, á cuyo tiempo parándose el anciano me dixo era ya preciso el que nos separásemos: estrechéle entre mis brazos con todas las señales del mas vivo agradecimiento: él por su parte me recordó el juramento que yo habia hecho, y en seguida, volviendo la rienda á su caballo, se apartó de mí, habiéndole yo encargado ántes encarecidamente hiciese quanto estuviese en su mano por libertarte. Siguiéronle aun mis

ojos por largo rato, hasta que en fin le perdí de vista; y quando me volví para continuar mi camino, ví con asombro elevarse delante de mí las torres de Sena que comenzaban á iluminarse con los primeros rayos del sol."

"Parecíame un sueño esta aventura; pero el dolor que me causaban mis heridas apénas cerradas, y sobre todo, la pérdida de mi amada hija, no me permitian dudar ni un solo instante de la realidad de mi desgracia. Dirigí lleno de afliccion mis miradas hácia el sitio en donde yo creia haberte dexado: tuve pensamiento tambien por un instante de volver atrás, y no parar hasta descubrir el sitio en donde te tenian prisionera nuestros enemigos; pero me contuviéron el sagrado juramento que habia hecho, y el agradecimiento mas sagrado aun á que era deudor al buen ancia-

no que me habia libertado. Te puedo asegurar que hasta aquí no he podido saber quien es el malvado que se ha atrevido á violar en tales términos las leyes humanas y divinas, á despedazar el corazon de un padre afligido, á oprimir la virtud....."

"Caponio es el que ha cometido todos esos atentados, padre mio," interrumpió Bianina, sin preveer las terribles consecuencias que podia tener su imprudencia.

"Caponio! repitió el conde con ayre asombrado, y con el tono de la desesperacion y el furor. ¡Todavia este Caponio, todavia.....! Ah! hija mia! ¡no sabes hasta donde llegan toda la amargura y todas las desgracias que este monstruo ha hecho recaer sobre tu familia! Mas sanguinario que el tigre, y mas astuto que la serpiente, asesina y acaricia á un mismo tiempo. Ah! habla Bianina, habla, y

manifiesta á tu desgraciado padre qual ha sido la mano poderosa que te ha protegido contra su rabia, ó contra sus artificios."

Comenzó Bianina á satisfacer la curiosidad de su padre; pero observando bien pronto que su relacion no hacia mas que inflamar el furor del conde, el qual mudaba de color á cada instante, y parecia estar entregado á las pasiones mas violentas, le suplicó procurase calmar su agitacion, pues que al fin ya se hallaban juntos, y el peligro disipado enteramente.

"Ah! hija mia, exclamó Guillelmo con toda la impetuosidad de la desesperacion que en aquel entónces reynaba en su alma, no sabes tú, no, no lo sabes, el mal que me ha hecho y las desgracias que me ha causado ese perverso. Es preciso haber amado, sí, haber amado ciegamente para poder-

lo conocer. Pero no me hallo al presente con la fuerza necesaria para contarte la historia desgraciada de los que te diéron el ser, y ni aun para poderte escuchar. Mi corazon se quiere salir del pecho, todos mis nervios se estremecen al solo nombre de Caponio, y la sed de la venganza que alimento en mi pecho se va haciendo cada vez mas ardiente."

En efecto, sus movimientos eran convulsivos, sus miradas estaban llenas de furor, y todo él se hallaba en tal estado, que la misma Bianina, no pudo ménos de estremecerse: jamas le habia ella visto en un estado semejante; así que, compadecida de su situacion, le echó los brazos al cuello; y procuró sosegar y apaciguar con sus afectuosas caricias la tempestad que acababa de levantarse en su alma; pero por mas que hizo no pudo disipar la densa nube

que obscurecia su semblante, el fuego sombrío que brillaba en sus ojos, ni aquella especie de terror que le agitaba.

"Mañana, hija mia, dixo él arrancándose de sus brazos, mañana me hallaré mas tranquilo, y tal vez tendré entónces mas valor y fuerza que tengo ahora para contarte cosas relativas á tu familia, que no podrán ménos de encender en tu tierno corazon el odio mas vivo y la mas justa venganza (1)."

Concluidas estas palabras corrió Bonelli á encerrarse en su quarto: Bianina tambien se retiró al suyo, en donde el dolor y la inquietud no la dexáron disfrutar del descanso que la fatiga de aquel dia le hacia desear tanto. Asustada en extremo de la turbacion que el solo nombre de Caponio habia causado á su padre, resolvió ocultarle que este malva-

do se hallaba en Venecia, y que ella le habia visto el dia anterior; teniendo sin embargo el mayor cuidado en no dexarse sorprehender de sus artificios.

Mantúvose Guillelmo encerrado en su quarto al dia siguiente una gran parte de la mañana, y ya era bastante tarde quando mandó que llamasen á su hija. Recibióla con ternura; pero con un ayre grave y respetuoso: su semblante estaba pálido, sus ojos abatidos, y la especie de tranquilidad que parecia reynar en su fisonomía, se semejaba ménos á una perfecta calma que á un total descaecimiento del ánimo.

"Lo que me queda que decirte acerca de mi evasion, no tiene nada de particular, la dixo con voz debilitada: me detuve en Sena el tiempo necesario solo para descansar y restablecerme un poco, é inmediatamente me vol-

ví á Florencia, en donde mis enemigos triunfantes con mi ausencia, comenzaban á esparcir algunas voces relativamente á mí, que no me hacian mucho favor. Concluido que se hubo el tiempo prefixado por la ley para el servicio del empleo que ocupaba, partí inmediatamente á visitar los amenos sitios en donde he visto crecer tu juventud, sitios que recordaban á mi alma unas memorias tan dulces y tan tristes á un mismo tiempo."

"Mas impaciente que nunca por descubrir y saber lo que se habia hecho de tí, y por sacarte si era posible de entre las manos de tus perseguidores, resolví hacer algunas diligencias para ello; pero habiéndome confiado el senado á este mismo tiempo una comision secreta que debia yo negociar con la república de Venecia, no me atreví á rehusar es-

te encargo, y me ví en la precision de sacrificar mis propios intereses á los del estado."

"Llegado que hube á esta ciudad, terminé bien pronto la negociacion que me habia traido á ella; pero despues me he visto precisado á detenerme, por haberse descubierto una conjuracion que han formado contra el estado un gran numero de jóvenes encenagados en los vicios y llenos de deudas, y en la qual han tenido parte algunos florentinos, entre ellos el conde Victorio Siri....."

"Siri! "exclamó Bianina maravillada de lo que oia.

"Sí, hija mia: tú te acordarás sin duda de haberle visto algunas veces en nuestro palacio allá en Florencia. (A este tiempo se cubrió de vergüenza el semblante de Bianina, lo qual no advirtió el conde, y continuó en estos términos.) Un jóven des-

conocido, y de quien no he podido saber ni su nombre ni su patria, por haberse negado á decírmelo, me ha comunicado todos los por menores de la conjuracion, los quales se han hallado conformes con los que habia podido adquirir el Dux: ya se ha preso á todos los culpables, y no tardarán mucho en recibir la pena que merecen sus crímenes. Impaciente en extremo de volver á Florencia, no podia ménos de afligirme este nuevo incidente; pero ahora ya bendigo la bondad del cielo por haber dispuesto esta detencion, causa de que nos hayamos vuelto á reunir. Todo lo demas que ha pasado lo sabes ya lo mismo que yo."

"Hasta ahora no te he hablado mas que de mis nuevas desgracias; pero ya es tiempo de descubrirte cosas que tal vez te conmoverán y te afligirán de mas cer-

ca. Largo tiempo he estado combatiendo conmigo mismo acerca de si deberia abrirte mi corazon ó no; pero ya veo que la razon exîge de mí corra el velo á mis desgracias, y te dé á conocer mi suerte, la tuya, y la causa de esta tristeza y melancolía que destruyen insensiblemente todas mis fuerzas y constitucion. No temas, hija mia, el que este deber penoso de haberte de referir mis desventuras, aumente mi dolor: al presente me hallo ya con aquella especie de insensibilidad y apatía, que pertenece al desgraciado que arrojado por la tempestad contra los escollos, y cierto de que está colmada la medida de sus males, mira sin ningun espanto el banco de arena ó las rocas que le van á servir de sepulcro, y clava sus ojos con toda tranquilidad en la oleada del mar que viene caminando hácia él pa-

ra arrebatarle y sumergirle en lo profundo de las ondas."

No pudo el conde pronunciar estas palabras sin que se cubriese su semblante de un amargo llanto: tal era la afliccion que reynaba en su alma: detúvose un instante para tomar algun aliento, y en seguida continuó su discurso con una fingida tranquilidad, que no sirvió de otra cosa que de aumentar el sobresalto de Bianina.

"Hasta ahora, siguió Guillelmo, no he visto ninguna muger que me haya parecido reunir hasta un grado tan superior como tu madre el talento, las gracias y la hermosura: ya has visto su retrato, que no es mas que un débil bosquejo de sus muchos atractivos. Reconocida y ponderada de todos como la jóven mas hermosa de Florencia, era tambien la mas amable y la mas sensata y juiciosa: cada una de sus palabras ó

de sus acciones tenia un atractivo irresistible que seria imposible poderte explicar; pero nada era comparable con la bondad de su corazon: la hermosura se pierde, el talento se altera ó se emplea malamente; pero el corazon permanece siempre el mismo, y él es, no hay duda ninguna, él es sobre todo el que constituye el verdadero valor y precio de las mugeres."

"La naturaleza se habia complacido en prodigar á tu madre este precioso don; en términos que algunas veces me maravillaba yo mismo, al ver que á fuerza de admirar la bondad de su alma, me olvidaba, por decirlo así, de las demas prendas de que estaba adornado su corazon. Ah!, ¡quantas delicias y quántas satisfacciones no he gozado yo á su lado! ¡O dulces instantes de la felicidad doméstica! ¡O dias ventu-

rosos ; tan rápidamente pasados !..... pero el destino se cansó bien pronto de nuestra ventura, y no tardó en abrir delante de nuestros pasos un horrible abismo....."

Aquí llegaba el conde quando se detuvo de nuevo, pareciendo no encontrar expresiones ni tener ánimo para seguir adelante, ó que otras nuevas ideas desordenaban las que tenia preparadas. Levantóse de su asiento, y acercándose á la ventana, la abrió para respirar un ayre mas fresco; pero en el mismo instante sienten que de la parte de afuera tiran un cohete que entrando por la ventana, llena la pieza de un humo espeso y narcótico, el qual hace caer sin sentido á Guillelmo y á Bianina (2).

Esta última sin embargo no tarda mucho en volver en sí. El ayre fresco que respiraba, el murmullo del agua, y el ruido de

los remos la van reanimando poco á poco: pónese á escuchar, abre los ojos en seguida, y ya no duda que la han transportado á una góndola (3). No permitiéndole el sitio en donde se hallaba ver lo que pasaba á la parte de afuera, se levanta, pónese á escuchar de nuevo con mas atencion, y no puede ménos de extremecerse al reconocer la voz de Caponio que amenaza y anima alternativamente á los remeros para que voguen apriesa.

Terrible hasta el último extremo era la situacion en que se hallaba la jóven Bonelli, igualmente le era imposible el escaparse, ó el hacer se oyesen sus gritos desde el sitio en que sus raptores la habian encerrado. "¡Ni aun el puñal de Virginia tengo en mi poder! exclamó llena de espanto. Ah! ¡estoy perdida, perdida sin remedio si el cie-

lo piadoso no se digna conservar y favorecer mi inocencia!"

A este mismo tiempo, dos góndolas parten á una de la ribera, y se dirigen con la mayor rapidez hácia la de Caponio; el qual aunque redobla sus amenazas y hace mil ofertas á sus remeros, es sin embargo alcanzado bien pronto por las otras dos góndolas, cuyos soldados, de que venian llenas, le mandan detenerse. Caponio en el entretanto no quiere obedecer, y aun les opone la mas vigorosa resistencia. Pero al mismo tiempo un jóven desconocido se precipita sobre su bordo, le acomete, le derriba á sus pies; y creyéndole ya muerto le arroja al agua, miéntras que los soldados que iban con él se apoderan de los remeros de la góndola de Caponio, y los atan fuertemente.

El ruido del combate habia vuelto su vigor, y dado alguna

esperanza á la desgraciada Bianina; pero júzguese qual seria su asombro y su agitacion quando entre los que hablaban á la parte de afuera reconoció la voz de su adorado libertador. "Ah! él es, él es, no hay duda, exclama llena de gozo: ya no me cree culpable, pues que con tanta precipitacion ha venido á libertarme de las manos del perverso Caponio." Llena su alma de esta idea, se precipita hácia la puerta al mismo tiempo que acababan de forzarla, pero no puede ménos de quedar confundida al ver á un desconocido que la presenta un billete: tómale sin embargo Bianina, le abre precipitadamente, y lee estas palabras:

"Ya os hallais libre, señora, la »casualidad me ha favorecido mas »de lo que yo esperaba, y Capo»nio queda vencido enteramente. »Aunque yo haya perdido el de-

»recho de daros consejos, y á pe-
»sar del deseo y ansia que debeis
»tener de reuniros con vuestro
»padre, sin embargo me atrevo
»á suplicaros por vuestro interes,
»y sobre todo por el suyo, no re-
»huseis dirigiros adonde se halla
»Virginia, á cuyo sitio tiene ór-
»den de conduciros el hombre en-
»cargado de entregaros este billete.
»Esta vuestra amiga que os es-
»pera con la mayor impaciencia,
»goza ya de una felicidad com-
»pleta, y desea contribuir á la
»vuestra asegurando la de las per-
»sonas que mas derecho tienen á
»vuestra ternura. Esta es la única
»recompensa que os pido al pre-
»sente: ¡tiempo hubo en que me
»lisongeé poder aspirar á otro pre-
»mio! ¡Pero este tiempo ya no
»existe!..... Demasiado bien ven-
»gado he quedado: mi impruden-
»te rival..... Mas quedad con
»Dios, señora: mi débil corazon

»teme aun despedazar el vues»tro. A Dios pues; mi deber es»tá ya cumplido. La soledad es »el único bien que le queda á »un desgraciado: no tardaré en »hallarme en medio de los Ape»ninos, y en aquellos deliciosos »sitios en donde comencé á ver »por primera vez la felicidad, á »los quales corro ahora para se»pultar en ellos mi desventura.«

"*El incógnito del valle de Bagno.*

Apénas hubo Bianina recorrido estas líneas, quando se precipita sobre los bancos de la góndola, para detener y desengañar á su amante. La barca que le conducia se habia ya alejado bastante: distínguela Bianina, tiende los brazos hácia él, y ve que continúa apartándose de ella. Inmóvil, desesperada, y pudiendo respirar

apénas, le sigue con sus miradas, y parece querer con sus suspiros retardar su huida ó atraerle hácia sí; pero bien pronto desaparece de sus ojos, y como si su vista solo hubiese sido la que la sostenia, cae sobre uno de los bancos poseida de aquella especie de abatimiento y de delirio que es el último efecto de la desesperacion.

CAPÍTULO II.

Virginia y su madre. — Un destierro. — La caberna y el solitario de los Apeninos.

Incapaz de reflexionar Bianina en el estado en que se hallaba, no puede advertir lo que pasa al rededor de sí; pero de improviso se siente estrechar entre los brazos de una muger que la colma de caricias, y en fin la voz de Virginia la saca de aquella especie de abatimiento que amenazaba á su razon, y que parecia haberla hecho perder el juicio. Un doloroso suspiro ensancha su oprimido pecho, y en seguida dice con voz débil y que-

brantada: "ah! ¿qué sois vos, amada Virginia? O! ¡y quánta necesidad tenia mi enardecida imaginacion de reposar en el seno de una amiga! ¡Qué de desgracias á un tiempo, mi querida Virginia!"

Maravillada esta de la desesperacion y abatimiento que notaba en Bianina; y cuya causa le era desconocida; redobla sus caricias, y sin perder tiempo la hace subir desde la góndola á una casa que se hallaba á la orilla del canal. "Ven, la dixo ella, ven, Bianina amada, y aliviaré tal vez tus penas haciendo que vuelvas tus miradas hácia lo pasado: es tan frecuente que los infortunios se hallen cerca de la felicidad, y esta de ellos, que apénas por poco sensible, se puede señalar la distancia que los separa."

Estas palabras misteriosas, excitando la curiosidad de Bia-

nina, diéron algun desahogo y aminoráron en parte el acerbo dolor de que se hallaba poseida su alma. Siguió pues los pasos de su compañera, la qual la introduxo en una sala algo escasa de luz; en donde al momento que entró, vió á una señora sentada sobre un sofá, y cubierta con un velo: levantóse esta para saludar á la jóven Bonelli, y en seguida la suplicó se sentase á su lado. Executólo Bianina sin hacerse de rogar, y ocurriéndole al mismo tiempo á la memoria el contenido del billete de su amante, no le quedó duda ninguna de que esta señora era la madre de Virginia.

"¿Sois vos, señorita, la preguntó aquella dama con voz algo conmovida y agitada, la hija del conde Guillelmo Bonelli?"

"Si señora, le respondió Bianina, yo soy una desventurada

á quien parece se han empeñado en perseguir todas las desgracias del mundo. Pero, ¡quánto no debo yo, buena señora, á vuestra generosa hija, quien no ha dexado cosa que no haya hecho, ni peligro á que no se haya expuesto por salvarme la vida, el honor, y para sacarme del poder de un malvado.....!"

"Ya lo sé todo, hija mia, le interrumpió aquella señora, y Virginia se vanagloría ahora mas que nunca de quanto ha hecho por vos: un vínculo sagrado de que ella estaba ignorante en aquel tiempo, así como vos lo estais al presente, os une con la mayor estrechez. Pero decidme, ¿habeis oido hablar alguna vez de vuestra madre?"

"Ah! señora, ¿sabreis vos por ventura alguna cosa relativa á su suerte? ¿y será posible que viva aun para enxugar las lágrimas del

mejor de los padres? Ah! todas sus penas, las de su hija tambien, añadió, dando un profundo suspiro, quedarian olvidadas si tuviéramos la felicidad de estrecharla en nuestros brazos: su vista volveria á mi afligido padre, la tranquilidad que tanto tiempo hace falta de su corazon. Por Dios, señora, si la habeis visto, si la conoceis, ó si sabeis adonde se halla, no os detengais en manifestárselo todo á su desventurada hija."

"Tal vez no la conoceriais aunque la vieseis; pues que aun erais muy niña quando la perdisteis."

"Si señora, yo era muy niña aun sin duda ninguna; pero mi padre me ha hecho ver tantas veces su retrato....."

"Sin embargo, el tiempo y las desgracias han mudado de tal modo sus facciones que....."

"Ah! señora, las tengo tan pro-

fundamente grabadas en mi corazon, que estoy segura de que no tendria dificultad ninguna en reconocerla si la viera delante de mí."

"¡Basta ya, hija mia, basta! exclamó la señora quitándose el velo que la cubria, y atrayendo á Bianina hácia sí; ven pues á los brazos de tu madre, á estos brazos que por tanto tiempo han estado careciendo del placer de estrecharte entre ellos: ven á hacerle olvidar en un solo momento veinte años de desgracias."

Abrazadas todas tres, y vertiendo alegres lágrimas, no se oian pronunciar mas palabras que los dulces nombres de madre, hija, hermana, cuya tierna escena duró largo tiempo; pero luego que se hubiéron calmado un poco las primeras agitaciones, preguntaron á Bianina la condesa y Virginia, por qué medio se habia podido es-

capar del poder de los Sibaritas, y cómo era que se hallaba en Venecia. Consintió ella en satisfacer su curiosidad; pero ántes quiso escribir un billete á su padre para tranquilizarle acerca de su suerte, y asegurarle que no tardaria mucho en volverle á ver y en restituirle *aun mas de lo que habia perdido.* En seguida les refirió todos los por menores que quisiéron saber de ella, y por último, les contó todas las circunstancias de su último acontecimiento, del qual habia estado en poco el ser la víctima.

"O Caponio! exclamó la condesa luego que Bianina hubo terminado su relacion. O Caponio! quando dexará tu perfidia y maldad de perseguirnos."

"Ah! madre mia, replicó Bianina con una especie de entusiasmo, ya no tenemos nada que temer de él; pues que sin duda

ninguna ha perecido á manos de mi generoso libertador."

"Tú ignoras, interrumpió Virginia, tu ignoras todos los favores que debemos á este ser misterioso que parece ha estado siguiendo siempre tus pasos, y velando sobre tu seguridad. El es quien consiguió, sirviéndose para ello de agenas manos, el sacarnos de entre las de los Sibaritas: el fué quien me avisó del peligro que corrias, tratando con Victorio Siri, y quien me obligó á que te lo advirtiese; y en fin, él fué, luego que yo pude encontrar aquí á mi adorada madre, el que se encargó de traerte á nuestra compañía, para concertar entre todos el medio mas acertado de reconciliarla con el conde nuestro padre."

"Ah! señora, replicó Bianina, á quien el eligió que acababa de hacer su hermana del des-

conocido habia turbado un poco al principio; ah! madre mia, corramos á los brazos de mi padre: demasiado ha llorado vuestra pérdida para que pueda no recibiros con el mayor enagenamiento de alegría."

"No, hija mia, respondió dolorosamente la condesa, no: un avocamiento de esta naturaleza necesita disponerse con mas miramiento: sin duda ninguna que ignoras los terribles acontecimientos que nos han separado."

"Los ignoro efectivamente: mi padre iba á referírmelos, quando el traidor Caponio....."

"Ah! ese Caponio mismo, interrumpió la condesa, es el que ha causado todos mis infortunios: él es quien seduxo despues á una de mis hijas, quien hirió y acometió traidoramente á mi marido para arrancar la otra de entre sus brazos, y quien te ha ve-

nido á perseguir hasta en este pais extraño."

Detúvose la condesa al pronunciar estas palabras, y en el instante mismo entró en el quarto un criado todo asustado, diciéndoles que un trozo de soldados armados, acababan de cercar la casa, y pretendian que se les abriese por fuerza la puerta. Persuadida Bianina de que tambien era á ella á quien amenazaba esta nueva tempestad, manifestó una firmeza que reanimó en algun modo á su madre y á Virginia. No tardó mucho tiempo en entrar en la pieza en donde se hallaban un oficial del Dux; seguido de algunos soldados. "No os asusteis, señoras, les dixo al ver el sobresalto con que estaban: la comision que traigo es tal vez ménos terrible de lo que os imaginais. ¿Quién de vos es Bianina Bonelli?"

"Yo soy, señor" respondió Bianina adelantándose hácia donde él estaba.

"En este caso, con vos es, señorita, únicamente con quien habla la órden del Dux, y yo os notificó de su parte que sin deteneros en nada os vengais conmigo."

"No, no, exclamó la condesa echando al mismo tiempo los brazos al cuello de Bianina, no, no tendreis la crueldad de quitarme á mi hija. Si quereis una víctima, aquí estoy yo: apoderaos mas bien de los restos de una vida medio consumida ya con el peso de las desgracias, que de una jóven que ahora comienza á vivir."

"Sosegaos, señora, continuó el oficial del Dux: vuestra hija no corre peligro ninguno: solo se exîge de ella la obediencia."

"Pero ¿qué crímen es el que

se le atribuye? replicó la condesa. Pruébeseme que es delincuente, y yo misma os la entrego sin hacer resistencia ninguna."

"Señora, me es imposible satisfaceros: estas son las órdenes que tengo: yo debo executarlas," respondió el oficial.

"Y que, ¡tendrais la crueldad de arrancarla de los brazos de su madre!"

"Señora, mi obligacion es solo obedecer."

"Teneis razon, señor, interrumpió Bianina, viendo que con prolongarse esta escena no se hacia mas que aumentar la desesperacion de la condesa: estoy pronta á seguiros, guiad adonde querais: y vos, querida madre, calmad vuestros temores: la certeza que tengo de mi inocencia me da animo y confianza; ella debe dárosle á vos tambien. A Dios, madre mia, á Dios, amada Vir-

ginia: tal vez no tardaré mucho en volver á gozar á vuestro lado de aquella pura felicidad y de aquellas dulces delicias, á las quales me arrebatan al tiempo mismo que comenzaba á conocerlas; pero en el entretanto no os olvideis de mi padre, acordaos que vive en la mayor desgracia."

Concluidas estas palabras, arrancándose de los brazos de la condesa y de Virginia, se apartó de ellas con una calma y una seguridad, que en algun modo suspendiéron la afliccion de aquella desgraciada familia, é hiciéron sobre todo una viva impresion sobre sus guardias. Embarcáronla estos inmediatamente sobre una góndola, la qual, al irse haciendo de dia, arribó á la tierra firme; desde adonde continuáron su camino en un coche que los estaba allí aguardando, y en el que solo el oficial tomó asiento para hacer com-

pañía á Bianina, escoltándoles á caballo los soldados.

Habiendo llegado á eso de la media tarde al pueblo que señalaba las fronteras de la república, el oficial que iba custodiando á Bianina, rompiendo en fin el silencio que en todo el camino habia guardado, la dixo: "señorita, mi comision queda ya concluida, y solo me resta para cumplir completamente con las órdenes que se me han dado, el explicaros la causa de vuestro destierro, porque al fin desterrada salis de todos los dominios de Venecia. No ignorais la conspiracion que se acaba de descubrir en aquella ciudad: Siri y muchos otros que han tenido parte en ella, os han denunciado como uno de los cómplices que han tenido; y vuestra perdida hubiera sido infalible si se hubiera dado tiempo á los tribunales para que se apode-

rasen de vuestra persona. El Dux, á pesar del horror que le ha inspirado vuestra conducta, acerca de la qual, segun dicen, no le dexan duda ninguna las piezas justificativas que tiene en su poder, ha resuelto sin embargo substraeros al peligro que os amenazaba. Vuestro sexô y vuestra corta edad no han podido ménos de conmoverle; y la estimacion que profesa al conde Bonelli, le han determinado por último á dar este paso, encargándome os conduzca á la frontera, y os advierta el mucho peligro que correriais si os expusieseis á comparecer otra vez en los dominios de la república. Los soldados mismos que el Dux habia confiado á un jóven desconocido para que os libertase de las manos de Caponio, habian recibido ya la órden para que observasen el sitio adonde os conduciria vuestro liberta-

dor: y no pude ménos de alegrarme al saber no era en el palacio del conde Bonelli en donde os hallabais, del qual me hubiera sido sumamente sensible el haberos tenido que sacar."

"Véase aun, exclamó Bianina, una traicion digna de vosotros, enemigos invisibles que me rodeais sin cesar en qualquiera parte en donde me halle; ó mas bien digna en todo de la maldad de tu alma, hombre pérfido, malvado Siri, que no me sacaste de entre las manos de tus cómplices, sino para enredarme mas seguramente en tus redes. Tú triunfas en fin; pero la victoria no será completa: mas humanos que tú han sido los jueces, y dia llegará en que la verdad se aclare. Y vos, señor, añadió, dirigiéndose al oficial, decid á vuestro amo, que quedo agradecida á la bondad que ha empleado conmigo; pero que tal

vez hubiera sido mas generoso, y yo le hubiera tenido mas que deber, si en lugar de enviaros á vos para que me sustraxeseis al poder de los tribunales, me hubiera proporcinado la ocasion y los medios de confundir á mis acusadores. El delincuente admite gustoso el perdon y toda la gracia que se le quiera hacer, pero el inocente no quiere mas que la justicia."

Lleno de respeto hácia Bianina el oficial veneciano, y de admiracion al ver su firmeza y constancia, y convencido de su inocencia, á pesar de todas quantas pruebas justificativas pudiese tener el Dux, se disculpó con ella de haberse encargado de semejante comision; y en seguida tomó el camino de Venecia deseándola toda felicidad. Luego que se vió sola Bianina, y que hubo descansado un poco de las fatigas del

viage, recorriendo en su fantasía todo lo que habia pasado por ella en aquellos últimos dias, vino á parar naturalmente en la situacion en que se hallaba y partido que deberia tomar. Volverse á Florencia en ausencia de su padre, era lo mismo que irse á poner ella misma en las manos de sus enemigos; así que, despues de haber estado meditando un largo rato, resolvió en fin retirarse á su palacio de Bagno. Esta habitacion, por otra parte, se hallaba á la falda de los Apeninos, y ya se tendrá presente que su jóven amante, al separarse de ella, la habia indicado que estas montañas iban á ser su único asilo, causa que contribuyó, y no en la menor parte á que Bianina se atuviese á su última resolucion.

Al dia siguiente bien de mañana salió para su palacio de Bagno, adonde llegó al rededor del

medio dia, por no ser larga la distancia que tenia que andar, y aquella misma tarde visitó el bosque solitario adonde habia visto por la primera vez al amado objeto que poseia todo su corazon y ternura. Aquellos arboles, aquel valle, aquellas montañas, y en fin, todo quanto se presentaba á sus ojos, la recordaban á cada momento la imágen del amante que huia de ella, y renovaban en su alma aquel dolor y melancolía profunda, que el encuentro de su adorada madre y de una hermana, y la acusacion atroz hecha contra ella por Siri y sus perversos compañeros, habian podido suspender por un momento.

Separada de todo lo que en el mundo habia mas querido de ella, abandonada á sí propia: y sabiendo que su amante se hallaba en aquellas inmediaciones, guiada solo por el amor, se entregó

á todo el entusiasmo que la era natural, y resolvió recorrer diariamente los Apeninos, hasta descubrir el sitio adonde se habia retirado su jóven desconocido, y disipar de su imaginacion el funesto error que los tenia separados.

Llena de estas ideas, se mandó hacer vestidos de hombre, y en este trage emprendió al instante sus correrías por el seno de aquellas montañas, entre las quales solia estarse con frecuencia, por espacio de muchos dias. Algunas veces tenia que reducirse su alimento á solo las frutas silvestres que encontraba, y su bebida á solo el agua que caia de aquellos torrentes: los céspedes la servian de mesa y de cama á un mismo tiempo durante el calor del dia, y por la noche se refugiaba en alguna choza apartada de todo camino.

De este modo recorrió en varias veces una gran parte de los Apeninos, no olvidándose de registrar el mas mínimo valle, todas las cumbres de las montañas, y la cabaña mas pequeña; pero en ninguna parte pudo encontrar, ni halló el menor indicio del ser misterioso que andaba buscando. Algunos habitantes de aquellas montañas le habian visto, segun informáron á Bianina; pero ninguno de ellos sabia adonde tenia su habitacion, y solo se asegurába que vivia en un valle circundado de rocas escarpadas.

Un dia en fin, creyó Bianina haber encontrado el sitio que la habian señalado, viendo delante de ella una cordillera de montañas de granito que se elevaban circularmente, y que parecian dexar formado por la parte interior un valle bastante considerable. Encamínase en seguida hácia estas

montañas, y procura buscar un camino que la conduzca á este valle; pero todas sus diligencias son infructuosas. Mil abismos y precipicios, en los quales resuena el horrible ruido de los torrentes, y cuya agua se pierde en ellos y cubre hasta mas de la mitad de su altura enormes pedazos de roca negra desprendidos de las montañas, se la oponen al paso por todas partes, y la hacen estremecer cada vez que dirige sus miradas hacia aquellas inmensas profundidades.

Sigue registrando el círculo que forman las montañas, y por todas partes encuentra obstáculos invencibles que no la dexan penetrar dentro: aquí se le presenta una catarata cuyo ruido la llena de espanto; y mas allá una masa enorme de rocas, cuyas puntas, elevándose á una altura disforme, y volviéndose á inclinar

hacia la tierra, la horrorizan y la hacen detener sus pasos. En este entretanto (pues que nada se escapa á los ojos de un amante) distingue un sitio en donde la roca no se presenta ya tan elevada, y hácia el qual se dirige en seguida y descubre en efecto una senda estrecha y escabrosa: éntrase por ella inmediatamente, y despues de haber subido por un largo trecho, detiénese á la vista de un precipicio, que es adonde va á terminar aquella senda, cuya orilla estaba cubierta de maleza y de algunos arbustos: apártalos lo mejor que puede, se desliza por entre ellos, agarrándose y sosteniéndose de sus troncos, y consigue tambien vencer este nuevo obstáculo, y subir de allí á poco no sin algun trabajo hasta la cumbre de la montaña.

Considérese qual seria su sorpresa y su alegría, quando pues-

ta en aquella eminencia descubre delante de sí un valle hermosísimo y solitario, atravesado por un arroyuelo que le fertilizaba, y desde cuyas orillas se extendian un huerto lleno de árboles frutales, y un bien cultivado jardin, hasta terminar en una cabaña cubierta de una parra frondosísima y suspendida de la misma roca. Parecia este valle un sitio sagrado que la mano divina no habia circundado de rocas, de torrentes y de abismos, sino para separarle enteramente del mundo corrompido: por lo ménos tal fué la idea que formó de él Bianina, luego que hubo extendido sus miradas llenas del mayor asombro hácia todas partes.

Los sitios solitarios que habia recorrido hasta llegar allí, los formidables y profundos precipicios que acababan de llenarla de horror, el encanto y aspecto halagüe-

ño del valle que tenia delante de sus ojos, y la esperanza en fin de hallar á su querido amante, acabáron de exâltar su viva imaginacion hasta el punto de mirar aquella cabaña misteriosa como el último término de sus correrías é indagaciones, y la estimuláron á dirigirse hácia ella con la mayor precipitacion.

En el momento mismo en que se iba acercando, un hombre sale de la cabaña, y á su vista todo el valor de Bianina parece quiere abandonarla: el aborrecimiento, la amargura, y la horrible sonrisa de la desesperacion animaban alternativamente cada una de sus facciones: cubierto con un largo vestido negro, su pecho mas negro aun, parecia no encerrar en sí otra cosa que proyectos de venganza y de desolacion: la palidez espantosa de su cara, y las arrugas de su frente

manifestaban el odio y aversion que tenia á los hombres; y en fin sus mexillas descarnadas y hundidas, sus ojos llenos de furia, y sus cabellos puestos en el mayor desórden, daban indicio claro de las rencorosas pasiones que devoraban su corazon. La vista de Bianina pareció maravillarle al principio; pero llenándose en seguida de una fiera y horrorosa seguridad, con terrible tono, la dixo:

"Insensato, ¿qué maléfico genio ha sido el que te ha conducido á estos sitios?"

"La amistad, respondió temblando Bianina."

"Ah, desgraciado! ¡qué es lo que dices! sabe pues que ese sentimiento tan odiado de mí, te ha conducido á tu perdicion: tu suerte está ya fixada. Todo mortal que se atreve á entrar en este recinto sin ser llamado, no en-

...

cuentra en él otra cosa que su sepulcro....."

"Oh padre mio! exclamó Bianina echándose á sus pies, ¿y es posible que pueda ser culpable el que quebranta una ley que absolutamente ignora? separado (*) con violencia de los brazos de un padre adorado, y de una madre que apénas comenzaba á conocer, y perseguida sin cesar por unos enemigos malvados y poderosos, he venido huyendo á los Apeninos para refugiarme en el seno de la amistad."

"Pues bien, un amigo es el que va á poner fin á tus desgracias, replicó el anciano con una sonrisa feroz."

"Y qué, ¿tendriais valor y la

(*) *Ya tendrá presente el lector que Bianina se habia vestido de hombre para hacer sus correrías por los Apeninos.*

crueldad, exclamó Bianina con el acento mas expresivo del dolor, de clavar el puñal en el pecho de un desgraciado, que entregado á la desesperacion, hace largo tiempo que anda vagando por las entrañas de estas montañas solitarias, solo por buscar en ellas al único ser que le hace aun apreciable una existencia que sin esto aborreceria? Ah! sin duda ninguna que vos habeis amado tambien: no puede haber estado cerrado siempre vuestro corazon á este delicioso encanto; no, no es posible: dexad pues que vuelvan á entrar en vuestra alma los dulces sentimientos de la humanidad que ya conoció otra vez, y por último, dexad que halle en vos mi desgraciada suerte un protector, y no un verdugo."

La elocuencia de las desgracias, y la que prestan las pasiones vivas, conmueve quasi siempre al

que la oye; pero no hay corazon que la resista quando á los atractivos que ella tiene y le son propios se reune tambien el imperio de las gracias y de la juventud. Así es que este enemigo de los hombres no pudo ménos de sentirse inclinado á la compasion: suavizáronse sus miradas en el mismo momento; y el recuerdo de un tiempo mas feliz para él, que Bianina acababa de despertar en su alma, hizo que se cubriese su fisonomía de una expresion que estaba muy distante de la fiereza que habia manifestado al principio. "Sí! ¡en otro tiempo hubo en mi pecho un corazon qual le has pintado!" exclamó el anciano, dexando caer la cabeza sobre su pecho, clavando los ojos en el suelo, y recogiéndose profundamente en su interior como para traer á la memoria el tiempo pasado. Despues de haber guardado

silencio por algunos minutos, salió en fin del enagenamiento en que le habían puesto las palabras de Bianina, y echando hácia ella una de aquellas miradas dolorosas y llenas de compasion, que expresan mucho mejor que todos los discursos del mundo, los tormentos de un corazon despedazado por un dolor acerbo, la hizo seña para que le siguiese á su cabaña.

Entráron pues en ella, y Bianina echó de ver al instante que era mas grande que lo que su exterior indicaba, y que se extendia aun, segun pudo distinguir, por debaxo de la montaña adonde estaba arrimada. Hízola entrar el anciano en una pieza particular que se hallaba á uno de sus lados, de la qual se salió precipitadamente y cubierto su rostro de un ayre sombrío y misterioso, luego que la hubo presentado al-

gunas frutas, un poco de leche, y un vaso de vino.

Cansada en extremo Bianina de lo mucho que habia andado, y del miedo que habia padecido, se quedó dormida en el mismo sitio en donde se hallaba, despues de haber tomado algun alimento de los que el anciano le habia dexado ántes de irse. Mantúvose una parte de la tarde descansando con un sueño tranquilo, del qual la hizo volver la entrada del solitario en la cabaña. La dulce expresion que ántes se habia visto pintada en todas sus facciones habia desaparecido ya de ellas: una seriedad triste y horrorosa reynaba de nuevo en su frente: los síntomas terribles de la desesperacion y del delirio se manifestaban en toda su persona; y en fin, parecia circular en su cuerpo el veneno de las furias.

"Jóven insensato, dixo á Bianina al entrar, con una voz llena de fiereza, tus disparates y locuras me habian sorprehendido, y tus palabras engañosas me seduxéron por un instante, hasta el punto de hacerme olvidar que al fin eras un hombre: sí, un hombre..... un ser miserable y perverso que se alimenta con la desgracia de su semejante, que excede á todas las bestias feroces en astucias y en crueldad, y que se vanagloria de ser el azote, y el destructor del universo. ¿Y deberé yo todavia volver á calentar la vívora en mi pecho, la qual no viene arrastrándose hácia mis pies sino para morderme de nuevo? No, huye de mí..... escupe tu veneno sobre los de tu especie: adulálos, empouzóñalos, asesínalos; pero sobre todo déxame ver tu maldad y tu infamia, á fin de que yo pueda aborrecerte y de-

testarte."

"Escucha pues, jóven imprudente, dixo encarándose con Bianina: es preciso, ó que te resuelvas á morir con una muerte lenta y terrible en el fondo de mis subterráneos, echado entre las serpientes, los insectos y los reptiles, ó que te prestes ciegamente á ser el instrumento de mi venganza. Elige pues: ó perecer aquí voluntariamente, ó perecer en otra parte á las manos de los hombres, es la única alternativa que te queda. Pero ya veo en tu turbacion, en tu palidez, y en el terror que está pintado en tu semblante, que has elegido el último partido: ven pues armaré tu brazo, y te manifestaré el digno objeto de mi furor."

Concluidas estas palabras, agarró el solitario fuertemente la mano de la jóven Bonelli, y la llevó con violencia hácia un si-

rio algo apartado de adonde se hallaban; en el qual habia una puerta secreta que se abrió en el momento mismo en que llegáron, y presentó á los ojos de Bianina el espectáculo mas horroroso y mas terrible. Se veia en el fondo de aquella vasta caberna la estátua de Guillelmo Bonelli cargada de cadenas: á sus pies se hallaba una copa llena de un mortal veneno, y un agudo puñal; y sus facciones, copiadas con una verdad y propiedad asombrosas, expresaban el dolor y la desesperacion, llevados hasta su último grado.

"De esta suerte debe estar padeciendo Guillelmo Bonelli, hasta que mi triste corazon pueda gozar de alguna tranquilidad, exclamó el solitario: tales deben ser los tormentos que le estan preparados al autor de mis males: tus manos son las que me le deben en-

tregar, y desgraciado de tí, si faltas á tu juramento. Una potencia invisible te irá siguiendo por todas partes, y observará todas tus acciones: la muerte mas cruel y mas horrorosa te espera sino cumples fielmente con el encargo que te hace mi venganza."

No hay voces que basten á expresar el horror que se apoderó de Bianina al oir estas terribles palabras. Un temblor mortal corrió en el instante mismo por todos sus miembros: su sangre se detuvo algun tiempo en sus venas; y el calor vital, y aun la misma vida faltó poco para que la abandonasen. "Bárbaro, dixo en fin con voz quasi mortal, ¿qué ha sido lo que ha podido haceros Bonelli?"

"¡Qué ha sido lo que ha podido hacerme! mas mal que el que pudieran haberme causado todas las furias: muger, hijos, honores,

riquezas, y en fin, yo mismo, todo lo he perdido por su causa: no hay puñal, por agudo que esté, ni veneno por activo que sea, que basten á castigar su perversidad en los términos que lo ha merecido."

"Y qué, ¿no habrá cosa ninguna que sea suficiente á aplacar vuestro furor y venganza? replicó Bianina con voz confusa y alterada."

"Yo! yo aplacarme! jamas..... He jurado la mas sangrienta y eterna venganza, de la qual no desistiré en tanto que mi corazon conserve todo el ardor suficiente para sentir mis infortunios; en tanto que mi imaginacion conserve su viveza para calcular y formar planes de venganza; y por último, en tanto que conserve mi pecho un solo aliento vital."

"¿Y si Guillelmo, le replicó Bianina, estuviera arrepentido, si

su corazon se hallase tambien traspasado del dolor de sus desgracias, y en fin, si gimiese oprimido baxo el peso de su infortunio?"

"Y qué, ¿es capaz el arrepentimiento de hacer que desaparezca el crímen? Ah! desgraciado de él! No, no será suficiente un torrente de lágrimas para contener y apagar mi venganza, y aun quando le viera morir lentamente en medio de los tormentos mas terribles, su dolor no serviria de otra cosa que de alegrar y alimentar mi aborrecimiento."

"Bárbaro, exclamó Bianina, poseida de un santo entusiasmo, el cielo se compadece y perdona al delincuente arrepentido, y las mismas furias son ménos crueles que vos. Vuestra venganza sangrienta desea hallar una víctima, ¡pues bien, heridme! Yo soy Bianina Bonelli, la hija única, la hija querida, toda la delicia de

Guillelmo. Heridme, no os detengais, ó preparad si quereis todos los tormentos imaginables, en los quales podais complacer vuestra venganza y furor; pero perdonad despues, ah! ¡perdonad al mejor de los hombres, al mas tierno padre! basten los tormentos que yo sufra para extinguir vuestro odio, y sea suficiente mi sangre para borrar de vuestro corazon el aborrecimiento y deseo de venganza."

"Tú, traidor, ¡tú Bianina Bonelli! exclamó el solitario con el acento del furor, y sacando un agudo puñal de su pecho, ¡tú la hija del autor de mis desgracias!" *Llena de una constancia heroica Bianina, se arrodilla delante del anciano, descubre su pecho, y le dice:* "*hiere, hiere, pero perdona á mi desgraciado padre,*" *y en el momento mismo cae desmayada al pie de la estátua de Guilielmo.*

No hay pasion ninguna que sea tan incierta, ni tan vacilante como la ira: el instante mismo en que parece estar en su mas alto grado, es quasi siempre el que precede á su total extincion.

Apénas el furioso solitario, con el acero levantado para dar de puñaladas á Bianina, la hubo visto á sus pies, pálida, sin respiracion, sin movimiento, y quasi sin vida, dexa caer el puñal de la mano, y apartando sus miradas, algo enfurecidas aun, de la estátua de Bonelli, se apresura á dar socorro á la que un momento ántes queria inmolar. Cógela en sus brazos, y con el mayor cuidado la echa sobre una cama, sale en seguida á buscar agua, con la qual la refresca la cara; y en fin, á fuerza de hacerle respirar algunos olores aromáticos, consigue reanimarla poco á poco.

Quando Bianina abrió los ojos

y vió cerca de sí á su verdugo ocupado enteramente en socorrerla, y leyó en sus miradas el interes y la inquietud que le inspiraba su estado, notando al mismo tiempo la terrible batalla que se estaba dando en su alma, ya no desesperó, y ni aun le quedó duda de conseguir la victoria. Recobrado que se hubo un poco, echándose de nuevo á sus pies, los abraza, los riega con sus lágrimas, y le suplica y anima con el acento lleno de fervor que la presta su entusiasmo y su ternura, á que se esfuerce á conseguir sobre sí propio, sobre sus pasiones el triunfo mas sublime y mas acepto al cielo. "Yo seré vuestra esclava, le dice Bianina, yo consagraré toda mi vida á serviros y consolaros, y aun quando mi corazon se hubiese de despedazar, renunciaré, si es necesario, al amor, á la amistad, y á esta misma pasion

que me ha arrastrado á las entrañas de estas rocas; pero consentid, sí, en perdonar á mi amado padre: doleos de sus desgracias.

Las primeras palabras de Bianina habian enternecido al anciano hasta el punto de hacerle derramar algunas lágrimas; pero las últimas pareció que le volvian una parte de su furor: dirige sus miradas hácia la caberna en donde se hallaba la estátua de Guillelmo, y un terrible movimiento se observa en toda su persona; pero volviéndolas en seguida con ayre doloroso hácia Bianina, exclama en tono afligido y capaz de conmover al corazon mas duro: "Oh Dios mio! ¡yo tambien fuí padre! ¡el fué quien asesinó á mis amados hijos!..... Dichas estas palabras levanta las manos hácia el cielo, estrecha en seguida á Bianina contra su seno con un movimiento convulsivo, y arrancán-

dose precipitadamente de entre sus brazos se sale de la cabaña.

Ah! y quan dificil es el volver á entrar en el camino de la virtud una vez que se haya llegado á abandonarle! Aun quando el culpable consiga ver al crímen en toda su enormidad, y á la virtud con toda su hermosura y resplandor, el miedo y el desaliento le retienen todavia en unas cadenas que ya ha comenzado á conocer debe detestar. El horror que le inspira la memoria de sus delitos, y la admiracion que no puede ménos de causarle aquella pureza de alma, á la qual cree no llegará jamas, le asombran y espantan en sumo grado, á ménos que la dulce resignacion no venga á iluminarle con su claridad benéfica para sacarle fuera del laberinto en donde por desgracia se sumergió y enredó con tanta facilidad.

La resignacion fué en efecto la que ayudó á triunfar de su odio y de sus pasiones al solitario; el qual, despues de haber estado paseándose largo rato por debaxo de los árboles que circundaban su habitacion, y de haber batallado consigo mismo, y combatido los resentimientos que abrigaba en su corazon, se volvió adonde habia dexado á Bianina. Vióle esta entrar, y en su exterior conoció á primera vista la gran variacion que se habia hecho en él: la tranquilidad que iba poco á poco apoderándose de su alma, comenzaba ya á esparcirse por todas sus facciones: su frente cubierta de una obscuridad terrible se habia ya serenado: el furor que animaba ántes sus miradas, habia sido substituido por un ayre de dolor y de melancolía; y en fin, se veia reynar en toda su persona aquella tranquilidad y aquella especie de

abatimiento que sucede á la tempestad las mas veces.

"¡Venciste, noble Bianina, venciste! dixo el solitario con voz trémula, y con los ojos clavados en tierra: venciste, sí! tu virtud, tu entusiasmo por tu padre, y la magia de tu elocuencia han obrado un prodigio en mi corazon. Ya no tienes nada que temer acerca del conde Guillelmo: ¡todo lo he olvidado! ¡todo lo he perdonado! Resuelto enteramente á no ocuparme desde ahora mas que en lo por venir, quiero borrar de mi memoria los acontecimientos pasados. En quanto á lo que á tí pertenece, hija mia, ya quedas en tu absoluta libertad: date priesa pues á huir de un desgraciado que ha merecido tu desprecio; y si deseas continuar en tus indagaciones por estas montañas, yo mismo te ayudaré á buscar á tu amante. Me son muy bien cono-

cidos los medios y los prestigios que se han empleado para perderos, y los enemigos que os han perseguido: pero ya se va acercando á su término el imperio tan grande que hasta aquí han tenido. En el mismo momento en que ha desaparecido de mi corazon el odio y aborrecimiento que le devoraban, en el mismo momento pues han perdido la mitad del dominio y poder con que todo lo tiranizaban, y la familia Bonelli tendrá bien pronto quasi tantos defensores como ántes tenia enemigos."

Sorprehendida Bianina de una variacion tan pronta, y enternecida sobre todo al ver la generosidad y grandeza de alma del anciano, echándose en sus brazos, le dixo anegada en lágrimas de gozo: "No, no me habia yo engañado quando creí que debaxo de ese exterior tosco se ocultaba

un corazon lleno de virtud. ¿Habeis perdido á vuestros hijos? pues bien, concededme la ternura que á ellos teniais: dexadme enxugar las lágrimas que su pérdida os hace derramar; y en fin, permitid que ocupe en la forma que sea posible, el lugar que ocupaban los adorados objetos, que segun imaginais, os ha arrebatado mi padre."

"Ah! hija mia, exclamó el anciano estrechándola entre sus brazos; ¿pero cómo quieres que yo pueda tener parte en tu corazon, juntamente con mi mayor enemigo?"

"Guillelmo no lo es ya, le respondió Bianina afectuosamente; y si lo fué en otro tiempo, no me queda duda ninguna de que se debe atribuir la culpa á nuestros comunes enemigos. Es demasiado bueno su corazon, y su alma muy noble para que haya podido dar

entrada en ellos á la perfidia y al crímen: sin duda que ambos á dos fuisteis víctimas á un mismo tiempo de alguna negra traicion. No teneis nada que temer, padre mio: confiad en mi afecto y en el amor que os profeso, y descubridme los funestos acontecimientos que han traido tantas desgracias á nuestras dos familias; tal vez mis propios infortunios me suministrarán los medios para aclarar este terrible misterio."

"Pues que tú lo quieres, hija mia, voy á traer á mi memoria aquel horroroso dia que ha emponzoñado el resto de mi vida: tú vista sola (y aun no sabes todo el efecto que ella tiene fuerza para producir en mí), tu vista solo pues será suficiente para calmar la agitacion y tormento que un recuerdo de esta naturaleza puede renovar en mi alma. Pero dexemos para mañana

la penosa relacion de mis desgracias; pues que demasiado fuertes han sido las sensaciones que hoy nos han agitado ámbos á dos. Ahora que la obscuridad de la noche cubre ya la cumbre de estas montañas, voy sin pérdida de tiempo á poner la señal que debe romper todas las relaciones que me unen á los Sibaritas: mi enlace con ellos debia concluirse el dia mismo en que mi venganza quedase satisfecha; y ya lo está al presente, pues que he perdonado á mi enemigo."

Dichas estas palabras se apartó el anciano de Bianina, y subiendo á la cumbre de la montaña, encendió tres grandes hagueras en tres distintos puntos de ella. No habia podido ménos nuestra jóven de estremecerse al oir el nombre de los Sibaritas, y ahora se estremeció de nuevo al reflexîonar en el peligro de que acababa de liber-

tarse; pero no tardáron mucho en disiparse todos estos pensamientos de su imaginacion, viniendo de allí á poco á apoderarse de su alma un sueño tranquilo y benéfico.

Levantóse al dia siguiente al hacerse de dia, y poniéndose unos vestidos de muger que halló al lado de su cama, salió á dar un paseo por las orillas de un torrente que se despeñaba cerca de la habitacion del anciano: no tardó este en irla á buscar, y despues de haberla preguntado con el mayor interes por el estado de su salud, y si habia dormido bien la pasada noche, la instó para que se desayunase. Sentáronse ambos á dos sobre la yerba, y sacando el solitario de un canastillo que llevaba, varias frutas y algunas otras cosas, comenzáron á tomar algun alimento. Tenian á sus pies el valle, á quien ya iban ilumi-

nando los primeros rayos del sol: al rededor de ellos no se veia otra cosa mas que yerbas y arbustos cubiertos de flores, y una infinidad de antiquísimos árboles, entre cuyas hojas se movian un sinnúmero de paxarillos de todas clases, que saludaban con sus cantos y gorgeos la venida del astro luminoso del dia.

Esta vista encantadora y halagüeña, y esta escena llena de magia, produxéron la mas viva impresion en el alma del anciano, el qual pareció notar entónces por la primera vez la belleza y atractivos de todo lo que le rodeaba: tal habia sido el velo que el aborrecimiento y deseo de vengarse habian echado sobre todos sus sentidos; pues como ya se podrá imaginar, todo aquel valle y demas bellezas que ahora se presentaban á su vista, habian exîstido siempre, y solo su corazon era

el que se habia mudado. Luego que hubiéron concluido su desayuno, Bianina, que deseaba con ansia desengañarle acerca del juicio que tenia formado de su padre, y descubrir tal vez los resortes secretos que habia hecho mover contra ella el odio de sus enemigos, le instó para que cumpliese la oferta que la habia hecho el dia anterior, en lo qual consintió inmediatamente el anciano.

CAPÍTULO III.

Historia del solitario.

« Ya hace muchos años, amada Bianina, que la naturaleza no me habia parecido tan hermosa como se me presenta en este mismo momento: los negros proyectos que á cada instante formaba mi imaginacion, han tenido cubierto hasta ahora con su color horroroso todos los objetos que me rodeaban: vos sola habeis sido la que habeis curado á un mismo tiempo mi corazon y mis ojos: todo os lo debo, y así no hay cosa ninguna que yo no os conceda si está en mi mano el poderlo hacer. Ya vais pues á saber la historia de mis desgracias."

"Mi nombre es Anibal Bentivoglio....."

"Qué! exclamó Bianina, ¿sereis vos el conde Bentivoglio, á quien el pueblo de Bolonia ha proscripto en premio de sus distinguidos y señalados servicios, y cuya muerte llora la Italia entera?"

"Sí, hija mia, prosiguió el anciano, mi nombre os ha instruido ya de una parte de mis infortunios; pero todavia me queda mucho que contarte."

"Mi familia es una de las mas ilustres de aquella república, y entre todas ellas la que mas se ha distinguido por sus servicios. Un patriotismo sin igual, una fidelidad á toda prueba, y un sinnúmero de sacrificios hechos por el bien público, la habian grangeado en Bolonia toda la estimacion de sus conciudadanos, y un poder quasi sin límites. Mis

antepasados hiciéron siempre el mayor aprecio de este tan distinguido favor. Se los educaba desde su infancia, mas bien para que pudiesen ser útiles á la patria, que para ellos mismos, ó para sus parientes: sus corazones y sus talentos no se cultivaban sino para ella, y su ambicion no se dirigia hácia otro término mas que hácia la gloria de la república. Tal fué la educacion que yo mismo recibí; y ya se puede venir en conocimiento del efecto que debia producir en un corazon tan ardiente como el mio: aun era bastante niño, y no pensaba en otra cosa mas que en triunfos y en acciones heróicas: el gérmen de ellas se hallaba efectivamente en mi pecho, solo faltaba una ocasion que le desenvolviese, y esta ocasion se presentó en fin."

"Oprimia á Bolonia hasta el término de tenerla quasi en la es-

clavitud, el orgulloso Picinino (4): la flor de nuestros guerreros acababa de perecer: mi mismo padre habia perdido la vida cubierto de heroismo en el campo de batalla; y en fin, sin caudillo, sin generales, y en el mayor desórden aquella noble ciudad, parecia haber perdido para siempre su amada libertad. En esta época fué quando yo concebí el atrevido proyecto de salvar á mi patria de las manos del tirano: uniéronse conmigo los jóvenes mas patriotas y mas valientes que habia en la ciudad, y todos juntos sorprehendimos las guardias de Pecinino, escalamos el palacio en donde se hallaba, y por último, le hicimos salir de uuestros muros. Reconocidos los boloneses al servicio tan grande que acababamos de hacer á la causa pública, nos colmáron de honores y de dignidades, me elevárен particu-

larmente por encima de mis compañeros, me honráron con el título de libertador de la patria, y creyéron no recompensarme apénas confiandome el distinguido empleo que habia ocupado mi padre."

"Y este mismo pueblo, hija mia, no ha tenido dificultad algunos años despues en condenarme á la muerte, en confiscar todos mis bienes y riquezas, en señalar precio por mi cabeza, y en fin, en emplear toda su rabia y furor en hacer perecer á los objetos que mas derecho tenian á mi ternura. Ah! ¡desgraciado, desgraciado del hombre que apoya sus esperanzas en el favor popular: su locura será igual á la del insensato que construye un edificio sobre la arena ó sobre las olas del mar."

"Pero entónces no pensaba yo de este modo. Desvanecido é in-

fatuado con mis prosperidades, y con el aplauso de mis conciudadanos, me tenia por el hombre mas feliz de todos los mortales; y entregandome enteramente á la ambicion y á la gloria, despreciaba las demas pasiones, propiamente en aquella misma edad en que por lo comun obran con el mayor imperio sobre el corazon del hombre. La mas peligrosa y halagüeña de todas ellas no habia aun entrado en mi pecho; pero Laura Cesana se presentó á mis ojos, y desde entónces conocí al amor."

"Ah! hija mia, Laura era digna de reynar en un corazon tan ardiente como el mio; y en un alma llena de sensibilidad. Ahora mismo, ahora mismo me parece que la estoy viendo tal como se presentó entónces á mis ojos: su imágen querida la tengo delante de mí, en los mis-

mos términos que se hallaba quando la arrebatáron de mis brazos aquellos perversos; y ella sola es la que me hace aun derramar cada dia mil lagrimas sangrientas. No emprenderé pintarte su hermosura, sus gracias, su carácter, los atractivos de su gran talento, y sobre todo las virtudes de su corazon; pues que todas estas cosas se conocen perfectamente, pero no se pueden explicar."

"Entre la multitud de jóvenes boloneses de las familias mas distinguidas, que la miraban con afecto, ninguno parecia hasta entónces haber merecido su atencion: sin embargo, Bautista Cannetolo se lisongeaba ser preferido á todos sus ribales. Su nacimiento, el alto crédito en que se hallaba su familia, y sobre todo las apreciables qualidades que él tenia, el arte de aparentar á los ojos del mundo, parecian asegurarle una pre-

...

ferencia bien merecida; y toda la ciudad de Bolonia miraba ya su union como cierta."

"En esta época fué quando Laura hizo una viva impresion en mi alma, y quando se apoderó de mi corazon. Hasta entónces no habia yo mirado mas que su hermosura, ni hecho aprecio mas que á sus gracias, á su talento, y á su vivacidad; pero un acontecimiento imprevisto me descubrió toda la belleza y toda la grandiosidad de su alma, y este fué el instante de su triunfo y de mi vencimiento."

"Las familias de Cesana y de Rienci se habian jurado un odio eterno, y ya hacia mas de un siglo que exercian estas dos casas, la una contra la otra, las mas sangrientas y terribles venganzas. La casa de Cesana venció en fin, y la de Rienci quedó enteramente arruinada. La mayor parte de los

de esta familia no sobrevivieron á esta desgracia, y el resto de ella se vió condenado á padecer en el seno del infortunio y de la miseria, una existencia horrorosa que se deleytaba en agravar aun mas, el odio del pueblo, siempre pronto y dispuesto á declararse en favor del mas poderoso. Pero este exceso de desgracias no fué capaz de suavizar el orgullo y fiereza de Pablo Rienci. Abandonado del universo entero, entregado á la pobreza mas repugnante, hecho un objeto de horror y de desprecio, y oprimido en fin con sus muchos años, y cargado de enfermedades, encerró consigo, en su miserable choza, su orgullo y su odio hereditario. La ruina y total destruccion de la familia Cesana era el único beneficio que pedia al cielo, y cada noche, cada mañana, las primeras y últimas palabras que sa-

lian de su boca eran una terrible maldicion contra sus enemigos."

"Un dia, ya algo tarde, que pasaba yo por cerca de su habitacion, ví entrar en ella con ayre misterioso á una muger cubierta con un velo. Lleno de curiosidad por saber qué era lo que la podia llevar á una hora tan extraña á la miserable choza de aquel orgulloso anciano, me acerqué sin hacer ruido ninguno; y por entre las tablas desunidas que formaban aquel humilde albergue, pude ver con toda distincion lo que deseaba. Despues de haberse quitado la muger un capote que llevaba encima, y el velo que la cubria la cara, puso sobre la mesa un canastillo que traia oculto debaxo del capote. Pero considerad, hermosa Bianina, qual seria mi asombro y mi admiracion al reconocer en esta mu-

ger á Laura Cesana. ¡O hija mia, aun me parece estarla viendo en la aptitud de un ángel consolador! No, ni el tiempo, ni los infortunios, ni nada en fin ha sido suficiente para hacerme olvidar las dulces palabras que en esta ocasion salieron de sus hermosos labios. Luego que hubo consolado por un rato á aquel desgraciado anciano, le ayudó á levantar, le hizo en seguida la cama, colocó delante de él la comida que le habia traido; y en fin le prodigó todos aquellos cuidados expresivos de que solo son capaces las mugeres, y por los quales se hacen dignas á mis ojos del mayor aprecio y estimacion."

"Ah! Bianina, si vos hubierais podido ser testigo del entusiasmo del anciano Rienci, que no queria creer que Laura fuese un mortal lo mismo que él; si hubierais oido sus discursos, en

los quales se mezclaban á un mismo tiempo las mas fuertes imprecaciones contra los de la familia Cesana, con las acciones de gracias que prodigaba á su consoladora, cuya clase y familia ignoraba enteramente; y en fin, si hubierais visto la paciencia y dulzura con que ella sufria sus injurias, y el arte y maña con que procuraba suavizar las penas del anciano; jamas, no, jamas se hubiera apartado de vuestra memoria esta escena tan patética."

"Ayer, Bianina hermosa, ayer me la recordasteis, quando echada á los pies de un furioso procurabais reconciliarle con los hombres, reconciliándole consigo mismo."

"La admiracion que me causó lo que acababa de ver, me tenia inmóvil, y me parecia haber sido transportado á un mundo nuevo: Laura se me figura-

ba, del mismo modo que á Rienci, un angel ó una criatura superior á todas quantas hasta entónces habian exîstido; y solo su salida de aquella humilde habitacion pudo arrancarme del sitio en donde me hallaba. Desde este dia comencé á ir con mas frecuencia á casa de sus padres, y á aprovecharme de todas las ocasiones que se me presentaban de hablarla: no hay cosa de quantas pueda inspirar á un corazon jóven la pasion mas viva de que yo no me valiese para agradarla y para merecer su ternura: poníanme á la vista mis amigos el mérito y derechos que ya tenia adquiridos Cannetolo para con Laura; pero el amor no reconoce ni admite ninguna de estas trabas; así es, que despreció todos los consejos que me daban, fundados mas bien en la timidez que en otra cosa ninguna, resolvien-

do constantemente disputar la posesion de Cesana á mi ribal, y no reconocer mas juez entre nosotros que su corazon, el qual en efecto se decidió por mí al cabo de algun tiempo. No tuvo mas remedio Cannetolo que ceder á las circunstancias, y despues de aquellas dilaciones que en semejantes casos son indispensables, y que con la impaciencia que causan á los amantes, dilatan aun aquellos deliciosos momentos que preceden á su dicha, pude en fin llamarla mi esposa."

"A esta época fué quando realmente comencé yo á conocer todas las prendas de que estaba adornada su preciosa alma: no habia dia en que no descubriese alguna nueva virtud, ni instante ninguno en que no me estimulasen á amarla cada vez mas, mil atractivos y mil qualidades apreciables que iban como renaciendo en

ella, y que hasta entónces no habia yo conocido: en fin en su compañía gozaba yo de una felicidad cuya memoria no sirve al presente mas que para aumentar mi tormento."

"Un hijo que me dió Laura al año de nuestro casamiento, hermoso como su misma madre, pareció estrechar de nuevo los lazos que nos unian, y aumentó todavia mas la felicidad de que yo gozaba. Este ser inocente era el objeto de todo nuestro amor, de nuestros proyectos, de nuestros continuos pensamientos y reflexîones; en fin era todo quanto habia que ser en el mundo para nosotros: y los bárbaros..... Ah! Bianina, el hombre es el animal mas cruel que hay en el universo..... nada tienen que ver con él las bestias mas feroces!"

Detúvose el conde al acabar de pronunciar estas últimas palabras:

las lágrimas le caian hilo á hilo por sus descarnadas mexillas: sus miradas parecian fixarse, por decirlo así, en el tiempo pasado, como si quisiese buscar en él los objetos tristes y melancólicos que habian sido causa de sus desgracias; y en fin, el movimiento acelerado de su pecho manifestaba lo violenta que era la pasion que le agitaba. Conmovida Bianina del estado tan lastimoso en que veia al conde, procuró calmar su dolor tomando parte en él, y empleando su tierna y expresiva elocuencia, despues de lo qual continuó Bentivoglio su historia en estos términos:

"Hasta aquí, amable Bianina, solo me habeis visto triunfante de los enemigos de la república, vencedor de todos mis ribales, y colmado de felicidades en los brazos de una esposa y de un hijo adorado; pero no tardareis mu-

cho en ver en mí el mas desgraciado de los mortales, y tal vez perdonareis el que me haya hecho enemigo de los hombres, quando llegueis á saber los atroces crímenes y crueldades horrendas que ellos han cometido contra mí."

"No pudo olvidar Cannetolo la injuria que creia haberle yo hecho: miraba la felicidad de que yo disfrutaba con ojos envidiosos; ó mas bien era solo su amor propio el que habia quedado ofendido de la preferencia que Laura me habia dado; y desde aquella época no pensó en otra cosa que en los medios de saciar su venganza. El amor verdadero puede sin duda ser causa de que se cometa algun delito; puede romper los vínculos de la amistad; clavar, si se quiere, el puñal en el pecho del objeto que se idolatra; pero jamas podrá cubrirse con la máscara de la hipocresía, ni humillarse in-

decorosamente para asesinar: esta conducta es solo propia de la traicion y del vicio."

"Introdúxose Cannetolo en mi palacio, valiéndose del pretexto de la amistad para poderlo hacer con mas fundamento; y su amor hácia Laura pareció convertirse bien pronto en aquella especie de respeto y de interes que la estimacion hace suceder al amor, y que no puede con razon desaprobar la virtud. Los esfuerzos que él aparentaba hacer sobre sí propio para vencerse y olvidar su pasion, excitaban nuestra piedad en favor suyo; pero él manejó su exterior en tales términos que nos hizo creer se iba tranquilizando poco á poco su corazon, con el intento, segun lo que se ha visto despues, de adormecernos á la orilla del precipicio, para abismarnos en él con mas seguridad. ¡Quantos artificios y astucias no empleó para

hacer que mi muger depusiese aquella repugnancia que él la causaba! ¡Quánta perfidia no habia en su conducta! ¡Qué maña para tender sus redes al rededor de nosotros! En fin, á proporcion que pareció irse amortiguando su pasion amorosa, se fué haciendo cada vez mas asistente á mi palacio: la alegría que le era natural volvió á comparecer en su semblante, y en todas sus acciones y palabras; de forma que habiéndose llegado á hacer el alma de nuestra sociedad, no habia fiesta ni diversion ninguna que estuviese completa si él faltaba de ella."

"A este mismo tiempo me confió el senado de Bolonia una importante comision que debia desempeñar cerca de la república de Florencia. El poco tiempo que se necesitaba emplear para dar cumplimiento á lo que se me mandaba,

y sobre todo, la idea de dexar á mi muger rodeada de mis amigos, me tranquilizáron y disminuyéron el sentimiento que podia causarme esta ausencia; pero Laura al contrario estuvo inconsolable. Aun me acuerdo al presente de las muchas lágrimas que derramó, de sus temores y de sus tristes presentimientos al comunicarle la órden que me habia dado el senado. Ni el conocimiento cierto que ella tenia de mi ternura, ni la seguridad que yo le daba de que mi vuelta seria mas pronto de lo que creia, nada fué suficiente á calmar su desconsuelo; y llegado el dia en que debia verificarse mi partida se abandonó enteramente á su desesperacion, como si hubiese presentido las desgracias é infortunios que nos amenazaban."

"Llegado que hube á Florencia avivé las negociaciones que se

me habian confiado, con toda la actividad imaginable: se trataba nada ménos que de una alianza entre las dos repúblicas, para resistir á la ambicion y á las usurpaciones de los Visconti (5); y yo me lisongeaba de conseguir lo que iba á solicitar sin que me costase mucho trabajo, mediante á que esta union era igualmente útil á uno y á otro estado. Cosme el grande gobernaba á esta época á Florencia: dile parte del plan que yo habia formado, el qual mereció su aprobacion, y aun se encargó él mismo de comunicarle á la asamblea del senado. Pero una faccion secreta que se oponia constantemente á todos sus proyectos y resoluciones, halló medios para presentar mil obstáculos á cada determinacion que parecia debèrse tomar, y para retardar la conclusion del tratado de alianza. Conocia yo muy bien que con el

tiempo y la constancia llegariamos en fin á lograr lo que tanto convenia á ambas repúblicas; pero el haberme de detener en Florencia mas de lo que me habia imaginado, era para mí uno de los mayores tormentos. Deseaba con ansia volverme á mi patria, y restituirme al seno de mi familia y á los brazos de mi esposa; cuyas cartas, llenas de amor y de ternura, aumentaban mi impaciencia hasta lo sumo. Continuó Laura escribiéndome siempre en los mismos términos, hasta que de repente noté en su estilo una variacion que no pudo ménos de sorprehenderme: todo el contenido de sus cartas, que ántes no era otra cosa que afectuosas muestras de su cariño, se reducia ahora á una mezcla de sentimientos por mi ausencia, y de protestas de fidelidad, que no podian ser el

resultado de otra cosa mas que de los temores que la agitaban, y de las persecuciones de un amante que ella no se atrevia á nombrarme."

"Nada de esto fué capaz de inspirarme la menor duda acerca de la virtud de mi esposa; mas como me eran bien conocidos todos los medios y recursos de que se vale el vicio en semejantes ocasiones, emplée desde aquel momento, pero infructuosamente, una actividad sin igual para terminar los negocios que me detenian en Florencia."

"En esta época fué quando yo hice amistad con vuestro padre, entónces uno de los mas temibles enemigos, pero el mas noble, de la familia de los Medicis. Deseaba yo traerle á mi partido y hacérmele favorable á mis solicitudes en aquel senado, en consecuencia de lo qual no perdoné

...

diligencia ninguna para ganarme su voluntad. Parecia que nuestras dos almas habian sido formadas para corresponderse mútuamente; así es que á poco de tratarnos ya eran estrechísimas las relaciones que habia entre los dos. Por largo tiempo no tuve motivo sino para lisongearme y aplaudirme de haber hecho esta amistad: Guillelmo me pareció franco, leal, tierno y afectuoso en sus inclinaciones, y capaz de sacrificar sus propios intereses á los de un amigo; pero yo habia formado un juicio muy falso de su corazon: inconstante en sus amistades, inquieto en extremo, malicioso, disimulado....."

"No, no, Bentivoglio, le interrumpió Bianina, no, sin duda ninguna que estais engañado. Nadie, al contrario, es mas constante que él, así en sus odios como en sus amistades; ni nadie

ha sido tan frecuentemente como mi padre, víctima inocente de su franqueza y de su misma confianza."

"Sin embargo, continuó Bentivoglio, yo tengo razones poderosísimas para persistîr aun en mi opinion, y vos misma podreis juzgar acerca de lo fundadas que son luego que hayais acabado de oirme."

"Guillelmo, lo debo confesar, me ayudó y favoreció completísimamente en todas las tentativas que hice entónces para conseguir el feliz éxîto de la negociacion que se habia puesto á mi cuidado; pero los enemigos secretos que este plan tenian en el senado, lográron tambien en esta ocasion retardar la decision del negocio. El trato y comunicacion tan habitual que yo tenia con Bonelli, se fué extendiendo poco á poco hasta con su misma esposa,

y bien pronto llegué á tenerla por una verdadera amiga. Tenia Rosaura, vuestra madre, todos los atractivos y virtudes que deben constituir la felicidad de un marido; y su alma llena de bondad, y en extremo sensible, era digna ademas de conocer las delicias de una verdadera amistad. Al ver la ternura de su corazon se hubiera dicho que ella sola en el mundo era la que poseia el arte de escuchar á los desgraciados, y de aliviar sus miserias: el peso de los infortunios parecia haberse disminuido en su mayor parte, luego que se depositaban en su pecho; y cada una de sus palabras era capaz de introducir la tranquilidad y el consuelo en el corazon del afligido. Ya podreis conocer quan apreciable me seria una amiga semejante, en la situacion en que yo me hallaba. Habléla infinitas veces de Lau-

ra, le confié mi amor, mis inquietudes y mis penas; y aquellos consuelos y consejos que son de tan poca entidad en la boca de un amigo, en la suya cobraban una fuerza y vigor irresistibles."

"Ah! hija mia, solo la memoria de vuestra madre era capaz de sofocar y hacer desaparecer mi odio y aborrecimiento hácia todo lo que tiene alguna relacion con el nombre de Bonelli. El puñal se me cayó de la mano quando creí reconocer en vuestras facciones las de mi antigua amiga: ella fué quien me consoló y procuró aminorar mis aflicciones en otro tiempo, y tal vez es á ella tambien á quien debo tanto como á vos, este arrepentimiento inesperado que me vuelve á mí mismo y á la virtud."

"La época en que yo conocí mas vivamente todo el precio de

su amistad, fué aquella en que me ví acometido de una nueva desgracia, capaz ella sola de traspasar mi afligido corazon. Cansada ya mi esposa de sufrir y resistir á las persecuciones de su amante, no pudo ocultarme por mas tiempo el nombre del malvado que tan vilmente se aprovechaba de mi ausencia para conspirar cada dia con mas empeño contra el honor de Laura. Era este perverso Cannetolo de quien ya os he hablado. Me le pintaba en sus cartas como el hombre mas pérfido y mas indigno; me hacia una relacion exâcta y detallada de los medios que habia ya empleado para seducirla, ó por lo ménos para perderla; y concluia suplicándome la diese los consejos que tuviese por mas acertados acerca del modo con que ella deberia conducirse en lo sucesivo para libertarse de sus arti-

ficios y traiciones."

"Ya podreis adivinar el efecto que producirian en mí unas nuevas de esta especie. Por mas que meditaba no sabia á qué partido atenerme: unas veces determinaba pasar á Bolonia con la mayor prontitud, y castigar por mi misma mano á aquel perverso; y otras pensaba mandar á Laura se viniese á Florencia; pero cada uno de estos dos proyectos presentaba mil obstáculos é inconvenientes, y aun mil peligros que me hacian extremecer. Bonelli se hallaba ausente á la sazon; por lo qual, no pudiendo consultar con él qué era lo que me convenia hacer en aquel apuro, no tuve dificultad ninguna en descubrirme á vuestra madre, y en pedirle consejo. Hacia algun tiempo que tambien se hallaba la misma Rosaura perseguida por un jóven florentin, tan amable co-

mo vicioso, llamado Caponio....."

"Caponio!" exclamó Bianina interrumpiéndole.

"Sí, hija mia, vos le conoceis sin duda."

"Ah! ¡pluguiera á Dios no le conociese!..... pero proseguid vuestra historia, yo os lo suplico."

"Perseguida continuamente vuestra madre por las solicitudes de Caponio, como ya he dicho, no halló otro medio para verse libre de él que aparentar favorecia á uno de sus ribales, lo qual me dixo le habia salido tan bien que aquel jóven (tenia entónces muy pocos años) convencido de la inutilidad de todo quanto hacia, habia renunciado á su amor, é ídose á emplearle en otra parte. En virtud de esto me aconsejó le señalase á mi muger un plan de conducta semejante al que ella habia tenido, y conforme á esta idea.

Teniendo poco tiempo despues que pasar á Bolonia este mismo Caponio, le comuniqué en parte la posicion en que me hallaba, y dándole una carta para mi muger le supliqué pasase á visitarla. A su vuelta me contó con toda la ligereza y poco juicio de su corta edad, que en efecto Cannetolo despues de haber hecho mil tentativas inútiles, habia suspendido por último sus persecuciones contra Laura, y que despues de esta época vivia retirado en su palacio, entregado solo á su amor, á su despecho y á su rabia. Estas nuevas calmáron todas mis inquietudes, y vuestra misma madre tuvo un singular gozo al saber el buen éxito que habia tenido su invencion; pero ¡qué distantes estábamos de preveer la nueva desgracia que nos amenazaba!"

"Por este tiempo mismo vol-

vió de su viage él conde Guillelmo, y su presencia nos llenó á todos de alegría; pero ya no hallé yo en él el mismo hombre que ántes se decia ser mi amigo: su semblante estaba cubierto de una negra melancolía, y en cada una de sus facciones se notaba á primera vista que su corazon no estaba tranquilo; pero lo que yo observé sobre todo, fué una variacion en su conducta para conmigo que no sabia á qué causa poderla atribuir. Al dulce entusiasmo de la amistad, habia sucedido el acento indiferente y tibio de la política; y la confianza que reynaba entre los dos ántes de su partida, habia desaparecido enteramente. Tambien vuestra madre advirtió que esta mudanza se extendia hasta con ella misma: frecuentemente sorprehendia sus miradas clavadas en las suyas, como si hubiera querido penetrar

hasta el fondo de su alma, para leer en ella sus pensamientos mas secretos: algunas veces le veia derramar abundantes lágrimas acompañadas de profundos suspiros que él procuraba en vano ahogar dentro de su pecho; y otras veces en fin, estrechándola tiernamente entre sus brazos, se apartaba de ella repentinamente, y como poseido de una especie de vergüenza ó de desprecio. Aprovechándose Rosaura de aquellos momentos en que vuestro padre le prodigaba las mas tiernas caricias, le suplicaba la descubriese la causa del dolor que afligia su alma; á lo que no recibia mas respuesta que una risa amarga, y en seguida se separaba de ella sin decirle una sola palabra que la pudiese tranquilizar."

"Y qué, ¿no sospechasteis jamas, le interrumpió Bianina, quál podia ser el motivo de la varia-

cion que observabais en su conducta? ¿ni tampoco echasteis de ver la perfidia de Caponio, y la causa de sus viages?"

"Como, ¿la perfidia de Caponio?"

"Ah! continuad, continuad vuestra historia, padre mio, que sin duda ninguna no tardaré mucho en hallarme en estado de poderos aclarar estos terribles misterios."

"Vuestra madre y yo, continuó Bentivoglio, nos comunicamos recíprocamente todas nuestras observaciones. Nuestras inquietudes, aunque de diferente especie, no sirviéron sino para aumentar aun mas la amistad que nos unia, y nuestro unico consuelo desde este dia no fué otro ya que el referir los tormentos de que nos hallábamos cercados, y el sufrirlos igualmente. Demasiado confiados ambos á dos en la pure-

za de nuestros corazones, y sobre todo en el amor legítimo que ardia en ellos, en el de Rosaura por su querido esposo, y en el mio por la hermosa Laura, nos entregábamos sin embarazo alguno, y sin el mas mínimo escrúpulo á una dulce intimidad, que ni aun remótamente nos imaginábamos pudiese mirarse como criminal. Quando me hacia derramar algunas lágrimas la inquietud que me atormentaba relativa á la suerte de mi esposa, vuestra madre las enxugaba y procuraba consolarme y acariciarme como á un hermano; y quando yo la veia agoviada del dolor que le causaba la conducta inconsecuente de Guillelmo, haciéndola las mismas caricias que pudiera hacer á una hermana tiernamente amada, procuraba introducir la tranquilidad en aquel corazon tan puro como el mio. Pero esta misma ino-

cencia nuestra fué la que nos perdió, no dexándonos advertir los zelos que devoraban el corazon del conde Bonelli, cuya terrible pasion estabamos distantísimos ni aun de poder sospechar; y cuyo abismo que ella abria delante de nuestros pasos no pudimos conocer ni divisar hasta que hubimos caido en él."

"No, jamas, jamas olvidaré aquella horrorosa escena que fué como el preludio de todos mis infortunios: en este instante mismo se está representando delante de mis ojos; pero no tendré yo expresiones para podérosla pintar como ella fué."

"Una tarde que nos hallábamos sentados vuestra madre y yo en los jardines del palacio de Bonelli, y cerca de las márgenes del Arno, refiriéndonos nuestras desgracias, penetrado yo de su excesivo dolor, y enternecido al ver-

la derramar abundantes lágrimas procedidas del humor triste y sombrío de su esposo, y de los desprecios y trato nada amoroso que observaba en él, empleaba yo todos los medios y recursos que me dictaba la amistad para tranquilizarla."

"Ya hacia bastante tiempo que estábamos allí sentados, y ya comenzaba á calmarse la agitacion de mi amiga, quando de repente oimos un ligero ruido detrás de nosotros: vuélvome en seguida hácia el sitio en donde habia sonado, y en el instante mismo una estocada me atraviesa el brazo izquierdo, y tiende á mis pies á la desgraciada Rosaura. "Espera, »malvado, exclamé echando ma»no á mi espada, que yo castigaré »tu atrevimiento y cobardía." Pero, ¿cómo podré yo expresaros la situacion mia en aquel momento, quando ví salir de entre

los árboles á Guillelmo, pálido, trémulo, y ciego de furor, y quando oí que me decia con una voz terrible: "tú eres, monstruo, »el que merece ser castigado?" Ya entónces comprehendí todo el misterio, y conocí lo horroroso que era el estado en que me hallaba. "Por Dios, conde Bonelli, le di»xe, que no nos juzgueis sin oir»nos ántes: conteneos un momen»to: mirad que Rosaura está ino»cente, y que las apariencias os »han engañado: temed la ofensa »que haceis al cielo y á la jus»ticia."

"Inútil fué todo quanto pude decirle para contenerle, pues que no me quiso escuchar: su furor, al contrario, se fué aumentando cada vez mas, hasta el punto de precipitarse sobre mí con la espada en la mano; pero viendo que yo no hacia mas que defenderme, procurando solo libertarme de las

estocadas que me tiraba, pareció llegar hasta su último punto su rabia y encarnizamiento; así es que me hirió en varias partes de mi cuerpo, bien que ligeramente, ántes de que yo pensase con seriedad en defenderme."

"Debilitado en fin por la mucha sangre que habia salido de mis heridas, sentí dispertarse en mi alma aquel amor que todos tenemos por nuestra conservacion; y procurando evitar la muerte que sin duda ninguna hubiera hallado en su acero, manejé el mio de tal suerte que no me fué difícil el herir mortalmente á un enemigo que se abandonaba con toda la imprudencia de la desesperacion. Cayó pues mal herido á mis pies, echando las mas terribles imprecaciones sobre su muger y sobre mí; y oyendo que acudian sus criados por todas partes, no me quedó mas medio que el

de huir hácia el Arno: entréme sin perder tiempo en una góndola que pasaba por allí á la sazon; y luego que me hallé de la otra parte del rio, y en mi casa, que no estaba distante de aquel sitio, montando en un ligero caballo, y acompañado de un criado fiel, tomé el camino de Bolonia; pues que todo lo debia temer de la venganza de los florentines, sino conseguia salir al instante de sus estados."

"Luego que mi primer temor se hubo disipado un poco, todas mis ideas se dirigiéron hácia la desgraciada Rosaura: aunque su herida me habia parecido ligera, sin embargo no pude ménos de extremecerme al pensar en la suerte que la esperaba, ya fuese que Guillelmo hubiese muerto de las heridas que yo le habia dado, ya que viviese aun; y si he de deciros la verdad, amada Bianina, á

...

la hora de esta todavia ignoro quál ha sido el destino de vuestra madre; solamente he podido saber que se habia hallado su velo sobre las aguas del Arno; lo qual me hace sospechar que tal vez Guillelmo....."

"No, no, Bentivoglio, ella vive aun, le interrumpió Bianina deshaciéndose en lágrimas; pero hasta el presente no ha conocido un dia feliz; la desgracia la ha perseguido por todas partes."

"Ella vive aun? repitió Bentivoglio: y qué, ¿no ha reparado todavia Guillelmo la injusticia que la ha hecho?"

"Me es imposible, dixo Bianina, responder por ahora á vuestra pregunta con alguna certeza; pero acabad vuestra historia, padre mio, á fin de que yo pueda disipar vuestro odio contra el conde Guillelmo, descubriéndoos el pérfido autor de vuestra comun

pérdida."

"Luego que llegué á los muros de Bolonia, prosiguió Bentivoglio, me introduxe con el mayor secreto en mi palacio, lo mismo que si fuera un criminal. Ya podreis imaginaros fácilmente quales fuéron á mi llegada la alegría y enagenamiento de mi fiel y amada Laura; pero todo ello cesó y se convirtió bien pronto en un justo temor, luego que la referí el fatal acontecimiento que me habia hecho dexar á Florencia. Previendo por mi parte el triste porvenir que nos amenazaba, era tal el estado de mi corazon que aun las mismas caricias y halagos de mi querido hijo, de quien tanto me habia costado el separarme, no servian de otra cosa que de despedazar mi alma cada vez mas; extremeciéndome á cada momento al pensar que mi pérdida iba á ocasionar la suya irremisiblemente."

"Horrorosa era la situacion en que yo me hallaba. La noticia de mi fuga de Florencia, no podia tardar mucho tiempo en llegar á Bolonia; y yo debia esperarme todo el rigor de la venganza de una república orgullosa, que jamas ha dexado impune el mas ligero ultrage hecho al último de sus ciudadanos (c). Pero aun quando yo hubiera podido libertarme de ella, ¿cómo justificarme ante el senado de Bolonia de haber abandonado y hecho que se desgraciase, sin duda ninguna, la importante comision de que se me habia encargado. Encerrado en mi palacio, y oculto á los ojos de todo el mundo, aun la fuga misma me fué prohibida; pues desde el instante en que el senado supo lo que acababa de pasar en Florencia, no fué libre mi muger de dar el menor paso ni de hacer la mas mínima diligencia,

sin que todo ello no fuese observado; y aun llegué á temer no hubiese algunas espias entre mis propios criados. Y por otra parte, ¿cómo poderme resolver á abandonar á mi familia á la venganza de mis enemigos, ó á la rabia y furor de un pueblo tan extremado en su odio como en su amor? sin embargo, este amor del pueblo, y los servicios tan distinguidos que yo habia hecho al estado, eran aun la única esperanza que me quedaba."

"No tardó mucho en alcanzarme el golpe que yo tanto temia. A pocos dias de mi llegada á Bolonia se presentó ante el senado de esta república un enviado de la de Florencia, el qual me pintó como un seductor, un asesino, que habia abusado del carácter de embaxador para violar todas las leyes; y concluyó pidiendo le fuese yo entregado en repa-

racion de la injuria hecha á su república, en la persona de uno de sus magistrados."

"Inmediatamente se me requirió de parte del senado para que compareciese á su presencia. Era imposible rehusarme á ello, pues que toda la ciudad estaba ya enterada de que yo me hallaba en Bolonia; y el pueblo por otra parte se habia ya juntado delante de mi palacio para acabar de aclarar sus dudas, y obligarme á obedecer si yo me atrevia á resistir. Manifestéme pues á él, saliendo á uno de los balcones de mi palacio: las lágrimas que caian de mis ojos, y las señales nada inciertas que el dolor y la desgracia habian dexado sobre todas mis facciones, hiciéron una viva impresion en la multitud; en términos que dispertándose en sus corazones el amor que en otro tiempo me habian manifestado, se

eleváron á un mismo tiempo mil voces para animarme y aconsejarme que compareciese sin temor alguno delante de mis jueces. Creyéndome ya entónces seguro del favor del pueblo, volvió á entrar la esperanza en mi alma; y presentándome en seguida en el senado, escuché tranquilamente la acusacion presentada por los florentines."

"No se habia olvidado el arte, ni ninguna de las circunstancias ocurridas, para fundar con algun motivo esta acusacion; de la qual todas las apariencias deponian contra mí: me contenté en mi respuesta, con exponer á los ojos de los senadores la verdad en todas sus partes y en toda su pureza: en seguida remitiéndome á ellos propios les pregunté, si puestos en mi lugar habrian procedido de distinto modo; y concluí haciendo una exâcta pintura de mis servi-

cios pasados, y de las virtudes de que yo habia sido exemplo hasta aquel dia. Produxo mi discurso el éxito mas feliz que yo podia apetecer, y despues de una larga deliberacion, se determinó que se enviase un embaxador á Florencia para tratar con los gefes de aquella orgullosa república, acerca de los medios de componer este asunto.

"La resolucion tomada por el senado era sin duda ninguna la mas favorable que yo podia esperar, pero el placer que ella me causó se convirtió bien pronto en tristeza, quando supe que Cannetolo habia tenido maña para hacer que fuese á él á quien se encargase esta delicada comision. Mi suerte pues estaba entre sus manos, y desde luego podia ya mirar mi pérdida como cierta. Laura empleó en vano todos los medios imaginables para inspirarme un va-

lor y una constancia que ella misma no tenia; pues que conocia demasiado bien que era imposible que Cannetolo dexase escapar una ocasion tan favorable para su venganza, y para conseguir el éxito de sus infames proyectos."

"En efecto, partió inmediatamente para Florencia; y Caponio, que llegó pocos dias despues á Bolonia, no nos disimuló que el modo con que Cannetolo habia emprendido mi justificacion ante aquel senado, no habia servido de otra cosa que de irritarle aun mas contra mí; y me advirtió sobre todo desconfiase y me guardase del conde Guillelmo Bonelli, el qual, curado ya de sus heridas, no perdonaba diligencia ninguna para apresurar mi pérdida; y que se sabia de cierto habia enviado á Bolonia algunas personas encargadas de conmover al pueblo y de excitar contra mí la indignacion pública, de

la qué no dexaría de aprovecharse Cannetolo quando volviese."

"Conozco á muchas de las personas que Bonelli ha enviado para que sean sus agentes, añadió Caponio, y si lo deseais podré avistarme con ellas á fin de ver si queda aun algun medio de serviros."

"Acepté sus ofertas inmediatamente, y formé en ellas alguna esperanza; pero la vuelta inesperada de Cannetolo no nos dió tiempo para hacer que desapareciese la tempestad que ya estaba amenazando. Al dia siguiente de su llegada se presentó en mi palacio, sin duda para insultar mi desgracia y regocijarse con la desesperacion de sus víctimas: el crímen y la perversidad se veian pintados en todas sus facciones, y una pérfida alegría se notaba claramente en sus miradas, á pesar de los esfuerzos que hacia para ocultarla. "No he podido conseguir vues-

»tro perdon ante la república de »Florencia, me dixo con el tono »y acento de un hipócrita: hu»biera logrado apaciguar con muy »poco trabajo á Cosme de Medi»cis, y á sus partidarios; pero na»da es suficiente para calmar la »rabia y furor de Bonelli, el qual »ni quiere ni respira otra cosa mas »que venganza: sus amigos le han »seguido, y favorecido sus deseos »en el senado; así es que han ven»cido á los del partido de los Me»dicis, y la guerra se ha decla»rado á los boloneses, á ménos »que no consientan en entregaros »a vuestro enemigo. A pesar de lo »preocupado que estais contra mí, »debo deciros que no podré mirar »con indiferencia vuestra suerte: »al tiempo de entregar al sena»do los despachos que traigo, y »de los quales me obliga mi de»ber á darle cuenta inmediata»mente, voy á hacer todos mis

»esfuérzos para empeñarle á que »sostenga una guerra, peligrosísi»ma á la verdad, mas bien que »enviar á una muerte cierta á uno »de sus principales defensores.“

“No pude contener mi indignacion al ver tanta falsedad, y tanta infamia; así que, teniéndome ya por perdido enteramente, creí era inútil el disimular mas con aquel monstruo, á quien en seguida hice conocer bien claramente todo el horror que me inspiraba su perversa conducta. Mis reconvenciones excitáron toda su rabia y furor, y dexando de reprimirse y el tono hipócrita que ántes habia usado conmigo, me amenazó con la mas pronta y mas terrible venganza: y esta vez cumplió fielmente con su promesa.“

“Corrió en seguida al senado, y al entregar los despachos que traia de la república de Florencia, pintó con el mayor artificio todo

el furor que animaba á los florentines, las consecuencias que tendria esta guerra sostenida contra una república fuerte y poderosa; y en fin, tanto fué lo que él ponderó el peligro, que bien pronto fuéron generales en Bolonia el temor y la consternacion. Ya se figuraban ver al enemigo al pie de los muros de la ciudad, se decia el camino por donde venia, y se señalaba, y aun expresaba el nombre de cada uno de los generales que venian mandándole; cuyas fabulas, aumentándose cada vez mas en la boca de la multitud, sirviéron para que les fuese mas fácil á los partidarios de Canneto lo, y á los agentes de Guillelmo, el hacer que se conjurase contra mí todo el odio de un pueblo que desde entónces me miró ya como al autor de su próxîma ruina. Representáronle la ciudad ardiendo por todas partes, arruinadas sus

casas, y á los florentines llevando á sangre y fuego todo quanto encontraban, y despues de haberle reunido en las plazas públicas, y empleado todos los medios para amotinarle, le encaminaron hácia mi palacio para prevenir y anticiparse á la decision del senado, y saciar en mi sangre la venganza y resentimientos de los Bonelli."

"Instruido de todo lo que pasaba, pareciéndome no debia perder tiempo, me presenté á los ojos de la multitud esperanzado de poder apaciguar aun el alboroto, con mi presencia y mis discursos; pero me fué imposible el hacer que me prestasen atencion: mil gritos y alaridos de furor resonáron luego que me viéron, é impidiéron que mi voz pudiese ser entendida; y poco despues llevando su osadía y encarnizamiento los amotinados hasta el último ex-

tremo, descargáron una lluvia de piedras sobre los balcones de mi palacio. Obligado á entrarme dentro, oí de allí á poco el ruido del populacho, el qual, habiendo echado abaxo las puertas principales, venia con la mayor insolencia y desenfreno registrando todas las habitaciones en mi busca, y dando horribles gritos de triunfo y de furor."

"En el desórden en que todo se hallaba, la huida solo era lo que me podia salvar: resuelto pues á tomar este medio, quité los vestidos á uno de mis criados que habia caido muerto á mis pies de una herida que habia recibido al atravesar por entre la multitud para venirme á advertir el peligro que corria mi vida, y poniéndole los mios, salté al parque de mis jardines por una ventana de una pieza que se hallaba á lo último de todas las habitaciones,

y pude conseguir con el auxîlio de este disfraz salir de los muros de Bolonia sin ser conocido de nadie. Dándome en seguida priesa á caminar tanto como me lo permitian mis fuerzas, resolví ocultarme en algun pueblo inmediato á la frontera, hasta saber alguna cosa de cierto acerca de la suerte de mi familia."

"Caminé todo aquel dia, y hácia el fin de él logré encontrar un asilo qual yo le deseaba, en el qual me mantuve esperando con la mayor impaciencia, y sobre todo con la mas terrible angustia, á que me traxese nuevas de lo ocurrido en Bolonia despues de mi fuga, un hombre de toda confianza á quien con este fin habia yo enviado á aquella ciudad. Esperaba yo que satisfecho el furor popular con mi muerte, perdonaria á mi hijo y á mi muger; pero juzgad, Bianina,

vos que amais á vuestros padres, á una hermana y á un amante, juzgad pues qual seria mi desconsuelo, quando me traxéron la noticia de que aquellos monstruos, no contentos con haber cubierto de ultrages, y mutilado sus miembros al desgraciado que ellos creian ser su antiguo libertador, habian tambien sacrificado á su furor á mi muger y á mi inocente hijo!.....“

“Perder en un solo dia toda mi fortuna, mi patria, mi honor, mi amada esposa; y en fin, un hijo que era el ídolo de mi corazon, era una desgracia superior á la resistencia y resignacion de un mísero mortal. Así es, que en el momento mismo se apoderó de mí la mas negra desesperacion: el universo entero no se presentaba ya á mis ojos sino como una guarida de malvados; y los hombres no me parecieron otra

cosa que otros tantos asesinos: ya no ví desde aquel punto al rededor de mí sino monstruos devoradores, cuyo aliento emponzoñaba el ayre que yo respiraba, y cuyas solas miradas hacian nacer en mí alma el odio mas refinado, y el mas horroroso y extremado aborrecimiento."

"Lleno de estas ideas terribles, y en el estado mas deplorable que se puede imaginar, dexé el sitio en donde me habia ocultado aquellos dias, y me encaminé hácia los Apeninos; quatro dias enteros anduve por estas montañas, sin saber lo que me hacia, fuera de mí, y en un estado que tanto participaba de una locura ya rematada como de un furor sin límites. Ningun valle me parecia bastante desierto, ni bastante apartado de los hombres: ninguna caberna bastante lóbrega y profunda para separarme como yo deseaba de es-

tos pérfidos seres á quienes mi corazon miraba con el mayor desprecio y aversion. En fin, despues de haberlo registrado todo, descubrí esta cordillera de montañas que circundan este valle; entre en él atravesando el abismo que ya habeis visto, y que ha estado en poco detenga vuestros pasos, y no pude ménos de dar un grito de alegria al considerar me hallaba separado para siempre del resto de los hombres."

"Llegado que hube al sitio que ocupa al presente esta cabaña, descubrí en él una caberna, en la qual me precipité al instante, como la bestia mas feroz en su madriguera. Un año entero viví en este sitio, manteniéndome solo de raices y de frutas silvestres; no acordándome del mundo si no para echar mil maldiciones á sus habitantes, y no sintiendo en mi corazon mas que un solo deseo,

una sola idea, y una sola pasion, esto es, el aborrecimiento y la venganza. No me faltaba mas que el poder para poner en execucion los planes que formaba mi acalorada imaginacion á cada instante, todos ellos dirigidos á introducir la muerte, la desesperacion, y la desolacion en el universo todo, y este poder me fué al fin concedido."

"Una noche me pareció oir un ligero ruido á la extremidad de las cabernas interiores que se extienden á una distancia enorme por baxo de estas montañas, el qual se fué acercando cada vez mas hácia donde yo estaba, siguiendo siempre resonando sus ecos á lo largo de la muralla de granito que separaba mi gruta del resto de los abismos. Mi corazon endurecido con el furor de las pasiones que me agitaban, se hallaba incapaz de dar entrada á ningun temor, asi que, me mantuve

con firmeza esperando el resultado de aquel ruido. Poco tiempo se habria pasado, quando ví abrirse de repente la roca, y que salia de ella una especie de fantasma: á su aspecto no puede ménos de dar algunos pasos hácia atras; pero sacando de mi desesperacion misma un valor sobrenatural, me eché sobre ella, y viendo que era una persona humana, furioso hasta el extremo, la apreté entre mis brazos, con ánimo resuelto de hacerla perecer en ellos, gritando al mismo tiempo: »Tú eres hombre! »muere pues, ántes que tu vene- »no me haya emponzoñado."

"Detente Bentivoglio, me dixo »con un ayre tranquilo el descono- »cido, procurando al mismo tiem- »po desembarazarse de entre mis »manos: sabe que te traigo un »vengador."

"Un vengador! ah! y que dul- »ce y halagüeña es para mis oi-

»dos esta voz, le respondí inme-
»diatamente. Habla pues; pero que
»no sea de otra cosa mas que de
»venganza.“

“Quitóse á este tiempo el in-
cógnito una larga capa blanca con
que venia cubierto, y ví delan-
te de mí á Caponio.»

“Tú me traes un vengador?
le pregunté.“

“Sí, Bentivoglio, me respon-
»dió, en tu mano está el gozar
»completamente de la venganza
»mas sangrienta y mas terrible.“

“Pues bien, habla, habla, ex-
clamé yo de nuevo poseido de
todo el enagenamiento de la ex-
cesiva alegria y furor que reyna-
ba en mi alma.“

“Una sociedad de hombres va-
»lientes y determinados, continuó
»Caponio, indignada de la am-
»bicion y de la tiranía de algu-
»nas poderosas familias, que con
»el auxîlio de sus riquezas y alian-

»zas oprimen y tiranizan las re»públicas de la Italia, y tienen su»jetos baxo de este pesado yugo »á sus conciudadanos : una so»ciedad, pues, de esta naturaleza, »se ha reunido para castigar los »crímenes é injusticias de estos »poderosos tiranos, ó quando esto »no se pueda conseguir, tomar de »ellos á lo ménos las satisfaccio»nes mas sangrientas. *El juramen»to y la espada* son el santo que »tienen ; un *puñal* y una *copa* es »su símbolo ; *verdad y justicia* es »la divisa que han tomado ; y en »fin el *secreto* y la *obscuridad* son »los medios de que se sirven. Re»corriendo estos desiertos te ví un »dia en una de estas montañas, »y no pudo ménos de compa»decerme tu infeliz estado : si la »venganza puede aliviar tus pe»nas en algun modo, entra en la »órden de los Sibaritas, acusa ante »ellos á los hombres de quienes

»creas tener motivo para quejarte, »y da por seguro que no habrá es»pecie ninguna de venganza que »no te se conceda y facilite.«

"¿Y qué medios deberé yo »emplear para servir á los Siba»ritas, y recompensarles los be»neficios que me hagan? pregun»té á Caponio."

"¿Qué medios? me respondió, »aborrecer á todos sus enemigos, »y guardar la entrada de los sub»terráneos que terminan en tu »caberna, y en los quales ha »resuelto la órden celebrar sus »asambleas generales, que se de»ben verificar todos los dias úl»timos de mes."

"Ya podreis figuraros, hermosa Bianina, que en la situacion é infeliz estado en que entónces se hallaba mi alma y mi razon, nada podian proponerme que me fuese tan agradable como lo era una proposicion de esta naturale-

za : aceptéla , pues , con la mayor alegria , y Caponio me conduxo á la primer junta que despues tuvo la órden. Iniciado que me hubiéron en todos sus misterios , hice juramento de discrecion y de fidelidad , y desde aquel dia ya no me ocupé en otra cosa mas que en lo relativo á nuestras comunes venganzas , y con mas empeño en la que á mí tanto me interesaba. Cannetolo y Bonelli fuéron las dos víctimas que yo señalé ; pero poco contento con que recibiesen una muerte pronta , resolví diferir mi venganza para hacerla mas terrible , y exîgí de los Sibaritas me los entregasen vivos , á fin de poder yo mismo hacerlos perecer con un suplicio lento y el mas horroroso."

"Sin embargo , no siendo suficiente aun para saciar mi corazon el ódio mortal que yo tenia á estos dos causadores de todas

mis desgracias é infortunios, aborrecia ademas á todos los hombres, me llenaba de gozo á la vista de las numerosas víctimas que inmolaba cada dia nuestra sociedad, y detestando hasta de mis nuevos *hermanos*, les declaré que en el momento mismo en que ya no exîstiesen mis enemigos, romperia toda comunicacion con ellos: las tres hogueras que habeis visto encendí anoche en tres diferentes puntos de la montaña, era la señal en que habiamos quedado convenidos, emplearia yo quando llegase este caso."

"Ved aquí, hija mia, la historia desgraciada del desventurado Bentivoglio: juzgad ahora vos misma, si vuestro padre el conde Bonelli, y el malvado Cannetolo, no son los dos hombres que exîsten sobre la tierra á quienes yo deba aborrecer con mas extremo. El exceso de mi odio era culpa-

ble sin duda ninguna ; pero la causa , ah ! no es si no muy legítima !“

CAPÍTULO IV.

Historia del jóven desconocido.

Bianina pareció recogerse un instante en su interior despues de haber escuchado la relacion de Bentivoglio ; pero volviendo en sí de allí á poco , le dixo : „no, no , padre mio , vuestro odio contra el conde Guillelmo no es tan fundado ni tan legítimo como os lo habeis imaginado. Una funesta experiencia me ha puesto en estado de poder conocer al hombre que os ha engañado ; y que os ha perdido á ambos á dos ; y ahora ya me será muy fácil el disipar vuestro error.“

En seguida le contó con toda individualidad los artificios y maniobras que habian empleado contra ella los Sibaritas, las intrigas de Julian de Medicis, los delitos horrendos de Caponio, y el furor con que él habia perseguido á toda su familia."

"Los Sibaritas, continuó Bianina, os han engañado á vos mismo completamente; y sin saberlo habeis estado siendo el esclavo de Caponio. Vos convenis en que este perverso amó á Rosaura mi madre quasi quando todavia no habia salido de su infancia; pues bien, él fué, no tengais duda ninguna en ello quien, para facilitar la execucion de los proyectos que tenia formados contra ella, encendió los zelos del conde Guillelmo, haciendo al mismo tiempo que recayesen sobre vos. Caponio estaba unido íntimamente con Cannetolo: sus di-

ferentes viages á Bolonia no tuviéron mas objeto que el de acordar y tramar ámbos á dos juntos los medios de perderos á vos y á mi padre: el fué quien ayudó y favoreció á Cannetolo en el senado de Florencia: sus agentes fuéron los que amotináron contra vos al pueblo de Bolonia, y no los del conde Guillelmo, á quien sus heridas tuviéron al pie del sepulcro por el espacio de muchos meses. Caponio ha sido quien despues persiguió á mi hermana Virginia hasta lo mas escondido de una isla; y quien me arrancó de los brazos de mi padre, cubierto de heridas por su mano, y destinado a vivir en una prision eterna dentro de su casa de campo: el ánimo y valor de un jóven desconocido ha sido quien me ha sacado de su poder, en medio del mismo Venecia; y estoy segura de que el conde Siri, Julian de

Médicis, la desgraciada Bianchini, y tal vez la sociedad entera de los Sibaritas, no han sido ni son otra cosa que los ciegos instrumentos de las pasiones que le agitan. Yo os lo suplico, conde Bentivoglio, pasad á Venecia inmediatamente, buscad á mi madre, consentid en ver á Guillelmo, y en lo que os digan hallareis la confirmacion y las pruebas de todo lo que acabo de referiros."

"¿Y será posible? ó eterno Dios!" exclamó Bentivoglio absorto de lo que acababa de oir, y asombrado con las luces tan terribles que las palabras de Bianina habian esparcido en su alma.

"Sí padre mio, le respondió la jóven Bonelli, este Caponio es el monstruo mas temible que ha criado la naturaleza, el genio del mal representado en forma humana. Pero, os lo vuelvo á suplicar

encarecidamente, pasad á Venecia sin perder tiempo, reunid con vuestra prudencia á dos esposos á quienes tanto tiempo hace tienen separados las mayores desgracias é infortunios, y volved la tranquilidad y el reposo á una familia desventurada, que mirará como una obligacion sagrada el suavizar y calmar las penas y tormentos que han despedazado vuestro corazon. Pero emplead el primero de vuestros beneficios en favor de la desgraciada Bianina: no puedo acompañaros en este viage: mis enemigos han logrado con sus artificios denigrarme ante el Dux, y hacer que este me prohiba la entrada en aquella ciudad; en la qual esperaban de mí toda su felicidad y dicha mi amado padre, mi querida madre y la hermosa Virginia mi hermana. Marchad pues á Venecia sin Bianina, y emplead todo vuestro po-

der y talento en conseguir lo que tanto deseo; pero ántes os debo decir que aun me queda que desengañar á mi amante, que es á quien andaba buscando en esta soledad: iniciado vos en los secretos de los Sibaritas, sabreis la historia de mi amor, y conocereis los medios que se han empleado para pribarme de su ternura: padre mio, yo os lo suplico encarecidamente, decidme adonde se halla, y ayudadme sobre todo á sacarle del error en que está."

Al pronunciar estas palabras estrechaba Bianina entre las suyas las manos del anciano Bentivoglio, el qual conmovido en extremo de su situacion, la respondió con ayre enternecido.

"Amable Bianina, yo haré quanto dependa de mí para reparar los males que os he causado, no tengais duda ninguna de ello. Voy á partir al instante para Venecia

adonde luego que haya llegado, no dexaré cosa que no emprenda para destruir en el alma de Guillelmo unas sospechas que tan funestas nos han sido á ámbos á dos; pero en lo que pertenece á vuestro amante me es imposible poderos decir al presente cosa ninguna acerca de su suerte. Excepto á Caponio no conozco personalmente á ninguno de los miembros que componen la sociedad de los Sibaritas: sé muy bien que un jóven á quien se habia encargado representase el papel de Julian de Medicis en el valle de Bagno, ha hecho una viva impresion sobre vuestro corazon; pero ignoro del todo qual sea su nombre, su patria, su nacimiento y el sitio en donde habita. Todos los meses quando nos reuniamos en nuestros subterraneos, se me comunicaban las noticias que habia relativamente á

vuestro padre, y se me daba cuenta de las tramas urdidas contra vos; pero siempre se tenia especial cuidado en ocultarme los nombres de los sugetos encargados de la execucion de ellas. Al presente ya veo con toda claridad hasta donde se extendian los artificios que se empleaban para abusar de mi error y de las pasiones que me dominaban. Varias veces me quexé de que los proyectos formados para favorecer mi venganza no tenian por objeto mas que á Bonelli, y nunca á Cannetolo; pero á esto se me respondia asegurándome de que la caida del uno llevaria detras de sí la del otro; y que algunas personas enviadas secretamente á Bolonia, preparaban en aquella ciudad el golpe que debia vengarme, al mismo tiempo que de Guillelmo, de mi enemigo Cannetolo. Ah! sin duda que este malvado asistia continuamen-

te á nuestras deliberaciones; que sentado tal vez á mi lado ó al de su cómplice Caponio, se recreaba en los tormentos á que me veia entregado; y en fin que mi muerte le hubiera servido de ménos satisfaccion que un suplicio semejante."

"Y qué ¿podrá no volverse á encender mi odio y aborrecimiento á los hombres, á la vista de tanta crueldad y perfidia? ¿Y no deberé yo aun echar nuevas imprecaciones sobre los monstruos que tan horriblemente se deleytaban en abrir y desgarrar mi herida cada vez mas, y en clavar sus hierros asesinos en este corazon despedazado con el dolor y todo ensangrentado ya?"

Acabadas de pronunciar estas palabras, pareciéron renacer en su pecho todas las pasiones vivas y terribles que la presencia y discursos eloqüentes de Bianina ha-

bian conseguido calmar el dia anterior. Su semblante se cubrió de un color sombrío y melancólico, y sus miradas llenas de fuego andaban vacilantes y sin fixarse en ningun objeto; pero no fué de mucha duracion este acceso de furor y de rabia: enterado ya de la verdad de todos los hechos, la virtud habia vuelto á tomar posesion sólidamente de su alma: una mirada de Bianina le hizo volver en sí mismo; y algunas lágrimas que le hiciéron derramar los tristes recuerdos del tiempo pasado, fueron suficientes para calmar el nuevo incendio que se habia levantado en su corazon.

En tanto que estaba acordando con Bianina los medios de que se deberia valer para poner en execucion los proyectos que acababan de formar, un ruido de armas y de voces que oyéron re-

pentinamente, llamó su atencion y miradas hácia el lado de la cabaña, de la qual viéron salir en el instante mismo á un jóven, seguido de un gran número de soldados armados. Era este jóven el amante desconocido de Bianina; el qual luego que hubo distinguido á esta, precipitándose hácia el sitio en donde se hallaba, se echa á sus pies, y en mal articuladas palabras la dice: "perdonadme, perdonadme, amada Bianina! las apariencias me habian engañado! veo que sois inocente, y tan pura como la luz del dia! los malvados enemigos de nuestras dichas, tuviéron maña para introducir en mi pecho el veneno de los zelos: conozco que soy delinqüente, y vengo yo mismo á pedir el castigo que merece mi desconfianza."

"Yo, yo castigaros! exclamó Bianina extendiendo sus brazos pa-

ra levantarle : ah! no era yo misma tan culpable como vos? Arrastrados por unas manos invisibles hácia el abismo en donde querian sumergirnos nuestros contrarios, ¿quién de nosotros habia de haber podido evitar todos los lazos que nos tendian, ni resistir á sus pérfidos artificios?"

"¿Hasta este punto olvidais mis desaciertos, adorada Bianina? Ah! el cielo que lee en nuestros corazones, haga que la felicidad de ámbos sea tan sólida como lo es nuestra virtud é inocencia."

Concluidas estas palabras, la estrechó entre sus brazos, y mil inocentes caricias que recíprocamente se hiciéron el uno al otro, acabáron de afirmar su reconciliacion; pero bien pronto viniéron á sacarles del enagenamiento en que se hallaban, las voces y los gritos del anciano Bentivoglio, de

quien se habian apoderado los soldados.

"Aseguradle y atadle bien, aun quando se resista á ello, gritó el jóven desconocido volviéndose hácia su gente; partícipe del mismo castigo que sus perversos compañeros, y no dexemos de perseguir á esta sóciedad de monstruos hasta que quede enteramente purgada de ellos toda la Italia."

"Deteneos amigo mio, le dixo Bianina; revocad esa sentencia cruel que acabais de pronunciar. Ese anciano fué humano y virtuoso en otro tiempo, y solo las desgracias fuéron las que pudiéron hacer que se asociase por un corto tiempo con los malvados que perseguis."

"Cómo! ¿y se atreverá Bianina á tomar á su cargo la defensa de un Sibarita? replicó el jóven desconocido lleno de a-

sombro?"

"Sí, yo me atrevo á defender al Conde Bentivoglio de Bolonia; no me avergüenzo de ello. El agradecimiento solo es el que me anima: y aun mas particularmente el interes que me inspiran sus desgracias y la grandeza de su alma."

"Qué es lo que decis? interrumpió el jóven; ¿es este anciano el conde Bentivoglio á quien Cannetolo persiguió tan cruelmente?"

"El mismo es, amigo mio, le respondió Bianina; el ruido que se esparció de que habia muerto á manos del populacho, no tuvo mas fundamento que el haberle equivocado con un criado suyo: el dia del amotinamiento tuvo la felicidad de poder escaparse de Bolonia, y desde entónces ha vivido en el fondo de esta soledad."

"Oh Dios mio! exclamó el jóven desconocido, precipitándose hácia donde estaba el Conde, y echándose á sus pies: ah! padre mio! reconoced en mí á vuestro hijo Julio! pronuncie vuestra boca, en fin, el dulce nombre de hijo, que jamas tuve la satisfaccion de oir! Yo soy aquel inocente ser á quien en otro tiempo estrechabais entre vuestros brazos, cuyas caricias llenaban de alegria vuestra noble alma, y cuya vista solo, segun me han dicho, causaba entónces toda vuestra felicidad. Ah! dexad, dexad que haga renacer en vuestro corazon todas las sensaciones dulces y halagüeñas que en otro tiempo excitaban en él mis tiernos halagos."

"Oh mi amado Julio! oh hijo querido....! exclamó en efecto Bentivoglio, estrechándole contra su corazon, y anegándole en sus lágrimas, á un mismo tiempo

procedidas de placer y de amargura. Sí, lo conozco muy bien en los gritos que me da mi corazon; sí, tú eres mi adorado hijo; tú eres aquella prenda de la union mas tierna y mas desgraciada!"

Abrazados estrechamente el conde y su hijo, se decian en mal articuladas palabras las expresiones mas cariñosas, y daban curso libre á toda la ternura de sus corazones. Bianina por su parte, quasi tan conmovida como su amante, derramaba abundantes lágrimas de gozo; y aun el alma cruel y endurecida de los soldados que los rodeaban, se prestó tambien por un instante á estas dulces sensaciones. "Ah! si Laura fuera testigo de este momento de felicidad, y le dividiese con los objetos que la deben ser mas queridos!" exclamó en fin el conde con una voz interrumpida.

"Mi madre! ah! mi amada

madre no existe ya! "repitió Julio ocultando la cabeza en el pecho de su padre.

Este recuerdo de lo pasado no pudo ménos de disminuir en gran parte la alegria presente, é hizo suceder á los primeros enagenamientos de la felicidad de que disfrutaban, la ternura y la melancolía. El tiempo en que llegan á verse despues de mucho tiempo dos personas que se aman, es propiamente en el que se tienen las mayores confianzas; así es, que deseando Bentivoglio, lo mismo que Bianina, saber por qual especie de milagro habia podido escapar Julio al furor del pueblo de Bolonia, y qué amigo ó qué protector habia cuidado de él en su infancia, y educádole en su juventud, ambos á dos le rogáron satisfaciese su curiosidad, en lo que consintió él inmediatamente.

"Por grandes que hayan sido vuestras desgracias, comenzó Julio dirigiéndose á su padre, sin duda ninguna que recibireis una especie de consuelo al saber que aun os quedaba un amigo verdadero en el seno de la mayor desgracia: este amigo, pues, era el conde Poppi, y él fué quien me libertó del furor de los amotinados."

"El conde Poppi? "(7) preguntó Bentivoglio lleno de admiracion.

"El mismo, padre mio. Este hombre, cuyo exterior austéro é inexôrable al parecer, no merecia vuestra aceptacion, y cuya alma manifestaba al pronto no ser susceptible de sensibilidad, este hombre, pues, despreció por vos los mas grandes peligros. El solo se atrevió á defender vuestra causa en el senado, pronto ya á pronunciar contra vos la senten-

cia de muerte: solo tambien, ó á lo mas acompañado de sus criados, y no de otra gente ninguna, tuvo la generosidad y aliento de correr á vuestro socorro, luego que supo que el pueblo habia atacado vuestro palacio; y abriéndose camino al traves de los amotinados, creyendo cierta la voz que habia corrido de que erais muerto, procuró á lo ménos ver si podia salvar la vida de vuestra esposa y la mia."

"Instruida Laura mi madre de los peligros que os amenazaban, habia querido penetrar por entre la multitud para llegar hasta donde os hallabais, y participar de ellos á vuestro lado; pero ya era demasiado tarde: una quadrilla de furiosos se la presenta al paso, y como sin duda ninguna tenian órden de no maltratarla, se esforzáron al principio para arrancarme de entre sus brazos; pero

inspirándole el amor maternal un valor y unas fuerzas sobrenaturales, resistió á aquellos malvados con una tenacidad, que olvidándose de las instrucciones que les habia dado Cannetolo, uno de ellos la hirió mortalmente con un puñal: cayó ya quasi sin vida á los pies de su asesino, y en el estado en que se hallaba procuraba aun preservarme del peligro que me amenazaba. A este tiempo fué quando el conde Poppi se abrió camino hasta llegar á nosotros; y viendo que uno de aquellos monstruos acababa de arrancarme de los brazos de mi madre, atravesándole de una estocada me saca de entre sus sangrientas manos, hace huir con su gente á los que se le oponian, y procura en seguida dar algun alivio á mi desgraciada madre; pero todos sus cuidados fuéron inútiles, pues que la profunda herida

que habia recibido la hizo espirar poco tiempo despues en sus propios brazos."

Las lágrimas de Julio, sus sollozos, y los profundos suspiros que salian del pecho de su padre, interrumpiéron su relacion por algunos momentos; pero recobrándose un poco, volvió á seguir en estos términos:

"No sacó el conde Poppi de su heroico sacrificio otro fruto mas que el haber salvado la vida de un inocente niño. Ciego de rabia y de indignacion, tomándome en sus brazos se presentó delante del senado, y con aquella austeridad que le es tan propia, pidió con toda libertad el castigo de Cannetolo, y el suplicio de vuestros asesinos; pero el resultado de esta determinacion suya tan aventurada, fué un decreto que le desterraba á él mismo de Bolonia, declaraba la confiscacion de sus bie-

nes á favor del estado, y pronunciaba contra toda nuestra familia la sentencia de proscripcion. Indignado con tantas injusticias el conde Poppi, pero fiel á su carácter, sin querer ni siquiera apelar de este juicio tan iniquo, se retiró á los Apeninos, con la resolucion firme de pasar en ellos el resto de sus dias, y de consagrar toda su atencion al cuidado de mi educacion y de mis adelantamientos."

"Las ideas y conocimientos que al presente adornan mi espíritu, y los sentimientos y principios que forman mi corazon, se deben á su cuidado, y al cariñoso afecto que siempre me tuvo: todas mis luces, mis talentos, y mis virtudes, si es que poseo algunas, y en fin todo lo que pueda haber en mí digno de elogio, es obra suya, y el efecto de la educacion cuidadosa que me ha

dado. Ocupado, pues, en instruirme, pasé los primeros años de mi infancia en el seno de una felicidad tranquila y de la inocencia, en medio de un valle que era á mis ojos todo el universo, y en el qual no habitaba nadie mas que el conde Poppi, yo y un antiguo criado, cuyo encargo era el guardar un rebaño que teniamos."

"Enseñóme el conde á estirar un arco, á manejar una lanza, á luchar, á nadar, y á sujetar y domar los caballos de nuestras montañas, en términos que bien pronto se me vió recorrer los Apeninos, lo mismo que un cazador del desierto. La historia del mundo, y sobre todo la de Italia, y la de sus últimas revoluciones, se fué grabando poco á poco en mi memoria; y el conde no me dexó ignorar ni el papel tan distinguido que habiais hecho

en Bolonia, ni vuestro fin trágico, ni el de Laura mi madre; pero al mismo tiempo que me referia la historia de mi desgraciada familia, procuraba probarme que los hombres, aun los mas perversos y malvados, merecen mas bien la piedad del sábio, que su desprecio y su aborrecimiento."

"Hasta entónces no habia yo conocido la desgracia ni el crímen si no por relacion; y todo al rededor de mí era bueno, y gozaba de una felicidad completa."

"Un dia que salí á exercitar mis fuerzas en la caza, me empeñé tanto en ella, que llegué hasta el valle de Bagno: acerqueme al parque del palacio, y aun me atreví á entrar en él; y distinguiendo á una muger al traves del bosque, me fuí metiendo por entre los árboles para verla de mas cerca. Vos erais hermosa Bianina el objeto de mi curiosidad:

sentada al pie de un mirto pareciais estar sumergida en una dulce y agradable meditacion: teniais un libro abierto sobre las rodillas, el qual daba indicio claro de que lo que acababais de leer ocupaba enteramente vuestra imaginacion. Desde el sitio en donde yo me hallaba no podia veros si no de medio lado, y sin embargo desde entonces perdí todo el poder que tenia sobre mi propio corazon. Aquella dulce melancolía que parecia dominaros enteramente, aquella modestia que reynaba en vuestro ayre, y aquellos atractivos imposibles de explicar, pero á quienes nada puede resistir, introduxéron repentinamente en mis sentidos y en mi corazon una turbacion y un trastorno inexplicables."

"Un fuego desconocido para mí, circulaba por todas mis venas: temblada sin poderlo resistir: una

especie de debilidad deliciosa se apoderaba de todo mi cuerpo: olvidábame hasta de quien yo era, y de qual era el sitio en donde me hallaba: el curso de mis ideas se habia suspendido: vos sola las ocupabais todas: vos sola os atraiais todas mis miradas; y por último quedé inmóvil detras de un rosal, arrebatado, por decirlo así, á mí mismo; y no exîstiendo ya si no en el ser encantador que la casualidad acababa de poner delante de mis ojos. Pero habiendo querido apartar algunas ramas, á fin de poderos mirar mas libremente, el ligero ruido que hice os asustó, y os obligó á abandonar aquel sitio inmediatamente."

"Desolado y maldiciendo mi imprudencia os seguí largo tiempo con los ojos; y lugo que os hube perdido de vista, corrí á ponerme de rodillas delante del mir-

to , á cuyo pie habiais estado sentada , y á besar la yerba que habiais pisado. Algunas flores que se habian caido de vuestro pecho al tiempo de levantaros y de echar á huir , se presentáron en seguida á mis curiosas miradas: tomélas precipitadamente , y las coloqué encima de mi corazon, lleno de gozo , y bendiciendo á la casualidad que me habia conducido á aquel sitio ; del qual no me hubiera separado en mucho tiempo si la noche no me hubiera obligado á ello."

"Quedó de tal modo grabada vuestra querida imágen en mi alma , que llegó á ser el objeto de todos mis pensamientos y de todos mis sueños ; y el valle de Bagno fué desde este dia el término constante de todas mis correrías. Pero rara vez podia conseguir el veros : el temor de ser descubierto de las gentes que so-

lian pasar por donde me hallaba escondido me obligaban frecuentemente á retirarme sin haber podido conseguir mi deseo; y las personas de que soliais ir acompañada algunos dias, me impedian por otra parte el penetrar hasta donde os habiais sentado. Todos estos obstáculos que se oponian á mi pasion, fuéron introduciendo poco á poco en mi alma la mas negra melancolía, en términos que el amor no me ofrecia ya sino mil penas y tormentos, y lo por venir mil desgracias tal vez."

"En el entretanto, nuestra soledad se habia ido haciendo menor ya hacia algun tiempo: una multitud de hombres á quienes yo no conocia, se presentaban continuamente al rededor de nuestra habitacion, y me pareció notar una especie de inteligencia entre ellos y mi protector; pero

demasiado distraido con mis nuevos sentimientos para ocuparme en averiguar los de los otros, no hice diligencia ni tentativa alguna para penetrar este misterio."

"Mi dolor, mi tristeza, mis lágrimas, y en fin la variacion tan grande que se notaba en todas mis acciones, no pudiéron escaparse á la penetracion del conde Poppi; el qual no tardó mucho en hablarme acerca de esta novedad que notaba en mí, suplicándome le descubriese la causa de mis penas para procurarme el remedio de ellas. El amor, y sobre todo el amor desgraciado, recibe algun consuelo haciendo partícipe á otro de sus mas ocultos secretos; así es, que no tuve reparo ninguno en abrir mi corazon enteramente á mi protector y mentor, pintándole con todo el entusiasmo de mi pasion ardiente, vuestra hermosura, la

ternura excesiva que me habiais inspirado, y la constancia y firmeza con que estaba resuelto á adoraros toda mi vida."

"Cada una de mis palabras, y cada uno de mis movimientos manifestaban hasta donde llegaba la violencia de mi amor; pero quanto mas expresiva se iba haciendo mi elocuencia, mas me parecia distinguir en los ojos del conde unas señales ciertas del dolor y descontento que producia en él lo que le decia. Cubrióse su frente del color de la melancolía: su sensibilidad pareció irse extinguiendo por grados; y cayendo repentinamente en una profunda distraccion, que me fué imposible disipar por mas que le dixe, se apartó de mí inmediatamente sin responder una sola palabra á todas las súplicas y preguntas que le habia hecho."

"Mantúvose ausente dos dias

enteros, y á su vuelta no pudo ménos de hacerme extremecer el ayre triste y misterioso de que venia cubierto todo su semblante: fixaba sus miradas en mí continuamente, y las señales de interes y de piedad de que estaban cubiertas despedazaban mi corazon lo que no es decible. Siéndome, pues, imposible el mantenerme en este estado de incertidumbre, me eché á sus pies, y le supliqué me manifestase todo lo que sabia acerca de quanto yo tenia que esperar ó temer en lo perteneciente á mi pasion."

"El cariño tan grande que te „tengo, me respondió con tono „enternecido, no me dexaba des„cubrirte las verdades que deseas „saber, y que tanto te han de „afligir; pero pues que tú lo quie„res, y pues que por otra par„te el guardar silencio por mas „tiempo seria hacer agravio á la

„amistad, escucha lo que he po-
„dido averiguar en estos dos dias
„que he faltado de tu lado: sabe,
„pues, querido Julio que no te
„queda mas partido que tomar
„que el de poner en olvido tu
„amor: los deberes mas sagrados,
„y aun las leyes mismas de la
„naturaleza te lo mandan así: sabe
„que sobre la familia de Bonelli
„recae la maldicion del conde
„Bentivoglio tu padre: sabe que
„de la mano de Guillelmo, pa-
„dre de Bianina tu amada, han
„salido los tiros que han arruina-
„do á tu familia, que te han pri-
„vado de tus padres y parien-
„tes, y aun podria añadir de tus
„riquezas, de tu distincion, de
„tu patria, y en fin de tu felici-
„dad. ¿Quieres insultar en su tum-
„ba á los manes de tu padre? ¿y
„serás capaz de llevar tu pasion
„hasta el punto de turbar su re-
„poso en la morada en que ha-

„bita ? No hijo mio , no : acuér-
„date del carácter y recto modo
„de pensar que he procurado im-
„buir en tu corazon , y olvida
„una pasion indigna de tí , y del
„respeto que debes á la sombra
„de tu desgraciado padre.“

“Apoyó el conde Poppi estos consejos en todo lo que creyó seria capaz de inflamar mi jóven corazon , y de arrancarme á mi pasion , para no dexarme escuchar si no la voz de la sangre y de mis deberes ; asegurándome en seguida que siempre miraria Guillelmo con el mayor horror la proposicion de unirme á su hija. Estas terribles palabras , que nunca hubiera querido oir , despedazáron mi afligido corazon ; mas sin embargo consiguió conmoverme con su elocuencia hasta el punto de obtener de mí la palabra de que venceria el amor que tenia á Bianina.“

"Procuré con efecto hacer quanto estaba en mi mano para destruir mi pasion, dexando de acudir por decontado al valle de Bagno; pero por mas que intenté olvidaros, no tardé mucho en conocer que este sacrificio era superior á mis fuerzas, y que yo me habia engañado á mí mismo quando prometí cumplirle. Avergonzado de mi debilidad, y no atreviéndome á confesársela al conde Poppi, cotinué combatiendo mi amor, sin embargo de que ya no me quedaba duda de mi vencimiento. Devorado del dolor que afligia á mi alma, y consumido y aniquilado con los esfuerzos que sin cesar hacia, conocí que mi salud se iba alterando poco á poco, que mis fuerzas se disminuian conocidamente, y que mi robustez iba desapareciendo del todo; y por último, fué tanto lo que perdí en muy

corto tiempo, que ya no era ni sombra de mí mismo. No se ocultó mi situacion al conde Popi, el qual no pudo ménos de extremecerse al pensar podia llevarme al sepulcro la tristeza y melancolía de que me veia poseido. Indeciso, desesperado, y sin saber que partido tomar, pero resuelto á todo, mas bien que á exponerse á perder su hijo adoptivo, sacó él mismo con maña la conversacion que tanto me interesaba, y que yo no me habia atrevido á suscitar. Abrile de nuevo todo mi corazon, pero con aquella inquietud é impetuosidad de un amor comprimido por tan largo tiempo, y aun con una especie de amargura que manifestaba claramente el estado tan deplorable en que se hallaba mi espíritu."

"Viendo pues el conde que ya no podia haber un medio para mí, entre poseeros ó perecer; y

temiendo al mismo tiempo no pusiese yo al fin en execucion el proyecto que le dixe haber pensado de ir á echarme á los pies de Guillelmo, de descubrirle mi nacimiento, mi amor, y de pedirle vuestra mano ó la muerte; me prometió no combatir mas mi pasion, y aun el ayudarme en quanto pudiese para conseguir el feliz éxîto de ella; pero con la condicion de que léjos de precipitar ninguna de mis acciones, me dexaria al contrario gobernar por sus consejos. Vuelto á la vida con esta proteccion que me ofrecia, y que ni aun remotamente podia yo sèperarme, le prometí todo quanto exîgia de mi condescendencia; y en seguida me manifestó un medio que él acababa de concebir para preservaros de los artificios que una quadrilla de malvados, dirigidos por Julian de Médicis y por Caponio, iban á poner en

execucion para perderos infaliblemente."

"Me descubrió el conde Poppi que existia en Toscana una sociedad secreta, compuesta de hombres malvados y perversos, cuyo único fundamento era la ambicion, el vicio, y el libertinage. Díxome las palabras con que se entendian para reunirse, sus señales, los sitios de sus juntas, me nombró los mas conocidos de entre todos ellos, y me convenció por último de que me era imposible el poseeros en tanto que esta sociedad, á cuyo frente se hallan los enemigos mas temibles de vuestra casa y de la mia, existiese entre nosotros; pues que expiaria continuamente todos nuestros pasos, oiria todas nuestras palabras, y tendria sin cesar el puñal suspendido sobre nuestras cabezas."

"El ambicioso Julian de Médicis, añadió el conde, preten-

„de enredar en sus redes á Bianina, deshonrarla despues, perder „al conde Bonelli, y en seguida „destronar á Lorenzo su hermano „para reynar él solo en Florencia; „y se lisongea de hacer á los Sibaritas, que es el nombre que han „tomado los que componen esta „sociedad, los esclavos y los instrumentos de sus proyectos.

„Caponio, mas diestro y mas „disimulado, se sirve de él para „llegar á los mismos fines, y al „presente parece que le favorece y „ayuda en sus proyectos, sin duda bien seguro de que le perderá sin que le cueste trabajo ninguno, en el instante en que ya „no le sea de ninguna utilidad. „En fin, el enemigo de tu padre, „Cannetolo, auxîlia con todo su „poder y crédito á Caponio, y „ámbos á dos juntos han llegado á ser el todo de la sociedad, la qual dirigen como les

...

„acomoda. Ahora ya ves, amado
„Julio, quan peligroso seria el
„precipitar ninguna de nuestras re-
„soluciones. Miembro yo mismo
„de esta compañía, esperaba la
„ocasion de poder servir á los
„hombres, destruyéndola; al pre-
„sente lo que me toca es velar
„sobre la seguridad de tu querida
„Bianina, la qual si llegan á te-
„ner efecto los proyectos formados
„contra ella, debe entregarse á
„Julian de Médicis dentro de muy
„poco tiempo."

Al cabo de algunos dias me manifestó en efecto "que ántes „de resolverse á robar á Bianina, „queria Julian ver si la podia se- „ducir, con el intento de hacer mas „lisongero su triunfo, y mas sen- „sible esta desgracia al conde Bo- „nelli. Pero como Lorenzo, siguió „diciéndome el conde Poppi, ins- „truido de que los Sibaritas quie- „ren hacer cómplice en sus de-

„litos á su hermano, procura que „se sigan y expien todos sus pasos, „lo qual no permite que Julian „pueda pasar á los Apeninos, ha „resuelto la sociedad represente su „papel uno de sus miembros, el „que deberá presentarse á la jó- „ven Bonelli cubierto con una „máscara de las que se fabrican „para nuestras ceremonias. De- „cidido pues á no dexar perder „esta ocasion, he propuesto á los „*hermanos* que reemplazará á „Julian mi hijo adoptivo, el „qual se le parece, les he dicho, „de un modo maravilloso, y ade- „mas reune á esta ventaja el ser „en extremo inocente, y de una „suma docilidad, y mi propuesta „ha sido aceptada con aclama- „cion de todos."

"Como! padre mio: ¿y será posible que penseis en que yo me humille hasta el punto de haber de representar la persona de

Julian de Médicis? ¿Qué es lo que esperais conseguir con un artificio semejante?"

"Mi intento es, me respon-„dió el conde Poppi el estorvar „que otro lo execute; y el em-„peñar á Bianina á que dexe un „retiro de adonde no puede tar-„dar Julian en robarla: quiero „ademas presentarte el primero „á su vista, prevenirla si es po-„sible en tu favor, y llenar su „alma de un amor puro que la „preserve de los lazos que se la „van á poner; y en fin, quie-„ro preparar tu felicidad en tan-„to que se me proporciona com-„pletarla enteramente."

"Estas palabras produxéron en mí el efecto de un precioso bálsamo; pues que en el instante mismo cerráron todas mis heridas: la felicidad de volveros á ver, y de hablaros: la certidumbre de que mi padre adoptivo ha-

ria en lo por venir todo quanto estuviese en su mano por favorecer mi pasion, y en fin la esperanza halagüeña que se apoderó de mi alma, todo ello junto me restituyó bien pronto mis fuerzas y mi salud. Un solo escrúpulo me detenia aun; y era la repugnancia que yo tenia de haber de recibir de los Sibaritas una máscara de que yo estaba bien resuelto á no servirme en modo alguno; pero mi protector me tranquilizó acerca de este punto probándome que este artificio era muy inocente y aun legítimo, pues que solo se encaminaba á salvar á la hermosura y á la virtud de las manos del crímen y de la perversidad. Recibió en fin el conde Poppi las instrucciones de los Sibaritas, se encargó de comunicármelas, de dirigirme él mismo, y salió responsable de mi discrecion y de

mi obediencia."

"Llegado que hubo el dia que se habia señalado para hacer nuestro papel en el valle de Bagno, se presentó á vuestros ojos el conde Poppi baxo la figura de un anciano venerable, os dió al principio algunos consejos, y me presentó á vos en seguida diciendo era yo el hombre que debia defender vuestra juventud de los lazos puestos delante de vuestros pasos. O amada Bianina! y quantos atractivos no tuvo para mí aquel corto momento, á pesar de los temores que me agitaban, y á pesar de los ojos de los Sibaritas, abiertos siempre sobre nosotros! En vuestras miradas me creí leer que era amado de vos, y que poseia vuestro corazon, objeto de todos mis deseos. No, no emprenderé el referiros lo que pasó en mi interior en aquel entónces, pues que

aun á mí mismo me seria imposible el explicarmelo. Poppi, Julian, los Sibaritas, vuestro padre, y aun el universo entero habian desaparecido de mis ojos, y solo veia á Bianina, sí, á la sensible y hermosa Bianina. Echado á vuestras plantas iba ya á descubriroslo todo, quando un pequeño grito que disteis, procedido sin duda del enagenamiento que veiais en mí, acabó de trastornar toda mi imaginacion; pero la voz de vuestro padre, que se oyó al mismo tiempo, y el temor de que se malograsen sus intentos, obligó al conde Poppi á arrancarme de vuestros pies, y á sacarme del parque quasi arrastrando."

"Luego que ya nos vimos en parage seguro, procuró volverme á mi razon, no sin algun trabajo, y despues de haberme reprehendido la imprudencia con que me habia manejado en aquella oca-

sion, me hizo ver los peligros á que le exponia, y los que á mí mismo me amenazarian si llegaban á sospechar los Sibaritas que los estábamos engañando. En efecto, sus espias, invisibles por todas partes, habian estado observándolo todo; pero el conde atribuyó á mi miedo y á mi inexperiencia el olvido de no haberme puesto la mascarilla; y como esta escena no habia producido nada de decisivo, figurándose por otra parte que la agitacion que habia visto en vos no tenia mas causa que el sobresalto procedido de nuestra repentina aparicion, se diéron al instante por satisfechos con lo que les dixo el conde."

"En este entretanto, dexando el retiro del valle de Bagno, pasasteis con vuestro padre á Florencia, y ya me fué imposible entónces el permanecer por mas tiempo en nuestras montañas. El

conde Poppi me permitió ir en vuestro seguimiento, habiendo exigido ántes de mí el juramento de que no descubriria á nadie quién yo era, y de que volveria á nuestro retiro luego que hubiese estado algunos dias en Florencia. Llegado que hube á esta ciudad me introduxe entre los compañeros de Julian, todos los quales me conocian por el hijo adoptivo del conde Poppi; y de este modo fué como pude acompañarle al festin que dió á los dos hermanos Médicis el conde Guillelmo vuestro padre."

"Y tambien fué cubierto de un disfraz semejante al suyo, le interrumpió Bianina con toda la vivacidad del amor y del agradecimiento, como me salvasteis la vida, echándoos al Arno para sacarme de sus ondas."

"Juzgad pues, amada Bianina, prosiguió Julio con una es-

pecie de confusion, juzgad, pues, quál seria mi desesperacion quando supe en mi retiro que ya estaba tratado vuestro casamiento con Julian. El amor, los zelos, el furor, y en fin todas las pasiones mas terribles se fuéron sucediendo unas á otras, y combatiéron por largo tiempo en mi corazon. El amor que me tenia el conde Poppi no pudo ménos de hacerle temer las consecuencias que en mí podia producir esta desgracia; así que, viéndome en un estado quasi de frenético, consintió en acompañarme él mismo á Florencia. En el instante en que llegamos me proporcionó el conocimiento y amistad de los jóvenes Sibaritas; entre los quales me fué fácil poder leer las cartas que sin cesar se escribian unos á otros para consultarse entre sí, ó darse parte de sus esperanzas y feliz suce-

so de sus empresas: el conde Poppi fué quien me aconsejó os advirtiese los peligros que os amenazaban al lado de Julian de Médicis; y él fué tambien quien me manifestó que Caponio, descontento de la lentitud que Julian empleaba para deshonraros, y enamorado él mismo de vos desde vuestra llegada á Florencia, habia formado nuevos proyectos para labrar vuestra pérdida y la de vuestro padre, proyectos que me diéron tanta inquietud la tarde que os ví en el parque de vuestro palacio, á causa de que yo ignoraba la naturaleza de ellos, así como los medios de que él pensaba servirse."

"O Bianina amada! esta conversacion que tuve con vos á las orillas del Arno, decidió de la suerte de toda mi vida: en ella os manifesté todos los sentimientos de mi alma, y vos igualmen-

te me disteis pruebas claras del amor que me teniais. Creyéndome ya seguro desde este momento de que poseia vuestro corazon, ya no pensé en otra cosa que en auxîliar y acompañar al conde en su noble empresa de destruir la sociedad de los Sibaritas, y en apresurar por este medio el momento en que con toda libertad podia aspirar á vuestra mano."

"Al dia siguiente llegó á nuestros oidos la noticia de que una quadrilla de hombres enmascarados se habian apoderado de vuestro padre y de vos en el camino de los Apeninos, para donde habiais salido aquella misma noche. Inmediatamente comenzó el conde Poppi á hacer todas las diligencias que estaban en su mano para descubrir el sitio á donde os habian llevado; y en tanto que él observaba constantemente todas las acciones de los Sibaritas, yo por

mi parte recorria los sitios en donde imaginábamos podrian haberos conducido nuestros enemigos. Pero todas nuestras indagaciones fuéron inútiles por entónces : no parecia sino que un velo misterioso ocultaba á Poppi mismo los proyectos de los *hermanos*. Temiendo no hubiesen formado en fin alguna desconfianza de él, recurrí á un amigo que yo tenia entónces, ó mas bien que yo creia tener entre ellos, el qual era el conde Victorio Siri. Las amables prendas que residian en él, segun á mí me parecia, y sobre todo su senbilidad, le habian grangeado mi confianza, y yo estaba persuadido de que, lo mismo que el conde Poppi, estaba inocente de los crímenes de sus compañeros. Corrí pues á echarme en sus brazos, y en seguida le descubrí mi amor y mis temores, y le supliqué que procurase

libertaros si caiais en las manos de los Sibaritas; lo qual executó en efecto, pero con ánimo de seduciros, como despues acreditó la experiencia."

"En el entretanto, ya pudo en fin el conde Poppi darme algunas noticias de vuestro paradero. Como miembro de la sociedad se habia hallado presente á vuestra comparecencia en las ruinas de Piombino ante el tribunal de los Sibaritas: admiró la constancia y valor heróico que manifestasteis en aquella ocasion, y luego que pudo separarse de sus compañeros, corrió al subterráneo en donde estabais encerrada para sacaros de allí inmediatamente; pero habiéndose anticipado Siri ha hacer lo mismo, sacó del peligro en que tambien se hallaba á la interesante amiga que os habia ido acompañando. Instruidos de que Victorio os habia conducido á Ve-

necía, pasamos ambos á dos sin perder tiempo á aquella ciudad, y no pude ménos de extremecerme al miraros entre sus manos. El conde Poppi entretanto habia ido al palacio del Dux, amigo íntimo suyo, para descubrirle una conspiracion que se habia formado contra el estado, y en la qual tenia parte el conde Victorio: manifestóle el plan de ella, y le puso á la vista todas las pruebas justificativas; de lo qual enterado aquel supremo magistrado dió la órden al instante pare que se prendiese á los delinqüentes, confiandonos á nosotros un cuerpo de tropas para que nos apoderasemos de Siri."

"Confieso la verdad, no pude ménos de sentir en esta ocasion en mi alma una cierta alegria, al ver se me proporcionaba el medio de vengarme de un traidor, de un pérfido amigo, y en fin

de un rival. Contaba yo con poderos avisar al mismo tiempo de la llegada del conde Guillelmo á Venecia, y con reuniros á Virginia á fin de que estando juntas pudieseis concertar los medios mas oportunos para reconciliar á Bonelli con su esposa; pero lo que ocurrió despues en vuestra casa no me permitió poder executar mi proyecto como habia pensado. Prevenidos, pues, de la órden del gobierno, y acompañados de los soldados, pasamos á buscar á Siri á su posada; pero no le encontramos en ella, y se nos dixo que tal vez estaria en la vuestra: lleno de alegría por poder humillarle delante de vos y descubrir todas sus maldades, seguí á los soldados de la república encargados de prenderle; pero, ó Dios mio! y quál quedo mi corazon al verle quasi en vuestros brazos, y pronto á coger en esos hermo-

sos labios el premio que yo creia estar reservado para mí solo!.."

"Ah! Bianina, aquella escena tan terrible y dolorosa para mí fué la que me hizo conocer hasta dónde llegaba la violencia de mi amor! Yo os detextaba y os adoraba á un mismo tiempo: los mas opuestos sentimientos se sucedian en mi pecho con la mas terrible rapidez; y por último, mi triste corazon se hallaba oprimido con el dolor de vuestra infidelidad, y con la desesperacion mortal que se habia apoderado de él. "Huyamos! dixe al conde Pop-„pi echándome á sus pies; hu-„yamos al seno de nuestras mon-„tañas: vamos á vivir en medio „de aquellos desiertos, en medio „de aquellas rocas y de los animales „feroces que las habitan, y olvi-„démonos hasta de que exîsten „hombres en el universo. No, no, „mi bienhechor, continué dicién-

„dole, la buena fé y la virtud des-
„aparecieron ya de la tierra! Na-
„da ha quedado sobre ella que pue-
„da ser respetado del vicio y de
„la iniquidad! El solo es el que
„ahora triunfa en el mundo, y
„el que todo lo avasalla! El solo....
„Ah! Bianina, Bianina y como
„me habeis engañado!"

"En vano hizo el conde Poppi todos sus esfuerzos para moderar mi dolor, pues que nada era capaz de contenerme: deseaba yo con ansia huir de aquel sitio: el mundo y los hombres eran para mí ya unos objetos dignos del mayor desprecio. "Pues bien, me „dixo al fin el conde, yo con-„siento en lo que quieres; pero „ántes de que partamos para nues-„tro retiro, no debes olvidarte „de que te quedan aun dos obli-„gaciones que cumplir: una, el „no engañar á Virginia, no cum-„pliéndola la oferta que la has

»hecho de llevar á su compañía »á su amada Bianina; y la otra, »el no dexar á Caponio en li»bertad para que oprima á la ino»cencia afligida y débil; el qual, »segun las noticias que tengo, tra»ma un nuevo proyecto contra »Bianina, reducido á arrancarla »de entre los brazos de su padre, »cuyas acciones, y hasta el me»nor movimiento de uno y otro, »se estan expiando en este mis»mo instante con el mayor cui»dado."

"¿Y qué, deberé yo ir á sa»carla del poder de Caponio para »ponerla en el del conde Siri? »exclamé yo lleno de cólera y »furia. Jóven inconsiderado, me »dixo mi protector con un tono »severo, y que rara vez habia »empleado conmigo; pues qué »¿no serás capaz de hacer una »buena accion sin esperar recom»pensa?.... Por otra parte, ¿Siri

„no se halla al presente cargado „de cadenas?“

“Pues bien, yo la libertaré „de las manos de Caponio, y la „pondré en las de Virginia; pero „huyamos al instante: sí, padre „mio, huyamos para siempre.“

“Detuvímonos en Venecia para observar la conducta y operaciones de Caponio hasta el dia siguiente que os liberté de su poder, como ya os acordareis, y en seguida nos pusimos en camino para nuestras montañas. Ya no se oyéron en aquel valle, testigo de los dulces é inocentes placeres de mi infancia, mas que mis amargas quejas y mis profundos suspiros, mezclado todo ello con las tristes lágrimas que derramaban mis ojos. Aquella rústica habitacion nuestra, que en otro tiempo fué el asilo de la paz, me vió entrar baxo su humilde techo quasi privado de toda mi razon, y

en el estado mas lamentable; pero en el momento mismo en que mi dolor habian llegado á su último punto, y en el que la muerte parecia ser el único remedio que se podia dar á mis males, una noticia inesperada vino repentinamente á restituir á mi corazon toda la esperanza que habia perdido."

"Nos avisaban de Venecia que los conjurados habian recibido en un cadalso el castigo que merecia su atentado: que Siri, ántes de morir, habia declarado auténticamente que vos no habiais tenido parte ninguna en la conspiracion, y que estabais inocente de todo; y al mismo tiempo me escribió una carta que recibí quando esta noticia, en la que me decia que las apariencias, ó mas bien sus artificios me habian engañado, y que hallándose próximo á comparecer delante del Juez supremo,

me pedia le perdonase é intercediese con vos para que hicieseis lo mismo. Me comunicaba ademas vuestro destierro de la ciudad de Venecia; que habiais vuelto á los Apeninos; y me encargaba sobre todo tuviese cuidado de vuestra seguridad, y que siguiese todos vuestros pasos, por estar cierto de que las espias de los Sibaritas no os perdian de vista ni un solo instante."

"Luego que hube recibido estas noticias volé inmediatamente á vuestro palacio de Bagno; en el qual me dixéron que hacia ya dos dias que faltabais de él. Instruido de los viages y correrias que haciais continuamente por las montañas, y temiendo no hubieseis caido en las manos de nuestros enemigos, seguí el mismo camino que habiais tomado: llegué pues al pie de estas rocas, y preguntando si os habian visto

á algunos aldeanos que apacentaban en ellas sus ganados, me dixéron que el dia anterior habian visto andar al rededor de este círculo de montañas á un jóven robusto y hermoso que apénas podria tener diez y seis años. Como en vuestro palacio de Bagno me habian dicho que acostumbrabais á salir á vuestras correrias vestida de hombre, ya no dudé fuese mi amada Bianina el viagero de quien me habian dado noticia; pero no pude ménos de extremecerme al acordarme que el conde Poppi me habia señalado este sitio como el punto adonde se reunian los Sibaritas. No consultando pues otra cosa mas que mi inquietud y mi valor, tomé inmediatamente á mi sueldo un buen número de soldados armados (8), y con ellos ataqué y me apoderé del castillo del conde Aldobrandini, que es en donde se halla la entrada ex-

terior de estos subterráneos, confiados á su cuidado y vigilancia. Una vez hecho dueño de esta fortaleza, dexando en ella una parte de mis soldados, me entré con los demas por el seno de estas montañas, y al traves de estas espaciosas cabernas, asilo de las maldades de los Sibaritas."

"Llegamos en fin á estas rocas, sin ver á ninguno de los miembros de esta iniqua sociedad, á causa de no reunirse en estos sitios sino á ciertas épocas determinadas. Lo que solamente hemos visto ha sido el sitio y los preparativos de sus ceremonias, de sus fiestas, de sus desórdenes y de sus crímenes; hasta que en fin hemos llegado á este valle, en el qual, excediendo mi felicidad el término que la habian puesto mis deseos, he encontrado á un mismo tiempo á mi querido padre y al objeto suspirado de mi amor."

"Pero démonos priesa á apartarnos de esta terrible morada, ántes de que los Sibaritas lleguen á saber he penetrado yo en ella; porque ¿quién podrá preveer hasta donde llega el poder que tienen? ¿ni quién llegar á alcanzar hasta donde se extienden los recursos de Caponio; el qual, sacado de las olas adonde yo le habia precipitado, y curado de las heridas que le dí, y que me parecièron mortales, domina entre los *hermanos* con mas audacia y despotismo que jamas?"

CAPÍTULO V.

Triunfo de Caponio. — Desgracia de Bianchini.

Concluidas estas palabras dió priesa Julio á su padre y á Bianina para què le siguiesen al través de los subterráneos que acababa de recorrer; y despues de haber encendido las hachas que llevaban los soldados, caminando estos delante, comenzáron á irse metiendo por debaxo de aquellas rocas. Atravesáron primero la habitacion y las diferentes cavernas del Solitario, que correspondian á la parte del valle; y en seguida se fuéron entrando por una vasta y dilatada galeria, cuyo ayre denso y húmedo que se respiraba en

ella parecia apagar las hachas á cada instante, y cuyas bóvedas de granito que se elevaban prodigiosamente sobre sus cabezas, repetian de un modo terrible y espantoso el ruido de los pasos de los soldados. Mas, apénas estos habian comenzado á baxar por una grande escalera que conducia á una especie de templo, labrado á pico en el medio de la montaña, quando á una señal que se oyó se apagáron todas las hachas, y ellos se halláron de repente rodeados de una multitud de hombres que los atáron fuertemente, en términos que les fué imposible el defenderse, y ni aun sintiéron apénas las manos que los habian aprisionado.

Perdida enteramente toda esperanza de poderse libertar de sus enemigos, y cubiertas las caras con unos lienzos que les habian echado por cima de la cabeza,

los hiciéron caminar por espacio de mas de dos horas por aquellos subterráneos, los quales los conduxéron en fin á la otra extremidad de las rocas. El ayre fresco que comenzáron á respirar les hizo presumir que se hallaban á cielo abierto; pero como llevaban tapados los ojos no pudiéron ver cosa ninguna, ni saber qual era el camino por donde los llevaban. A poco que habian andado despues de haber salido de las entrañas de aquellos montes, hiciéron subir en un coche á Bianina y á sus dos compañeros, y en muy corto tiempo llegáron á dar vista á las ruinas de Piombino. Apeáronlos á todos tres un poco ántes de llegar á ellas, y quitándoles los cordeles con que iban atados, y descubriéndoles las caras caminaron un largo rato por entre aquellas malezas, y por entre la inmensidad de trozos de cor-

nisas y de columnas de mármol de que estaban sembradas todas aquellas inmediaciones, hasta llegar á un pórtico que tambien se resentia de las inclemencias del tiempo: atravesáronle en seguida, y hácia el fin de él viéron una puerta bastante disimulada, la qual se abrió á una seña que hiciéron sus conductores; y haciéndoles estos entrar por ella los baxáron á los subterráneos, y los encerráron á cada uno en su calabozo.

Con dificultad se podrá imaginar una situacion mas terrible que la de Bianina; privada repentinamente de los mas dulces enagenamientos, de sus mas halagüeñas esperanzas, y en poder de sus mas crueles enemigos se hallaba acometida de terribles dudas acerca de la suerte que se la preparaba; y aunque ignorando quienes eran sus nuevos perseguidores, no por esto

reconocia ménos en ellos los dignos agentes de los Sibaritas. Al entrar en el calabozo se le escapó de la boca á pesar suyo el nombre de Caponio; nombre para ella el mas odioso que podia haber, y que no pudo ménos de causar en todo su cuerpo un movimiento convulsivo y un frio mortal. Le parecia ver comprehendidas en este terrible nombre todas las desgracias, todos los delitos imaginables, y en fin todo quanto es capaz de atormentar y despedazar el corazon humano.

Llena de terror, y ocupada su imaginacion con estas ideas, se le pasó lo restante del dia quasi sin echarlo de ver: la noche iba ya entrando quando llegó á sus oidos el ruido de una persona que al parecer se iba acercando á su calabozo: vuelve en sí de su distraccion, y en el mismo instante se abre repentinamente la puerta,

y ve entrar á un hombre en su prision: al qual mira con asombro y espanto, y reconoce en él al infame y perverso Caponio.

"Malvado! exclamó Bianina con indignacion, todavia vienes á insultarme! No te has cansado ya de perseguirme? monstruo! ¿Vienes por ventura á regocijarte con el triunfo que han logrado tus infames delitos, y con mi desesperacion?"

"Desventurada Bonelli, respondió Caponio con ayre risueño y afectuoso, no vengo á lo que dices, sino al contrario á consolarte y á darte algunos consejos que no podrán ménos de serte de mucha utilidad."

"Caponio venirme á consolar! interrumpió Bianina, Caponio venir á dar consejos á una desgraciada á quien sus artificios y maldades han perseguido con el mayor encarnizamiento! Vete mal-

vado! Apártate de mi presencia, y ten entendido que el favor mas grande que me puedes hacer es librarme de tu presencia, para mí mil veces mas horrible que la misma muerte."

"Yo os compadezco, infeliz Bianina, yo os perdono todos los agravios que me haceis, la respondió Caponio. El miedo y el espanto han alterado vuestra razon; pero no perdamos tiempo, escuchadme por un instante, pues que en ello os va un gran interes. Sabed que los jueces de los Sibaritas no tardarán mucho en llamaros ante su tribunal para juzgar....."

"Pues bien, que pronuncien mi sentencia, pero que me liberten á lo ménos del suplicio que me causa el verte y el oirte."

"El dolor os tiene fuera de vos misma, pues que sino no despreciariais al que viene con ánimo

resuelto de libertaros. No ha sido tan imprudente Julio, ni ha llevado su encono hasta tan adelante que haya....“

“¿Qué es lo que te atreves á decir, Caponio?“

“Que vuestro amante, mas dócil á los consejos de una de nuestras *hermanas*, ha merecido hallar en ella un protector, y en nosotros unos jueces ménos severos.“

“Huyé de mi vista, malvado! tu infame lengua va á calumniar á mi amante; pero sabe que le conozco muy bien, y que tambien te conozco á tí mismo, que es lo que me basta.“

“Pero si yo os pruebo lo mismo que os he dicho; y si os hago ver á vuestro amante en los brazos de Bianchini, ¿qué tendreis que decir entónces? ¿Os quedará todavia alguna duda?“

“Caponio, déxate de estos in-

...

dignos artificios, que de nada te han de servir, y cesa de querer emponzoñar y llenar de amargura y afliccion los últimos momentos de mi vida. La muerte es lo que me está esperando, ya lo sé: no creas que es capaz de acobardarme su aspecto horroroso: todo lo contrario, desde que te he visto la miro con indiferencia, y aun deseo que llegue."

"Pues qué ¿no os bastará el testimonio de vuestros mismos ojos?"

"No, no: todo debe ser sospechoso en esta estancia del vicio y de la ilusion.... Y por otra parte ¿de qué te servirá el probarme la infidelidad de Julio? aun quando yo estubiese convencida de ella, podria sí, olvidar á un amante pérfido, pero nunca entregar mi corazon á un monstruo como tú."

Habia hecho Caponio todos los esfuerzos imaginables para

mantenerse dueño de sí propio; pero al oir estas polabras, no pudo contener por mas tiempo la rabia y furor que se hallaba oculto en su pecho; así que, llenando de amenazas á la desventurada Bianina, se apartó de ella diciéndola con tono feroz y satírico, que bien pronto se hallaria enteramente en su poder.

En este entretanto, aquella desgraciada Bianchini, de quien en efecto se habian servido los Sibaritas para corromper, ó á lo ménos seducir, bien que todo ello infructuosamente, el corazon del jóven Bentivoglio, se hallaba tambien padeciendo en un calabozo inmediato al de Bianina.

Era esta Bianchini todavia mas infeliz y desgraciada que delinqüente. Hija única de un escultor de Florencia, que á nadie tenia mas que á ella que le pudiese servir en su vejez de amparo y de

consuelo, se habia hecho célebre en algun modo por su piedad filial, y habia tenido la desgracia de atraer á sí, tanto por sus virtudes como por sus gracias y hermosura, las miradas y atencion de Julian de Médicis. Enterado este de que ni el fausto, ni las riquezas, ni las profusiones de algunos de los amigos que le acompañaban en sus vicios y desórdenes, habian podido vencer el alma grande y noble de la jóven Bianchini, resolvió emplear otros médios mas eficaces para seducirla.

Habiéndose pues introducido en la casa del escultor, fingiendo que era pintor, y vestido conforme correspondia á este estado, venia todos los dias á tomar parte en los cuidados y atenciones que Bianchini prodigaba á su padre, el qual con la mucha edad se habia quedado ciego enteramente.

Hábil con efecto en el arte de la pintura, y buen músico al mismo tiempo, pintaba ó cantaba en compañía de la que ya miraba como su víctima; otras veces divertia al anciano con su talento y su dulzura, refiriéndole mil historietas llenas de gracia y de novedad, ó leyéndole los versos que hacia para su hija; y por último tanto supo hacer para grangearse la estimacion de padre é hija que no tardó mucho en ser dueño de los corazones de ámbos á dos. La jóven Florentinia veia en el artificioso Julian de Médicis todo quanto su razon y alma grande podia desear; y su padre no podia ménos tambien de mirarle como el amparo de su vejez, y como un apoyo seguro para Bianchini quando la muerte que ya miraba tan próxima le separase de su amada hija.

Ya se dexa conocer que ademas de los perversos artificios y

gran mérito personal de Julian de Médicis, y ademas de lo que sentia en su corazon, tenia aun la desgraciada Bianchini que combatir contra la preocupacion de su padre en favor del jóven artista que empleaba una parte de su tiempo en consolarle, y el fruto de su talento en reunir con la mayor delicadez al rededor de él todas las felicidades y comodidades de la vida. Quasi era imposible el poder escapar á unos lazos puestos con tanta maña y artificio; así es que Bianchini vino en efecto á amar con toda la idolatría de un corazon sin experiencia, pero lleno de sensibilidad, al hombre en quien veia á un mismo tiempo reunirse todas las prendas y qualidades que ella creia dignas del mayor aprecio.

Para apresurar la pérdida de su interesante víctima, habló Julian al anciano acerca de su deseada union con la jóven Bianchini;

la qual union tuvo maña para retardar, baxo pretextos que el vicio encuentra fácilmente, manifestando al mismo tiempo lo dolorosa que le era esta detencion; así pues, una palabra de casamiento dada baxo el nombre que habia tomado para ocultar el suyo; fué por entónces un testimonio seguro de su pretendida sinceridad, y bien pronto la causa principal de la flaqueza y debilidad de la desgraciada Bianchini.

Conseguido que hubo Julian su triunfo, se mantuvo aun algun tiempo gozando del fruto de su artificio, sin descubrir quien era; pero persuadiéndose que su nombre, su distinguido nacimiento, y sus riquezas deslumbrarian al anciano y á su hija, cesó repentinamente de hacerse violencia, y les ofreció su palacio, sus tesoros, y todo quanto poseia en pago y re-

compensa del honor que los habia quitado. La indignacion que se apoderó del alma de Bianchini, al cerciorarse de la iniquidad que se habia empleado para seducirla, fué aun mucho mayor que la de su padre. En vano se presentó Médicis en la humilde habitacion del escultor; y en vano tambien sus dignos agentes procuráron hacer amistad con el padre y con la hija, con el fin de servirle. Inflexîbles en la resolucion que habian tomado, estas dos víctimas de la perversidad, se negéron á verle absolutamente, y persistiéron en responder siempre á las ofertas que los hacia, el padre, que ya no le quedaba mas consuelo que la muerte, y la hija que Julian debia resolverse á reparar su deshonor de una manera digna de ella, ó de lo contrario temer su indignacion, y todo lo que una venganza tan justa

como la suya podria inspirar á una jóven débil á la verdad, pero ultrajada.

Igualmente insensible Julian de Médicis á las lágrimas del padre, y á las amenazas de la hija, no tardó mucho en dexar y abandonar sus persecuciones, sin embargo de que el amor que tenia á la jóven Bianchini no se habia aun extinguido del todo. En este entretanto, uno de los enemigos mas temibles de la casa de los Médicis, y uno de los que meditaban ya hacia mucho tiempo la pérdida de estos, aparentando ser su mas leal amigo, Caponio en fin, habia hecho expiar todos los pasos y acciones de Julian, y enterado de todo lo que habia sucedido á Bianchini, resolvió aprovecharse de esta ocasion para perder á uno de los dos hermanos, á quienes él se lisongeaba inmolar para saciar su ambicion.

Un dia que entregado á la mas negra desesperacion, tenia entre sus brazos el anciano Bianchini á su querida hija, anegada en las lágrimas que la hacian derramar el dolor y la piedad por una parte, y por otra el arrepentimiento y la vergüenza de su debilidad, se presentó delante de ellos un viejo venerable. Era este el traydor y pérfido Bissuti, el qual siendo jóven aun, habia aprendido en la escuela de los Albizí á perseguir á Cosme el grande, despues habia favorecido con todos sus esfuerzos á los enemigos de Pedro de Médicis, y ahora unido estrechamente con el malvado Caponio, dirigia junto con él á los Sibaritas.

"Miembro de una sociedad que considera como una de sus primeras obligaciones el corregir y remediar las injusticias de los hombres, y el favorecer al débil

oprimido contra el poderoso opresor, vengo, dixo Bissuti al anciano Bianchini y á su hija, á ofreceros todos los consuelos y socorros de que necesiteis. Una sociedad secreta que vela incesantemente sobre la seguridad y felicidad públicas, está del todo enterada de vuestras penas y desgracias; y conociendo, como conoce, al autor de ellas, le es muy fácil el castigar á este, y el hacer cesen aquellas."

"Pues bien, dime que es lo que debo hacer, ángel consolador, á quien el cielo envia sin duda ninguna para nuestro remedio," exclamó el escultor extendiendo hácia el pérfido Sibarita sus brazos cansados y debilitados ya con la mucha edad.

"No se necesita otra cosa mas que entregarse y fiarse á los que os quieren favorecer, respondió Bissuti con tono grave. Por las

leyes de la sociedad nos está prohibido el servir ni favorecer al hombre que no defiende nuestra causa, ni protege la humanidad: la prudencia por otra parte, no nos permite descubrir nuestros misterios á los que no participan de ellos; pero tened entendido que desde el dia mismo en que vuestra hija entre en la sociedad de los Sibaritas, correrá de cuenta de estos el reparar ó á lo ménos vengar completamente su honor."

"¿Pero quáles son los empeños que se contraen al entrar en vuestra sociedad? preguntó Bianchini con una especie de alegría mezclada con alguna inquietud."

"Los empeños que se contraen son, respondió el Sibarita, la obligacion de defender á nuestros *hermanos*, y á la humanidad, contra estas casas poderosas que oprimen y tiranizan toda la Italia."

"¿Y adónde es adonde se hace la iniciacion? preguntó ella de nuevo."

"En nuestros subterráneos, respondió Bissuti."

"Pues que, ¿me será preciso para ello separarme de mi querido padre?" exclamó Bianchini.

"Si, hija mia, será necesario que te apartes de él por un instante para volver en seguida á sus brazos, llena de felicidad, inocente y respetada."

Todavia se hallaba con alguna duda Bianchini; pero la edad abanzada del Sibarita, las súplicas que su mismo padre la hacia para que se fiase enteramente de los Sibaritas, mediante la esperanza que sus desgracias no habian podido ménos de hacerle formar de lo que le habia dicho el traydor Bissuti, y en fin el amor y la venganza que á un mismo tiempo reynaban en su pecho, todo

esto pues tuvo fuerza suficiente para vencer sus temores y desconfianzas, y desde luego consintió en seguir á Bissuti al sitio de las iniciaciones, el dia que señalase para ello.

No emprenderemos aquí el pintar las ceremonias raras y extravagantes que empleaban los Sibaritas en semejantes casos, tomadas en parte de los misterios egypcios, y por medio de las quales procuraban introducir en el alma del iniciado un cierto terror que diese mas solemnidad al juramento que se exîgia de él, é hiciese mas inviolables los secretos que se le confiaban en el mismo acto. Baxado que hubo Bianchini á estas cabernas, centro del crímen, y de los mayores desórdenes, rodeada unas veces de objetos terribles y espantosos, y otras de pérfidas ilusiones, y en fin vuelta á poner entre los bra-

zos de Julian de Médicis, á quien los Sibaritas habian ya á esta época atraido con sus artificios á su sociedad, sus desgracias no hiciéron mas que aumentarse, en términos que salió de aquellos sitios mas culpable aun que lo que habia entrado. Su infeliz padre, agoviado y oprimido así del dolor de su fatal suerte, como de los muchos años, no tardó mucho en baxar al sepulcro, lleno de la mayor afliccion y desconsuelo, al considerar el estado en que dexaba á su hija, y los muchos peligros que la amenazaban en lo sucesivo.

Privada desde este instante Bianchini de todo consejo, y sin proteccion ninguna, se halló enteramente á la merced de los Sibaritas; los quales si pareció que tomaban algun empeño en servirla y vengarla, no fué por otra cosa mas que por enardecer su alma y

preparar su mano al golpe terrible para que la tenian ya destinada. Culpable al principio por debilidad, cruel en seguida por desesperacion, y viciosa en fin, detestando el vicio al mismo tiempo, la desgraciada Bianchini habia venido á parar en ser el juguete de los malvados que la habian envilecido mas bien que corromperla; y su situacion presentaba un exemplo terrible de los crímenes á que puede ser conducida una muger, á pesar suyo, luego que se entrega á una primer falta, por pequeña que sea, y que la comete sin prever sus conseqüencias, y aun mas freqüentemente todavia sin querer hacer atencion á ellas, ni á lo funestas y terribles que pueden ser.

Luego que Julio fué encerrado junto con su padre y con Bianina en los subterráneos de Piombino, echáron mano aun los Siba-

ritas para que le seduxese de la desgraciada Bianchini ; cuya hermosura y funestos atractivos la hacian mas apropósito para este intento que lo que lo eran ninguna de las que tenian encerradas en aquellos sitios ; y cuyos crímenes pasados la quitaban en algun modo el derecho de negarse á lo que exîgian de ella ; pero quando llegó á saber que se trataba de perder á Bianina , de cuya captividad se culpaba ella á sí propia , creyendo ser obra suya, despreció y no quiso obedecer las órdenes de sus tiranos ; y fue la primera en advertir á Julio los azos que se le ponian, y en comunicarle los proyectos tan infames de los Sibaritas.

CAPÍTULO VI.

Sentencia dada por el tribunal de los Sibaritas. — Lorenzo de Médicis. — Conclusion.

Miéntras tanto, las amenazas que Caponio habia echado á Bianina no tardáron quasi nada en cumplirse: á poco de haber salido este seductor del calabozo adonde la tenian encerrada, entráron en él dos hombres, y agarrándola cada uno de un brazo la conduxéron al pie del tribunal terrible, delante del qual habia ya comparecido otra vez. Reunió la jóven Bonelli en esta ocasion todo su valor y firmeza, y enardecido su corazon con aquel heroismo propio de su carácter y

grandeza de alma, se decidió á perecer á lo ménos con dignidad, y siguió con paso firme á sus conductores.

Abriéronse las puertas del gran subterráneo en quanto llegó á él, y por la segunda vez se halló baxo aquella gran bóveda, en donde algunos meses ántes habia oido pronunciar la sentencia de Bianchini. A una señal que se hizo con la campanilla se formáron en filas los Sibaritas al rededor del trono, los jueces ocupáron sus asientos, un silencio profundo y terrible reynó en seguida en aquel vasto sitio, y los ojos de todos los circunstantes se fixáron sobre Bianina. Esta llena de una noble seguridad se acercó al altar, pintado sobre su frente aquel orgullo que jamas abandona á la virtud, y en las miradas que dirigia á la multitud que la rodeaba, aquel desprecio á que excita la

vista de los perversos.

"Bianina Bonelli, dixo á este tiempo el juez vestido de negro, comparece delante de nuestro tribunal, y defiéndete."

"Bárbaros! exclamó Bianina, llena de entusiasmo, y con la mayor firmeza, aquí teneis á vuestra víctima, ya se halla delante de vosotros, ¿por qué os deteneis en inmolarla á vuestra infernal furia?"

"Piensa en defenderte, y no en insultarnos, respondió con una voz terrible el mismo juez, cuya cabeza estaba coronada de ciprés; tus crímenes y delitos son ya demasiado evidentes."

"Pues bien, siendo como decis, que os detiene en quitarme esta triste exîstencia, replicó Bianina sin atemorizarse con sus amenazas; asesinadme, no os detengais: la hija del conde Bonelli no espera de vosotros ninguna gracia

ni piedad: ella sabrá morir con constancia, y un delito mas no debe horrorizar á aquellos que temiendo la luz del cielo han encontrado el medio de cubrir sus atentados con las sombras de la noche, y aun el de ocultar los en las entrañas de la tierra."

"Tú lo quieres? pues bien, tú morirás, replicó el juez enfurecido; y refiriendo en seguida, con una especie de complacencia, el por menor de todos los crímenes que se la imputaban, concluyó condenándola á la muerte, pero á una muerte lenta y terrible en el fondo de aquellos subterráneos; á una muerte, añadió el juez, semejante á la que acabamos de sentenciar á sus dos cómplices."

Levantóse en seguida el juez vestido de blanco y coronado de mirto, el qual hacia de defensor; habló en favor de Bianina, pero con ménos energía y ménos fuer-

-za que lo habia hecho con respecto á Bianchini quando fué juzgada en aquel mismo sitio, y concluyó condenándola á una larga prision.

Todas las miradas se fixáron á este tiempo sobre el juez supremo; el qual tomando la palabra, con una dignidad aparente, que en ningun modo bastaba para ocultar su alegria secreta y su impaciencia, habló en estos términos:

"Bianina Bonelli, tu curiosidad ha sorprehendido nuestros misterios: tú te has escapado furtivamente de nuestros subterráneos: tú has violado el juramento que hiciste de no revelar jamas lo que aquí habias visto; y en fin tu has armado á tu amante, y seducido á uno de nuestros *hermanos* para destruir la sociedad que habia tenido la generosidad de perdonarte: he aquí la

verdad. La justicia exîgia tu muerte; pero sin embargo, tu corta edad, tu sexô y la casualidad á que se debe atribuir tu primer crímen, nos ordenan usemos de alguna indulgencia en tu favor: no es pues tu sangre la que nosotros queremos, si no el no dexarte en disposicion de que nos puedas hacer daño ninguno en lo sucesivo: así que, con el parecer de todos nuestros *hermanos*, á quienes he creido deber consultar, te condeno á una prision perpetua, y Caponio está encargado de la execucion de esta sentencia."

"Caponio! exclamó Bianina fuera de sí misma; ah! bárbaros, con que arte tan pérfido habeis descubierto el medio de despedazar aun mi corazon, y de humillar hasta mi misma fiereza y desesperacion! De rodillas os suplico, por todo lo mas sagrado que hay sobre la tierra, si es que aun

exîste alguna cosa sagrada para vosotros, que me deis la muerte ántes que entregarme al poder de este monstruo! Sí, la muerte es el único beneficio que espero de vuestras manos, y el mayor que me podeis hacer al presente."

Acabado que hubo de pronunciar estas palabras la desgraciada Bianina, todas sus fuerzas parecíeron abandonarla; y un frio mortal se esparció por todos sus miembros: prosternada al pie del trono, y con los ojos clavados en el semblante de los jueces, esperaba saliese de su boca una respuesta, una palabra siquiera, que la diese alguna seguridad de que eran admitidas sus súplicas; pero solo oyó dar la órden para que se la llevase á su nueva prision.

Ya iban á executarlo los ministros de aquel exêcrable tribunal, quando en el instante mismo se

oyó un ruido confuso á la extremidad de los subterráneos, el qual se repitió en todas aquellas bóvedas. Poco tiempo despues, abriéndose repentinamente las puertas, se vió entrar por ellas un gran número de soldados bien armados, seguidos de dos hombres cuyo trage era el mismo que el de los príncipes del senado, y cuyas caras traian cubiertas con un velo, los quales se encaminaron hácia el centro del edificio. Llenos de terror y miedo todos los *hermanos*, se separaron para dexarles paso libre; y los jueces mismos huyendo de su trono, procuraron ocultarse entre la multitud; pero los soldados no les dexáron poner en execucion su pensamiento, y los hiciéron detener inmediato al altar: los demas Sibaritas se mantuviéron inmóviles en sus puestos, y esperáron temblando el resultado de la venida ó aparicion tan

repentina de aquellos dos personages. Subiéron pues estos dos magistrados las gradas del trono, á fin de que se les pudiese oir con mas facilidad, y el que parecia mas jóven, tomando la palabra, dixo en alta voz:

"Sibaritas, quitad de vuestros semblantes esas mascarillas, pues que ya no pueden servir para ocultaros: vuestros delitos han llenado ya en fin la medida, y la venganza de la justicia debe recaer sobre vuestras cabezas. Caponio (9), Bissuti, Aldobrandini (10), las leyes os reclaman: todos vuestros artificios, todas vuestras íntrigas y trayciones nos son ya bien conocidas: vuestros pensamientos aun los mas secretos quedan ya descubiertos á nuestros ojos: temblad, malvados!"

A estas palabras, restituyendo toda su energía la desesperacion á los tres jueces Sibaritas, levantá-

ron al mismo tiempo sus manos armadas de agudos puñales; á cuya señal todos sus cómplices se precipitáron con ellos sobre los tres príncipes del senado.

"A ellos, valientes soldados mios!" exclamó el magistrado mas mozo de los dos; y en el mismo instante brilláron mil espadas al rededor de él, y mil jóvenes florentines cercáron el trono en donde se hallaba, y le cubriéron con sus cuerpos, exclamando en voz alta: "*Vivan los Médicis! perezcan los Sibaritas y sus cómplices!*" A este tiempo quitándose los dos príncipes del senado los velos con que tenian cubiertas las caras, reconociéron todos en el mas jóven á Lorenzo de Médicis, el ídolo y el apoyo de Florencia, y en su compañero al conde Poppi. A su vista llegó á su colmo la consternacion de los conjurados, los puñales se les cayéron de las

manos, y los mas tímidos procuráron escaparse para evitar el suplicio que los amenazaba, pero la tropa que ocupaba ya todas las avenidas á los subterráneos, los detuvo é hizo prisioneros.

"Ya es tiempo, nobles Florentines, dixo Médicis en voz alta, de destruir una sociedad que ha violado todas las leyes de la naturaleza, todos los deberes del hombre, y todos los del ciudadano, por saciar sus pasiones, y preparar la ruina del estado. Pero aun no conoceis hasta donde llega toda su perversidad. En tiempo de mi ilustre abuelo *Cosme el Grande*, á quien se le dió el honroso título de *Padre de la Patria*, se formó esta sociedad de los Sibaritas: la esclavitud de Florencia, era su principal objeto: las trayciones, el veneno, los puñales, y sobre todo la corrupcion del bello sexô, á quien hacia ser-

vir tanto para lograr sus proyectos como para sus placeres, eran todos los medios que empleaba: el patriotismo de mi casa fué siempre un obstáculo que no pudiéron vencer. Albizzi, caudillo principal de ésta sociedad, obligó á mi abuelo á abandonar su idolatrada patria: Pitti (11) conspiró contra mi padre; y su sucesor Caponio ha hecho que mi hermano tome parte en sus íntrigas y artificios, ha completado su perdicion, y aun no satisfecho, queria tambien completar la mia, asesinándome; pero la divina providencia lo ha dispuesto de otro modo."

"Iniciado yo mismo, baxo un nombre fingido, en los tenebrosos misterios de la sociedad, he seguido todas sus íntrigas y penetrado en sus mas ocultos proyectos; y si no he podido á pesar de todos mis esfuerzos salvar á mi querido hermano, á lo mé-

nos he logrado coger en sus mismas redes á estos malvados. El sábio Poppi ha favorecido todas mis miras, y me ha dado auxîlio en todos mis proyectos. Así que, desgraciados! ya estais descubiertos: quitaos esos extravagantes disfraces que ya no pueden en modo alguno ocultar vuestra deformidad. El Senado por medio de un decreto formal, me ha encargado averigüe y castigue vuestros crímenes y delitos; y ya los nombres de todos vosotros estan escritos en el libro de los reos de estado."

En el mismo instante en que Lorenzo acabó de hablar, se viéron desaparecer vestidos, mascarillas y coronas; y se reconoció entre los Sibaritas una multitud de jóvenes de las casas mas ilustres y poderosas de Florencia y de los estados inmediatos. La mayor parte de ellos se echáron in-

mediatamente á los pies de Médicis para implorar su perdon: el inflexîble Aldobrandini y Caponio fuéron los únicos que no quisiéron someterse, y que despreciáron sus amenazas; y el astuto Bissuti viendo no podia disculparse de ninguna forma, no hizo mas que guardar un profundo silencio. Entre la infinidad de iniciados, habia un gran número de ellos, á quienes la maña y artificios de los principales de la sociedad, y no otro motivo ninguno, habian atraido á aquellos sitios: Lorenzo que se hallaba bien enterado de todo supo distinguir quales eran, y los dexó en su entera libertad, habiéndoles ántes reprehendido su demasiada condescendencia; y á los que verdaderamente eran delinqüentes los hizo aprisionar en el mismo acto.

Pasáron en seguida á registrar los calabozos, y á sacar de ellos las víctimas de aquellos malvados;

y Bianina, testigo de esta nueva escena, se olvidaba de sí misma, para no pensar en mas que en la infeliz suerte de tantos desgraciados, en la maldad y perversidad de sus perseguidores, y para admirar el valor, el discernimiento, la prudencia y la moderacion de Médicis. Pero un grito que á este mismo tiempo se oyó en el fondo de aquellos subterráneos, y su nombre repetido varias veces en todas aquellas bóvedas, sacándola repentinamente de la especie de contemplacion y enagenamiento en que estaba sumergida, la dexó ver á Julio que ya en este instante se hallaba echado á sus pies. "En fin, Bianina amada, la dixo, ya llegó el dia de nuestra deseada felicidad: nuestros comunes enemigos recibirán bien pronto el castigo merecido á sus maldades, la virtud ha quedado triunfante, y los obstáculos que nos separaban han desapa-

recido. Ven pues conmigo á manifestar nuestro agradecimiento al Conde Poppi, y al generoso Lorenzo."

Concluidas estas palabras, agarrando Julio de la mano á la hermosa Bianina, se encaminaron hácia el trono; pero Poppi habia ya baxado de él, y saliéndoles al paso los iba á estrechar contra su corazon, quando en el mismo instante viéron llegar á Bentivoglio y echarse en los brazos de todos tres: los dulces nombres de padre, hijos, amigo, bienhechor, fuéron las únicas palabras que durante algunos instantes pudiéron pronunciar sus bocas. El alma noble de Médicis, se deleitaba y regocijaba mas de ver la felicidad y enagenamiento de estas quatro personas tan apreciables para él, que de los agradecimientos y sínceras pruebas de fidelidad que le prodigaban; y de este modo recogia el premio mas

...

digno de sus virtudes, que era el placer de haber hecho felices á aquellos desgraciados.

En el entretanto, estos dulces enagenamientos fuéron interrumpidos por la llegada de Bianchini. Conducida delante de Médicis, se echó á sus pies, le suplicó la concediese la vida, y la permitiese ir á sepultarse en un cláustro, y á ocultar en él su vergüenza y sus remordimientos. En seguida confesó todas sus faltas, todos sus crímenes; atribuyéndolos al amor que habia tenido á Julian; á la perfidia y artificios de su seductor, y al arte que habian empleado los Sibaritas para abusar de su situacion, de su debilidad y flaqueza, y aun de su misma virtud, y hacerla culpable hasta el último extremo; cuya defensa la pronunció con un acento tal de verdad y arrepentimiento, que no pudo ménos de conmover á todos los compañeros de Mé-

dicis; los quales se reuniéron en el instante mismo para implorar su perdon.

Quedó penetrada de piedad y compasion el alma grande de Lorenzo, al ver un espectáculo, que le presentaba á las víctimas mismas de los Sibaritas, implorando en el fondo de sus horribles subterráneos su indulgencia y perdon en favor de uno de sus cómplices; y como la clemencia era uno de los distintivos de su corazon, dirigiéndose á Bianina y á los que le rodeaban, les dixo: "Creo no sea osadia en mí el considerarme digno de participar con vosotros de la generosidad que os anima; así que no dexaré escapar la ocasion que me proporciona el medio de adquirir unos amigos como vosotros. Vaya pues la desventurada Bianchini á acabar en la clausura una vida que sin duda hubiera sido siempre inocente, sin los lazos

que la han puesto la perfidia y la maldad: vaya pues á sepultar en un cláustro lo que yo llamaré mas bien sus faltas, que sus crímenes: no es sobre esta desgraciada sobre quien debe recaer mi venganza, sino sobre nuestros comunes enemigos; y en fin no es la mano que asesinó á Julian la que yo debo castigar, sino á los perversos que la dirigiéron y la armáron del puñal."

Luego que hubiéron registrado exâctamente todos los calabozos, Lorenzo, Bianina, sus amigos, y toda la demas comitiva saliéron de las ruinas de Piombino, y se apartáron de ellas no sin sentir al mismo tiempo una especie de terror secreto, dimanado de las horribles escenas que se habian representado en sus subterráneos. Pero el ayre puro y fresco que respiráron al salir á campo abierto, las ideas alegres y las esperanzas lisongeras de que iban

penetrados, disipáron fácilmente esta triste impresion; y siguiéron contentos su camino hasta dar vista á las altas torres de la orgullosa Florencia. A este tiempo, el generoso Médicis manifestó á Bianina, queria él mismo conduciria á los brazos del conde Guillelmo su padre, el qual hacia algunos dias que habia llegado de Venecia.

Entráron pues en la ciudad, y se encaminaron en seguida al palacio de Bonelli; pero júzguese qual seria el enagenamiento y alegria de Bianina, al hallar en él á su querida madre y á la amable Virginia. Sus expresivas caricias no fuéron interrumpidas sino por las que Guillelmo, desengañado en fin de que era falso lo que tenia creido de Bentivoglio, prodigaba á su antiguo amigo; implorando al mismo tiempo su perdon. La virtuosa Rosaura vuelta á su esposo, á sus hijos, y á la amistad, volvió

á ser el alma de todo lo que la rodeaba; y el conde Poppi, autor de la felicidad general, fué el objeto del amor y reconocimiento de las dos familias. La interesante Virginia habia hecho nacer en esta alma austera, en el momento mismo en que el conde la sacó de las ruinas de Piombino, una cierta aficion que hasta esta ocasion le habia sido desconocida: ocupado desde aquel dia en servir á sus amigos y en preparar la ruina de los Sibaritas se habia quasi olvidado de ella; pero quando volvió á ver en Florencia á Virginia, y observó de nuevo su mucha hermosura y las grandes virtudes que la acompañaban, no pudo ménos de dispertarse en su corazon, con mas fuerza y poder que jamas, el mismo sentimiento que ántes habia concebido. Poco diestro en el arte de disimular, le fué imposible el ocultar por largo tiempo su secre-

to; pero en el mismo instante en que todos comenzaban á penetrarle, desapareció de la ciudad, sin que se supiese qual era la causa de su ausencia.

En medio de la alegria general, solo Bentivoglio era el que algunas veces manifestaba en su semblante estar aun poseido de algunas ideas melancólicas. Su hijo adorado, su querido Julio se hallaba ya en su compañia: habia encontrado ademas en la familia Bonelli unos amigos fieles; pero la pérdida de su amada esposa la tenia presente todavia en su corazon. Por otra parte, acostumbrada su alma desde la infancia á no respirar si no en beneficio de la patria, no podia ménos de afligirse al ver que se hallaba dominada por sus mayores tiranos, al mirarse desterrado de ella como un traydor, y en fin al ver su nombre deshonrado como el de un

asesino, y perdido enteramente el lustre y esplendor de su casa.

Dominaba aun en Bolonia el pérfido Cannetolo, el qual vendido al orgulloso Picinino, general de los Visconti, le ayudaba á oprimir aquella desgraciada ciudad, y habia llegado en fin á grangearse el ódio de sus conciudadanos, con sus determinaciones arbitrarias y tiránicas, y con el favor y proteccion que concedia á los extrangeros. Cada dia reunian los Boloneses á sus imprecaciones contra el usurpador del poder público, el arrepentimiento y las lágrimas que ofrecian á la memoria y á la pérdida de Anibal Bentivoglio; el qual despues de haberles libertado ya hacia tiempo de estos mismos enemigos, no habia recibido de ellos mas premio que la proscripcion, la muerte y la total ruina de toda su familia.

En esta ocasion fué quando arrancándose el conde Poppi del lado de su amada Virginia, se presentó repentinamente en medio del pueblo de Bolonia. Manifestarle la suerte de Bentivoglio, encender á un mismo tiempo su valor y su odio contra sus opresores, y hacer que se decidiese en fin á acometer á los soldados de Piccinino, fué para el conde negocio de muy pocos dias. Verificóse la empresa con el mejor éxîto que podian desear, y los Milaneses se viéron arrojados por segunda vez de los muros de Bolonia: Cannetolo fué puesto en una prision inmediatamente, y pocos dias despues pagó con su cabeza los enormes delitos que habia cometido: el conde Poppi quedó restablecido en todas sus riquezas y honores; y ademas se le dió la comision de que pasase á Florencia acompañado de una so-

lemne embaxada para suplicar á Bentivoglio que, olvidando lo pasado, volviese á Bolonia á tomar posesion de sus riquezas, del lustre que gozaba su casa, y del título de *príncipe del senado* (1). Hubiera tal vez Bentivoglio resistido á admitir las proposiciones que se le hacian, pero no se atrevió á negarse á las instancias de su amigo y de su bienhechor; así que, consintió en olvidar las ingratitudes de sus conciudadanos, y en gobernarlos en lo sucesivo.

Antes de dexar á Florencia, acompañado de Rosaura y de Guillelmo, conduxo al pie del altar á su hijo Julio y á la hermosa Bianina; y dexó asegurada la felicidad de aquellos dos seres, prendas queridas de su corazon. En el mismo dia se cumpliéron tambien los deseos del conde Poppi; el qual, despues de su vuelta de Bolonia, mas enamorado que

nunca de Virginia, habia sabido solicitar una union, que el agradecimiento hizo admitir y aprobar con el mayor enagenamiento, y que acabó de estrechar entre estas tres familias los lazos que la amistad habia ya formado anteriormente.

Caponio y sus cómplices perecièron en un suplicio como reos de estado: Bianchini expió sus faltas en un convento, adonde la compasion conducia muy á menudo á Bianina y á Virginia á consolar á aquella victima desgraciada de la seduccion de un hombre perverso; y Bentivoglio en fin, colmó otra vez de felicidad á los Boloneses, á los quales gobernáron despues su hijo y sus descendientes, con un poder igual al que los Médicis gozaban en Florencia; y á su muerte se puso sobre su sepulcro esta inscripcion digna de su memoria: *Aquí yace Anibal*

Bentivoglio : se vengó de la ingratitud de sus conciudadanos deseándoles toda prosperidad , y de sus persecuciones colmándolos de beneficios.

FIN.

NOTAS.

Nota primera, pág. 27.

(1) Siempre que se trate y hable de venganza deberá tener presente el lector que la escena pasa en Italia, en donde esta pasion es no solamente terrible, sino que ademas se mira como un deber quasi sagrado el dexarse llevar de ella hasta el último extremo.

Nota segunda, pág. 35.

(2) Los italianos, mas que otros, se sirven con freqüencia de esta especie de ingredientes para cometer impúnemente toda clase de atentados.

Nota tercera, pág. 36.

(3) Creo no incomodará al lector el que se le dé aquí la descripcion de una góndola.

Esta especie de carruage, tan multiplicado en ciertos cantones de Italia, pues que no hay pueblo ninguno en el mundo en donde haya tantos coches como góndolas hay en Venecia, es una pequeña embarcacion de veinte y cinco pies á lo ménos de largo, y cinco de ancho. El cuerpo de la góndola, esto es, en donde va la gente, tiene seis pies de largo, de quatro á cinco de ancho, y otro tanto de altura, y su forma es quadrada.

Esta especie de quarto está colgado por dentro de una tela negra, y por la parte de arriba tiene una cubierta del mismo color, guarnecida de flecos, y otros adornos negros tambien. El asiento del fondo capaz para dos personas, es bastante ancho, y tiene un almuhadon de tafilete negro; y á cada lado hay otros dos asientos, pero son muy incómodos. La puerta se halla hácia la parte de la proa de la góndola, y por lo regular hay en ella un gran cristal, y lo mismo en el fondo y á los dos lados: estos cristales se quitan quando se quiere, y se substituye á ellos unos bastidores cubiertos de gasa negra, á traves de la

qual no se pueden ver desde afuera las personas que van dentro. Hecha la descripcion de una góndola se tiene la de todas las demas; pues que la diferencia que únicamente puede haber es algunas pulgadas mas ó ménos en sus dimensiones. Cada góndola lleva dos remeros; cuya especie de gente es sumamente robusta, ágil, astuta en extremo, y al mismo tiempo fiel á toda prueba, y muy discreta.

Nota quarta, pág. 96.

(4) Nicolas Picinino, vasallo y discípulo de Braccio de Montenote, sucedió en el mando de una parte

de los bandos del célebre *Condottieri*, cuya reputacion no tardó mucho en eclipsar. Un atrevimiento, una prontitud y una actividad sin límites eran sus principales qualidades. Mas diestro aun que feliz, se unió por un corto tiempo con su exército á los Florentinos, y en seguida combatió constantemente en favor del duque de Milan y del partido Gibelino, contra el famoso Francisco Esforcia, en aquel entónces apoyo y protector del partido de los Guelfos. (Sería detenernos demasiado el querer explicar aquí á los que lo ignoran, el orígen y fundamentos de estas dos facciones, que sirviéron de pretexto por tanto tiempo, mas bien

...

que de un motivo fundado en razon, á los que quisiéron destruir y asolar la Italia.) Picinino, dueño absoluto en muchas ocasiones de Bolonia, de cuya ciudad se cree quiso conservar la posesion para sí propio, favoreció en efecto á los enemigos de Bentivoglio. En la época misma de sus mayores prosperidades, tiranizó en algun modo al duque de Milan, por quien combatia á la sazon, pidiéndole entre otras ciudades la de Plasencia, en premio de sus servicios; pero engañado por este príncipe, que se reconcilió con Esforcia, y aun le dió á su propia hija en casamiento, al tiempo mismo en que Picinino estaba para derrotarle del

todo; y desconsolado en extremo con los descalabros y desgracias que acababa de recibir uno de sus hijos, murió en 1445, dexando su exército á sus hijos, que fuéron mucho ménos célebres que él.

Este es el sitio propio de decir alguna cosa ácerca del origen de este célebre Esforcia, enemigo declarado de Picinino. Desde el estado de simple paisano, llegó su padre á un grado tal de ilustracion militar, que su hijo, el qual llevó esta ilustracion hasta mas léjos, casó con la hija de Felipe María Visconti duque de Milan; sucediéndole en este principado en el año de 1450. De esta union saliéron una serie de príncipes que se

han mirado como los mas distinguidos y poderosos de Italia, y que se han unido despues con las primeras familias de la Europa. Las vicisitudes de la fortuna, hiciéron como se vé bien diversa la suerte y destino de los descendientes de estos dos rivales de gloria.

Nota quinta, pág. 113.

(5) Los Visconti eran entónces duques de Milan, una de las potencias preponderantes en aquel tiempo de toda la Italia, y que ellos invadiéron en diversas ocasiones hasta apoderarse de toda ella. Se acabó esta familia en el

siglo pasado, y su soberanía recayó en la casa de los Esforcias, por el enlace de uno de esta familia con la hija del último de los Visconti.

Nota sexta, pág. 135.

(6) Para dar una prueba del punto hasta donde llegaba esta venganza, solo nos contentarémos con decir que al principio del siglo once, aprovechándose los florentines de un corto espacio de libertad que los dexáron sus dominadores, destruyéron y asoláron enteramenre la pequeña ciudad de Fesoles, de donde ellos traian su orígen, para vengarse de una in-

cursion que sus habitantes habian hecho antiguamente en sus estados.

Nota séptima, pág. 175.

(7) Este conde Francisco Poppi poseia un estado independiente, y que confinaba con el territorio de Florencia. Habiendo casado á una hija que tenia con un jóven de la familia de los Braccio, y habiendo muerto este, tuvo bastantes altercados con el Papa acerca de la sucesion de su yerno. Los Florentines que querian atraerle á su partido, tomando á su cargo este asunto, le compusiéron bien en breve, dexando satisfechos á una y otra parte; y

haciendo un aprecio distinguido del conde, llegáron hasta confiarle el mando de muchas plazas inmediatas á sus estados; pero él habiendo sin embargo de esto abrazado poco despues el partido del duque de Milan contra Florencia, esta república le despojó de todo lo que habia poseido su familia en sus inmediaciones por el espacio de mas de quatrocientos años; y le obligó á retirarse á Bolonia con todos sus tesoros, en donde con efecto tuvo parte en los asuntos y desgracias de Bentivoglio.

Nota octava, pág. 217.

(8) Estaba entónces la Italia

dividida en muchos estados pequeños, los quales siempre en guerra unos contra otros, eran bastante ricos para tomar á su sueldo exércitos numerosos, relativamente á la extension de cada uno; pero no bastante poblados para sacarlos de entre sus naturales. Las tropas alemanas tuviéron por largo tiempo el encargo de ayudar á estas pequeñas repúblicas á que se destruyesen entre sí; pero algunos italianos formados en esta escuela, reuniéron despues exércitos poco numerosos que alquilaban al que mas daba, y que hiciéron desaparecer de la Italia á las milicias alemanas. Llamábanse *Condottieri* los caudillos de estos

exércitos, y muchos de ellos llegáron á tener un poder grandísimo. Con el auxîlio de estas tropas, siempre exîstentes, y siempre dispuestas para venderse, aun los mismos particulares podian guerrear entónces, con tal que tuviesen con que pagar á sus soldados.

Nota novena, pág. 252.

(9) Por mas que he hecho, no me ha sido posible averiguar si verdaderamente hubo alguna persona llamada Caponio que tuviese parte en la conspiracion contra Lorenzo y Julian de Medicis; y ni aun he encontrado familia ninguna de este nombre en la historia de

Florencia, como ya no sea la misma que la de los *Capponi*, la qual con efecto ocupó los empleos mas distinguidos de Florencia, y mandó muchas veces los exércitos de la república con grande acierto. Como quiera que sea, mejor hubiera sido que en lugar de este Caponio, se hubiera servido el autor de esta historia de un tal *Bernardo Bandini*, jóven entregado á todos los vicios, y que, segun dicen los historiadores, fué efectivamente quien asesinó á Julian, junto con *Francisco Pazzi*.

Nota décima, pág. 252.

(10) No he podido averiguar

si hubo algun *Aldobrandini*, y *Bissuti*, que en aquella época hiciesen algun papel en la conspiracion formada contra los Médicis; pero no cabe duda en que eran dos familias florentinas; y un *Aldobrandini* fué en 1343 la cabeza principal de la sublevacion que arrojó de Florencia al duque de Atenas, el qual tenia usurpada entónces la soberanía de aquella república.

Nota décimaprimera, pág. 255.

(11) Lucas Pitti fué uno de los ciudadanos que mas tardó en ceder y reconocer el mérito sobresaliente y distinguido de Cosme el grande. Luego que vió al frente del

gobierno á Pedro de Médicis, debilitado con la falta de salud, conspiró su muerte en compañía de otras familias poderosas, pero se frustró este proyecto, por efecto de la casualidad segun unos, y segun otros por la prudencia de Lorenzo. Creyó Lucas en esta ocasion deberse separar de este partido, cuyas demas cabezas de él fuéron desterradas: Pitti no salió de Florencia; pero al cabo de algun tiempo quedó reducido á la mayor obscuridad. El autor de la *historia Florentina* es de opinion de que hácia el último tiempo de la vida de Cosme de Médicis, habia este Lucas Pitti gobernado el estado mucho mas que el mismo Cosme.

Este Lucas Pitti fué el que hizo construir en su mayor parte el magnífico palacio que despues ha venido á ser la residencia de los duques de Florencia, y que aun todavía tiene su mismo nombre.

Nota décimasegunda, pág. 268.

(12) Para dar mayor claridad á lo que nos dice la historia de *Cannetolo* y de *Bentivoglio*, me ha parecido seria acertado reunir en una sola nota todo lo concerniente á estos dos personages. El autor de esta obra atribuye á ellos varios acontecimientos, que pertenecen á sus amigos ó á sus parientes, como lo verá el lector en la relacion

siguiente, sacada en parte de la historia de Florencia.

La ciudad de Bolonia tenia por aquellos tiempos un gobierno quasi republicano; pero la familia de los Bentivoglio habia adquirido un poder tal, que siempre era la que mandaba y dominaba en ella; y varios de sus miembros llegáron hasta el punto de titularse príncipes del Senado, príncipes de Bolonia, &c. Púsola sitio el duque de Milan en 1402, á cuyo tiempo la gobernaba *Juan Bentivoglio*: atemorizado el pueblo, asesinó á Juan, y se entregó á los Milaneses, quienes no tardáron en volver á perder esta conquista, por la muerte de su duque ocurrida dos meses des-

pues. Nuevamente dominaban esta ciudad los Bentivoglio, quando en 1434, *Bautista Cannetolo*, quitó la vida á muchas personas de su faccion, hizo salir de la ciudad á las demas, y llamó para poderse sostener á las tropas del duque de Milan comandadas entónces por *Piccinino*; pero habiendo algunos contratiempos obligado al duque á retirar sus fuerzas, *Antonio Bentivoglio*, cabeza del partido contrario, volvió á entrar en la ciudad sin que se le opusiese obstáculo ninguno, y Cannetolo se huyó de ella viéndose sin poder para resistirle. Esto es todo lo que nos dice el autor de la historia de Florencia, relativamente á este úl-

timo personage. Cobradas nuevas fuerzas, el célebre Piccinino volvió á comparecer en Bolonia en 1439, y el partido de los Bentivoglio quedó otra vez abatido y sin autoridad ninguna. En 1442, el jóven *Anibal Bentivoglio*, que es de quien se habla en esta obra, hizo salir con efecto á viva fuerza de la ciudad al hijo de Piccinino, le venció por segunda vez, y se unió con Venecia y Florencia para sostener la independencia de su patria. Pero un *Bautista Canneschi*, y no *Cannetolo* como dice nuestro autor, ofreció al duque de Milan quitar la vida á *Anibal*, y entregarle la ciudad; todo ello con el deseo de ser él solo el que se quedase do-

minando en ella. Concertados los medios para la execucion de este proyecto, acometió á su rival el 24 de Junio de 1445, le dió la muerte, é hizo que se proclamase al duque en toda la ciudad, como soberano absoluto de Bolonia; pero algunos diputados de Venecia y Florencia que entónces se hallaban allí, habiendo observado que el pueblo, léjos de sostener y favorecer á los asesinos, se armaba contra ellos, y lloraba la muerte de Anibal, reuniéron el mayor número de tropas que les fué posible, y juntándose á los ciudadanos, dispersáron y matáron á todos los Canneschi, sin exceptuar el mismo *Bautista*. En este entretanto, el

ídolo del pueblo, Anibal Bentivoglio, no habia dexado sino un hijo de edad de seis años, llamado Juan; y como les pareciese á los boloneses que no se hallaban en seguridad sino tenian por caudillo á uno de esta familia, el conde Poppi, que como ya hemos dicho ántes se habia retirado á Bolonia, les manifestó que en Florencia exîstia un hijo natural de un primo de Anibal Bentivoglio, el qual estaba ignorante de su nacimiento, y á la sazon tenia ya veinte años. No hubo dificultad ninguna en dar crédito á lo que decia Poppi; y en seguida se envió á llamar al jóven *Santi*, así se llamaba este descendiente de la familia de los Benti-

voglio, el qual renunció sin dificultad á la mediana fortuna de que gozaba en Florencia, por pasar á gobernar el estado de Bolonia. En efecto, se le recibió en esta ciudad con universal aclamacion; se le confió la tutela del hijo de Anibal, y el gobierno de la república; de cuya confianza se manifestó digno en todas ocasiones, y con especialidad en la oposicion tan eficaz y activa que hizo en 1451 á la tentativa que hiciéron para sacudir su dominacion los partidarios de Canneschi. Segun resulta de la historia, parece que sucedió á este *Santi*, Juan, el hijo que dexó Anibal, pues que consta que un *Juan Bentivoglio*, príncipe de Bo-

lonia, hizo asesinar á un yerno suyo en 1488, por apoderarse de sus estados; y que recibió cinco años despues en aquella ciudad á *Pedro de Médicis*, hijo de Lorenzo el Magnífico, arrojado de Florencia por sus mismos conciudadanos.

FIN DE LAS
NOTAS.

TABLA

DE LOS CAPITULOS DE LA SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO I. *Encuentro imprevisto.* — *Relacion comenzada.* — *Socorro inesperado.* pág. 5.

CAPÍTULO II. *Virginia y su madre.* — *Un destierro.* — *La caberna y el solitario de los Apeninos* ..... 42.

CAPÍTULO III. *Historia del Solitario* ..... 93.

CAPÍTULO IV. *Historia del jóven desconocido* ..... 158.

CAPÍTULO V. *Triunfo de Caponio.* — *Desgracias de Bianchini* ..... 220.

CAPÍTULO VI. *Sentencia dada por el Tribunal de los Sibaritas.* — *Lorenzo de Médicis.* — *Conclusion* ..... 244.

ERRATAS DEL PRIMER TOMO.

Pág. 54, lín. 2, dice *medio* – léase medio = 89, 4, *otro*– otra = 131, 18, *Qual* – ¡Qual = 131, 24, cuerpo – cuerpo! = 136, 9 y 10, *ocultar* – ocultar, = 152, 23, *preguntarsen* – preguntasen = 154, 3. *Virginia*: – Virginia; = 154, 6. *Bianina*; – Bianina: = 182, 17, *voz*: – voz, = 209, 24, *el* – él = 215; 3, *venir y* – venir = 246, 1, *pág.* 279 – pág. 179

ERRATAS DEL TOMO SEGUNDO.

Pág. 60, lín. 22, dice *propia*: y – propia, y = 68, 11, *perseguida* – perseguido = 89, 19, *hagueras* – hoguera. = 96, 18, *Pe-* – Pi- = 96, 20, *nuestros* – nuestros = 99, 23, *tenia*, *el* – tenia el. = 117, 19, *tenian* – tenia = 181, 12 y 13, *redederor* – rededor = 183, 19, *abandonar de* – abandonar = 185, 2, *obligaban* – obligaba = 193, 18, *esperarme* – esperarme = 215, 3, *habian* – habia = 224, 15 y 16, *negéron* – negaron = 253, 5, *tres* – dos.

Se hallará esta obra en la librería de Gomez Fuentenebro, calle de las Carretas.